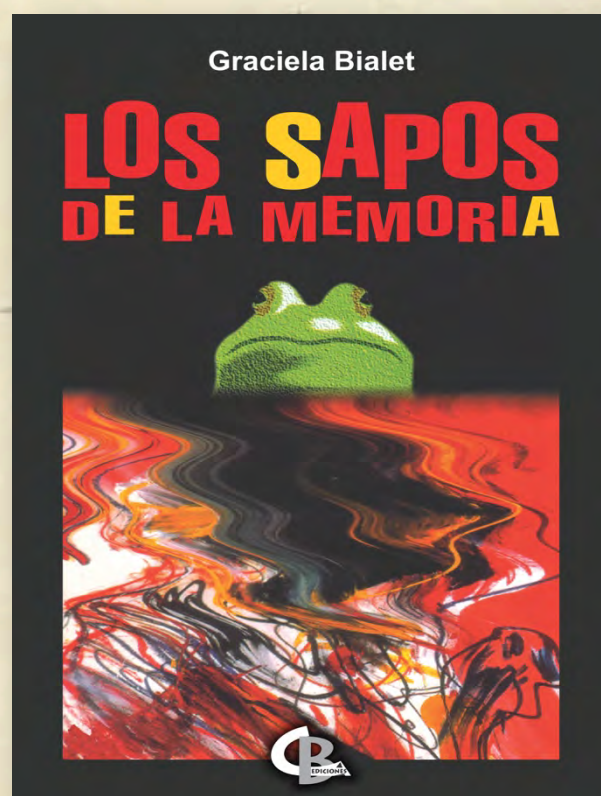


Libro interactivo digital

de descarga

libre y gratuita



2020
Córdoba, Argentina

Notas sobre este proyecto: Libro interactivo digital de descarga libre y gratuita



En 2015, luego de 20 años de aparecido el libro *Los sapos de la memoria*, junto a mi hijo **José Agustín Biale**, un apasionado programador de sistemas, comenzamos a dar forma a este proyecto. Bueno, en realidad yo lo imaginaba y él aportaba su valiosa creatividad en sistemas digitales.

En su inicio fue un libro electrónico desarrollado con *iBooks Author* versión 2.6.1 (936), que permitió un destacado diseño, pero que requería de los

usuarios/lectores un soporte tecnológico costoso, y la idea era que fuese de sencillo y libre acceso. Así que, en base a aquel primer intento, seguimos explorando opciones. Agustín era un defensor activo del sistema operativo abierto de Linux y con él desarrolló una plataforma que terminó permitiendo avanzar mucho en este formato.

Lamentablemente Agustín no pudo terminar su labor, y yo quedé a cargo de decidir cómo seguir, con mis limitadas aptitudes informáticas, nuestro sueño de compartir este texto que siempre nos unió entrañablemente, más allá de nuestro vínculo materno filial. Pues esta novela fue escrita cuando, en su adolescencia, él y sus pares, amigos y herman@s, buscaban más respuestas a la "historia oficial" del aberrante terrorismo de estado que había surcado sus infancias.



Agus, Leticia y Julián Bialet D'Lucca



Agustín fue un modelo adolescente para tramar el personaje de Camilo. Su amigo Diego, sus gustos, su música, su fútbol, sus amores, sus rebeldías, sus lecturas, algunos gestos, todo sirvió de insumo para crear contextos y situaciones. Él lo sabía y evaluaba mi escritura.



Los sapos de la memoria hallaron lectores en Argentina, México, Chile, Paraguay, Canadá, Brasil, Italia, España y llegaron al año 2020 con 30 ediciones y/o reimpresiones legales. Más 150.000 volúmenes en versión papel, ya sea en iniciales fotocopias de autor (y vaya uno a saber cuántas más ilegales –humor aparte, esta autora firmó centenares–), en libros piratas (no computados pero también muchos autografiados), y en las pertinentes a Op Oloop, Conaculta y CBediciones.

Al menos quince veces se pudieron bajar PDF ilícitos de internet y se realizaron cuatro acciones judiciales en contra de la reproducción de ejemplares piratas. Por suerte **Los sapos** deambularon a su antojo y siempre estuvieron a disposición de los organismos de Derechos Humanos para su libre circulación.

La pandemia, la partida de Agustín, la demanda de lectura digital que requerían docentes y estudiantes, las interminables y penosas horas de duelo y cuarentena, me impulsaron a la tarea de concretar este proyecto en **formato digital e interactivo**.

¿De qué va esto? TRES opciones...

Te explico:

✓ **Además del texto literario:** LOS SAPOS DE LA MEMORIA
(versión corregida 2020)

hay OTROS DOS TIPOS de sugerencias:

✓ a) **Todos los** enlaces subrayados, **las cintas traslúcidas verdes** y **también tocando cada foto, te guiarán a un hipertexto.**

✓ b) **Desde la** página 187, **va un anexo documental del libro, que incluye algunas historias, varios trabajos de jóvenes lector@s y datos que pueden interesarte para contextualizar relatos**
(como un DICCIONARIO MÍNIMO DE LA JERGA GENOCIDA, en pág. 229).





En memoria de **José Agustín Biale D'Lucca**
(13 abril 1976 - 05 marzo 2020)
mi hermoso hijo mayor
alojado desde y para siempre en mi corazón.



BIENVENID@S

a esta experiencia de lectura literaria, digital e intertextual

que se concreta el 2020, contando una historia de los años 70 / 80 del S. XX,
donde la tecnología digital solo era ciencia ficción.

Graciela Biale

LOS SAPOS DE LA MEMORIA



Graciela Biale 

 Los sapos de la memoria

Ilustración de tapa: Miguel Sablich 

ISBN 978-987-98339-1-9

- © 1997, Graciela Bialet.
- © 1997, Op Oloop.
- © 1999, CB ediciones
- © 2011, para México, CONACULTA, 1° edición.
- © 2019, para Argentina, CB ediciones, 26° reimpresión.
- © 2020, Graciela y Agustín Bialet, versión digital.
- © 2020, Yammal Contenidos, versión papel.
- © 2020, en su edición italiana. Traducción Susanna Nanni



Esta novela recibió varios premios, entre ellos,
el capítulo ***Verano de sapos*** en el Concurso cuentos para adolescentes,
XVI Feria Internacional El Libro, Buenos Aires, 1990.

El capítulo ***No hay tumbas para la verdad*** en el concurso
Memoria por los Derechos Humanos, en 1996,
Cámara de Diputados de la Provincia de Córdoba, Argentina.



1996



2016

Índice

I.	¿Por qué yo?	/ 14
II.	Ana y su percance de amor	/ 24
III.	Siempre hay un buey corneta	/ 30
IV.	Jorge, el constructor de celestes	/ 38
V.	Con la carpeta hasta el cuello	/ 44
VI.	Irresistible libertad	/ 54
VII.	Nadie muere sin dejar sombra	/ 64
VIII.	Las estrellas de la abuela Esther	/ 72
IX.	La siesta más calva del mundo	/ 82
X.	Apunten... ¡fuego!	/ 90
XI.	Ella llegó volando	/ 98
XII.	Los misterios de Carola	/ 106
XIII.	Verano de sapos	/ 116
XIV.	No hay tumbas para la verdad	/ 126
XV.	Desaparecidos	/ 136
XVI.	No hay tumbas para la memoria	/ 146
XVII.	El perdón es un boleto sin olvido	/ 154
XVIII.	Una generación en la balsa	/ 162
XIX.	La memoria de los sapos	/ 178

A Mario y su rebelde pasión por la libertad.

A Líbele Cinman y su familia,
que me enseñaron la solidaridad del abrazo oportuno.

A mis compañeros de la Escuela de Ciencias de la Información
de la Universidad Nacional de Córdoba,
arrancados, desaparecidos, torturados y asesinados
por la dictadura militar implantada en Argentina en 1976.

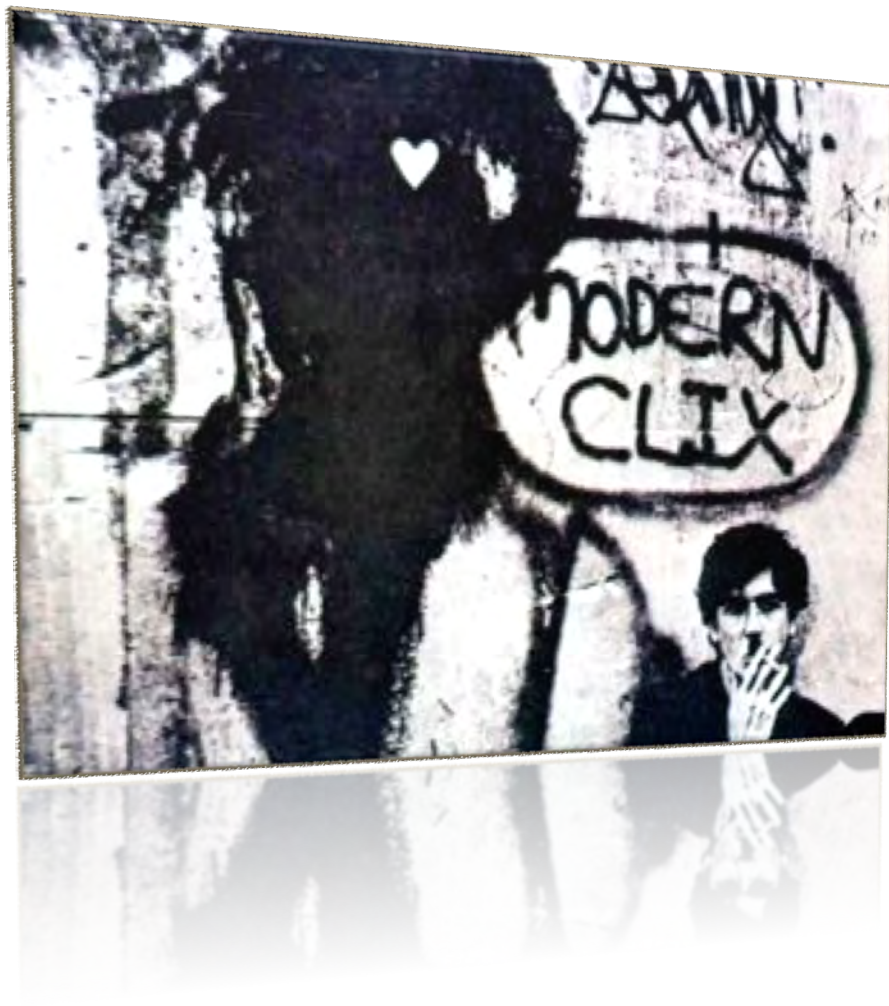
A mi querido amigo Hugo Kogan,
a quien le extirparon para siempre las primaveras.

A mis 'sobrinos' Mariana y Daniel Caffaratti,
a quienes les amputaron un papá y aún siguen caminando su destino.

A las madres, abuelas e hijos que todavía buscan justicia.

A Mirella, un oasis de amistad en medio de tanta muerte.

Y a todos los que sobrevivimos con la estúpida culpa de estar vivos.



Mama la libertad,
siempre la llevarás dentro del corazón.
Te pueden corromper, te puedes olvidar
pero ella siempre está.

Ayer soñé
con los hambrientos, los locos,
los que se fueron, los que están en prisión
y hoy desperté
cantando esta canción
que ya fue escrita hace un tiempo atrás
y es necesario cantar de nuevo una vez más.

Charly García



Yo no sé por qué me tocó a mí...
tal vez sea para que ahora lo cuente.

G. B.



I

¿Por qué yo?

Mi abuela dice que me deje de pavadas, que ya me contó una y mil veces todo lo que pasó. "La vida sigue desovillando su carretel y el hilo nos teje artesanalmente a un destino", resopla mientras me señala con gestos el recorrido al baño como si yo fuese todavía un chico, y me obliga a mostrarle las manos lavadas antes de comer, con su insistente modo de desconocer que ya tengo diecisiete años.

Sospecho que hay cosas de la memoria que esperan por mí. Por algo la abuela no quiere que vaya a lo del mentalista que publicitan por televisión.

¡Voy a ir igual!

Estoy seguro de que con eso de la hipnosis podré descifrar la sonrisa de sapo que se me cuelga por las sombras del sueño y me persigue cada noche.

La abuela Esther afirma que me río igual que mamá. No me acuerdo. Veo sus fotos y la reconozco porque me dicen que es ella, pero no sé, creo que todo es tan confuso. Es como si cada vez que tanteo cómo traerla a mi cabeza, una nube gelatinosa de smog se instalara en mi mente, y ni las fotos que me muestran, ni los pintados detalles de la abuela, ni las historias del tío Hugo me sirvieran para recordarla por mí mismo.

Al mentalista que hipnotiza lo vi hace unos días en un programa de televisión. El tipo con voz serena: "1, 2, 3", hizo dormir a una chica y le ordenó deshilvanar la madeja de su vida enhebrándola al ojal de los recuerdos.

"Ahora tienes quince años", le decía. "Ahora 12, ahora 10" y así, hasta que la muchacha en posición fetal dentro del útero de un sillón de utilería, describía cómo se sentía germinando en la bolsa de su madre.

"¿Qué ves?", le preguntaba el hipnotizador, y la chica acurrucando su cuerpo adolescente y sus reminiscencias, contestaba: "Veo agua", "siento los susurros de mi mamá y su risa me hace cosquillas", "¡ji... ji...!", balbuceaba feliz como un bebé.

"¿Hay alguien más contigo?".

"Ella me quiere y mi papá también", sonreía chupándose el pulgar.



Estoy decidido. Aunque la abuela se enoje, voy a ir al teatro donde se presenta ese hipnotizador. Creo que él me puede ayudar a recordar.

Mi abuela Esther es como el pan casero recién horneado; entibia las sombras con caricias, en su falda empieza y termina la noche, pero está vieja y ha sufrido tanto. Parece que se le mezclan los recuerdos con los deseos en una ensalada de ilusiones y broncas.

Para mí, lo de la abuela es casi un cuento: que a tu mamá y a tu papá se los llevaron los militares; a él lo detuvieron primero:

"Mi Ana fue secuestrada después y no se supo más de ella", dice sacudiendo la cabeza con los ojos agrietados de lágrimas. Luego, puntual e infaltablemente, pregona desobedecidos reproches con tonada de sermón:

"Yo se los dije siempre... a los dos... pero... ¡Ay!, tu padre andaba metido en eso del sindicato".

"¡Qué va!, todo fue culpa de la dictadura". La respuesta a ninguna pregunta anuncia el final del tema incluyéndome como remate en la historia:

"Gracias a Dios alguien te trajo hasta la puerta de mi casa una siesta plagada de calor y llanto", "¡eras tan chiquito!" y termina suspirando, me besa la frente y se va a saldar cualquier urgencia hogareña con una excusa, por lo general, de carácter gastronómico.

Lo del viejo se lo creo, pero a mamá ¡qué! ¿se la tragó la tierra?

De mi papá sé -me consta por su tumba que visito cada fin de semana- que murió a causa de una infección no curada, porque ningún médico lo atendió mientras estuvo en aquella cárcel del sur, donde lo habían encerrado los milicos durante la última dictadura.

Todavía guardo una carta escrita en papel plateado de cigarrillos que me envió a través de familiares de otros detenidos, donde me dibujó cómo armar un barrilete.

Me contó Rogelio -su compañero de celda que me visita desde que lo liberaron, y con quien compartimos esta rabiosa pasión futbolera por el Club Atlético Belgrano- que una vez llegaron a sus manos unos garabatos que le hice. Dice que JOJE (mi papá se llamaba Jorge, pero yo lo apodé así), lo guardaba como un tesoro bajo su colchón, y cuando ya estaba muy enfermo, se lo regaló a otro preso que había perdido a toda su familia.



Aún recuerdo el día en que nos entregaron el cuerpo de papá en un cajón para velarlo. Yo acababa de cumplir siete años y el país recién se embarazaba de democracia, tras varios abortos castrenses.

Vino poca gente. Estábamos mi abuela, mi tío Hugo y yo. Rogelio seguía preso. Algunos pasaban por la puerta, espiaban una y otra vez, pero no se animaban a entrar. "¡Ni que tuvieran miedo a mis piojos!", pensaba yo, que por esos días me rascaba la cabeza a cuatro manos. "No sé qué problema se hacen, si mi abuela les pone esa crema asquerosa con olor a insecticida y en dos días los bichos se van, lo único que duele un poco es el peine finito para sacar las liendres".

Me acuerdo que, tirado panza al suelo en aquella pieza oscura con olor a vela, le hice a Joje otro dibujo, uno nuevo, lleno de conejos, gatos, mucha gente y mil flores. A las nubes las pinté de gris, todas grises, porque me sentía triste, requete triste, desmedidamente triste, furiosamente triste y quería que mis nubes lloraran hasta el fin del mundo; pero a papá, que estaba en esa caja empecinadamente dormido, le dije que eran grises de gris tormenta, para que llovieran mucho y regaran las flores, y siguieran creciendo siempre.



Yo tenía solo dos años en la época en que a él lo detuvieron, pero aún presentía su aliento de padre haciéndome cosquillas con sus manazas poderosas, revolcándonos en su cama castillo, enorme e impenetrable que nos protegía de las invasoras quejas de mamá: "¡Ey! no desarmen la cama". "Cuidado que lo vas a aplastar". "Se va a hacer pis de la risa".

¿O tal vez aquella escena la inventó mi varita mágica de deseos?

La única ventaja de tener un padre ausente es que uno se lo imagina exactamente a la medida de sus ganas, y cuando Joje murió, yo llevaba cinco frondosos años, casi toda mi vida, atribuyéndole poderes y habilidades que los padres de mis amigos ni por aproximación tenían.

Aún me río de la historia que inventé mientras la maestra de segundo dictaba una lección patriótica sobre la soberanía argentina de las Islas Malvinas. Pedí permiso con la mano en alto, me paré en medio del aula y relaté a toda la clase, muy acorde con el tema, que mi papá había sido reportero en la guerra de Las Malvinas. En cumplimiento del deber y volando en su Súper Frelon, que era el helicóptero más grande y colorido que había visto en

una enciclopedia del tío Hugo, su nave había sido alcanzada por un misil.



“En medio de la explosión, mi papá se arrojó del helicóptero al agua y allí lo atacaron unos cocodrilos. Él, con un cuchillo de cazador, los descuartizó uno por uno...

¡eran como diez! Así se salvó, y nadando dos kilómetros por mar, atravesando olas enormes, llegó a la costa de una de las islas a cubrir su nota”.

Relaté entre suspensos y pausas escénicas aquella historia, ¡los chicos se mordían los dedos de admiración y celos!... Pero la magia duró un instante.

¡Me delató la maestra! interponiendo una geográfica explicación sobre el hábitat marino de las Islas Malvinas, donde no había cocodrilos. Y como si su palabra sabihonda de escuela no bastara argumentó, para desmentirme, que esos reptiles eran de zonas cálidas y aguas dulces, que el mar del sur era tan frío como salado, y un montón de excusas científicas cuyo único objetivo era hacerme quedar como un verdadero estúpido ante un público de segundo grado que no tenía ni idea de lo que la maestra hablaba, y que le daba lo mismo disfrutar de la valentía de mi padre en una pelea contra cocodrilos o contra una ballena.

Pero yo no me rendía y, si alguno de los padres de mis compañeros osaba arrimarse al calendario heroico de proezas de Joje, o al de sus sorprendentes destrezas deportivas, enseguida yo le concedía a mi viejo un mérito superior y los chicos quedaban babeantes de envidia.

Las maestras de la primaria eran las únicas que no me creían. Para ellas solo valían las letras y los números. Encima se sentían dueñas de todas las verdades del universo ¡y les encantaba acorralarme entre galaxias de reproches!

A veces, cuando se me gastaban las ganas de estrangularlas por rechazar ¡en público! mis versiones, las maestras me daban lástima. Bastante lástima porque ellas, al fin y al cabo, no sabían contar cuentos como el tío Hugo, ni cantar como los sapos a la luna pidiéndole su guiño de estrellas, ni pintar con el membrillo del atardecer, ni peinar con barbas de choclo una cascada por donde remontar los torrentes del cielo y piratear su almanaque de destinos. ¿Cómo iban a entender mis historias? ¡Pobres!, las maestras solo sabían sumar y restar.

Si ellas o cualquier otro adulto me cercaban, no me quedaba más remedio que inventar que mi papá se había muerto en un accidente (como llamaba mi abuela, ante los vecinos, a la ausencia de mi madre), porque jamás iba a admitir que me miraran como a un bicho raro.



A los padres de los demás chicos no les sucedían las cosas que les pasaban a los míos, como estar presos, o morir sin saberlo uno y, menos que menos, desaparecer. ¡Bah! eso creía en aquellos años. Ahora sé que hay muchos hijos como yo.

Las maestras hubieran jurado, aquel día del velorio, que mi papá estaba muerto, pero para mí dormía nomás.

Pensé que, dibujando aquel paisaje prolijo y colorido, lleno de animales felices, tal vez papá podría despertar y darse cuenta de que ya no seguía preso. Entonces yo le mostraría el barrilete que hicimos con el tío Hugo, siguiendo las instrucciones de aquel plano que me supo enviar en una carta desde la cárcel. Una cometa roja y verde, pegoteada de mensajes en clave, con una cola casi infinita de moños hechos con lienzo. La remontábamos con el tío, a escondidas de la abuela, diciendo un conjuro para que llegara hasta el escondite de Joje, a liberarlo.

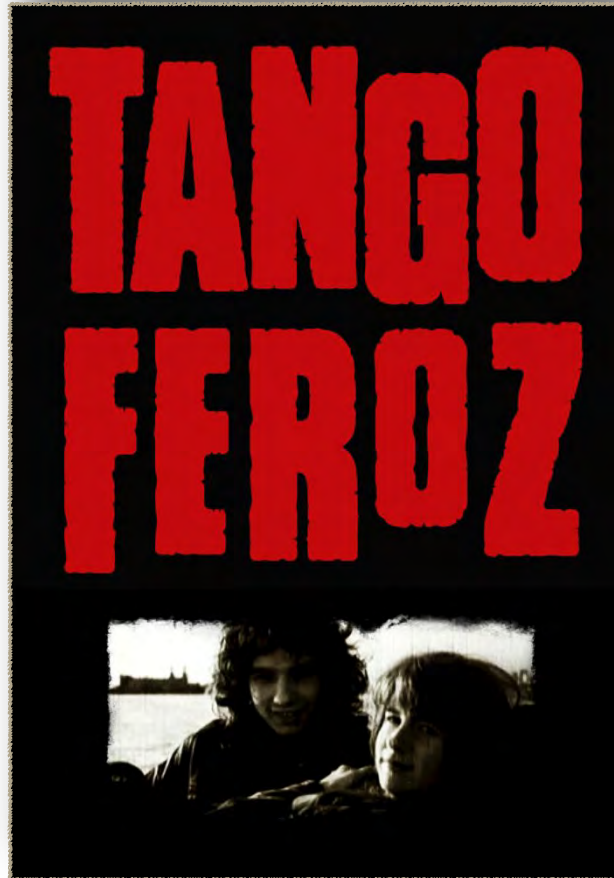


Le hubiera enseñado a jugar a la mancha venenosa, o a la tapadita, o al rin raje, o a lo que él quisiera con tal de que se quedara de una vez por todas conmigo.

Ahora, diez años después, sé que papá creyó lo de las nubes grises de mi dibujo, porque se lo llevó a la tumba y todavía hoy, cuando voy a visitarlo, parece que aquellas nubes de mi garabato lloran y fecundan alfombras de verbenas sobre su montoncito de tierra. Las veo tan seguras y bien plantadas en su sitio que siento pena de arrancarlas.

Miro las margaritas que compro, siempre en el mismo puesto de flores de la entrada del cementerio, y termino acomodándolas sobre la tumba de al lado. Según la borroneada lápida pertenece a una tal "Mercedes Salum, QEPD", a quien jamás de los jamases le ponen flores y me refrita la lástima de estar tan injustamente abandonado a mi orfandad.





*Pueden robarte el corazón
cagarte a tiros en Morón
pueden lavarte la cabeza ...
por nada.*

*Pero el amor es más
fuerte... pero el amor es
más fuerte.*

Letra: Fernando Barrientos

Música: Daniel Martín

Voz: Ulises Butrón



II

Ana y su percance de amor

Ana y Jorge, como una premonición de azahares, se conocieron en el asado en que Laly y Miguel festejaban su casamiento.

Los novios eran estudiantes universitarios.

Estaban tan escasos de dinero como de ganas de celebrar una boda formal, así que los amigos decidieron juntar unos pesos para alquilar el quincho del Club Las Palmas, al mediodía, porque era más barato.

Cada cual trajo unas tiritas de costilla, o un trozo de vacío, o una faldita y, entre varios, prepararon el asado matrimonial, a la usanza transgresora y revolucionaria de la época.

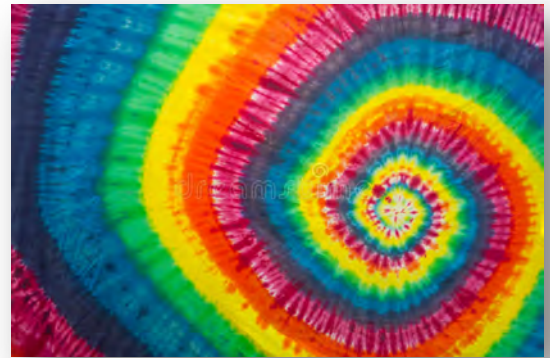
Ana llegó temprano para ayudar con las ensaladas. Además, quería acompañar a su amiga por lo menos hasta las tres de la tarde, hora en que se iría con los compañeros del sector universitario a repartir, casa por casa, unos volantes en conmemoración de un nuevo aniversario de la muerte del Che Guevara.

Iba de acá para allá saludando compañeros y escondiendo sus modales de niña educada en colegio católico, expresión burguesa abominable entre revolucionarios de barricada que soñaban con una patria socialista.

No renunciaba a su fe cristiana, pero debía disimular para que no se burlaran de ella. Ana estaba convencida de que el verdadero cristianismo pasaba por amar a los otros como a sí misma y que la caridad eclesiástica hacia los pobres no resolvía el problema de fondo de la marginación. Si Jesús había vivido entre los humildes y los desposeídos, ése era su modelo de vida a imitar.

En la militancia combativa había encontrado compañeros de lucha que, aunque no se reconociesen como cristianos, practicaban el cristianismo más a fuego que muchos de los mojigatos y no pocas santurronas que veía golpearse el pecho domingo a domingo en la puerta de la iglesia.

Sus camaradas de militancia sí que ponían la otra mejilla.



Ardían en pasión por la libertad. Ellos vivían dispuestos a morir por amor a todas las causas solidarias, en favor de los que nada tenían para perder, y sí, mucho por ganar. Peleaban por la cancelación de la pobreza, por justicia para todos por igual, por los niños hambrientos. Trabajaban a su modo por terminar con la explotación del hombre por el hombre, y por el fin de las guerras.

Ana quería darle al casamiento de su amiga Laly el viso de sacramento que para ella tenía, y no ese aspecto de concubinato que se empeñaban en imprimirle los novios, para quienes aquella formalidad solo era un estamento burgués que debía abolirse. Ana creía en el matrimonio.

Sabía que no todo lo institucionalizado era malo. Lo impúdico era el modo en que la sociedad hipócrita lo sostenía como un corral, sujeto a estadísticas y máquinas de sumar gente como ganado, para supervisar sus ingresos, sus tributos, sus sueños.

Así fue que, dispuesta a demostrar sus hipótesis de cristiana de tercer mundo, y aunque todos se le rieron, Ana tarareó la marcha nupcial como telón de fondo mientras adornaba los destartalados tableros de madera con papeles de estraza, improvisándole galas con dibujos de mariposas y pegándole plumas de canarios a modo de puntillas. En el centro de cada mesa, colocó unos arreglos florales con ramilletes de margaritas y moños rojos que especialmente trajo de su casa. Lo de los moños rojos fue una verdadera concesión en homenaje al espíritu revolucionario de novios y asistentes.

No le importó hacer el ridículo y en vez de sus desflecados vaqueros de militante, ese día apareció en el club con una primorosa y recontra súper

burguesa minifalda de terciopelo negro. Ella se había vestido para la ocasión según sus convicciones, y creyó poder soportar todas las bromas que sus amigos le hicieron, mostrándose indiferente al tema y emulándolos en su alocada carrera de contar anécdotas militantes entre vino y vino.

Pero lo cierto era que Ana no tenía la más mínima cultura alcohólica, y entre el segundo y tercer vaso sintió que los pies no respondían a sus órdenes y se comportaban como jarillas borrachas de viento. Para sosegarlos, se tironeaba la minifalda en vano.



En medio de esa ráfaga incontenible, vio por primera vez a Jorge y se le encendió una chicharra en el estómago y en los cachetes.

Jorge se sentó a su lado y conversó con los jocosos comensales mientras Ana hacía esfuerzos sobrehumanos por controlar sus párpados, empecinados en bajar las persianas y clausurarle la fiesta.

¡Era el papelón más bochornoso de su vida! Justo cuando ese tremendo buen mozo homenajeaba su espíritu, la risa se le escapaba a borbotones y la lengua se le empantanaba entre

el paladar y la saliva, resistiéndose a pronunciar un sonido coherente.

Al llegar la hora de la volanteada, ante las evidencias del alcohol y aquella impenetrable aureola de encanto que solo se pinta de a dos, los compañeros del sector universitario abandonaron a Ana a su suerte, dejándola atrapada en la telaraña de esa silla obsesionada en poseerla.

Todos se fueron alegres a cumplir su militante misión y los novios a consumirse en besos y a preparar su carpa y mochilas para la luna de miel.



Jorge la miró entre indisimulados suspiros y le dijo que lo mejor sería ir a tomar una buena taza de café con cenizas. Ana obedeció a los brazos de Jorge que la rescataron de su silla y volvieron a sentar en un destartado Citröen, la levantaron y volvieron a sentar en la butaca de un bar, la abrazaron y le dieron a beber sorbo a sorbo el renegrido brebaje.

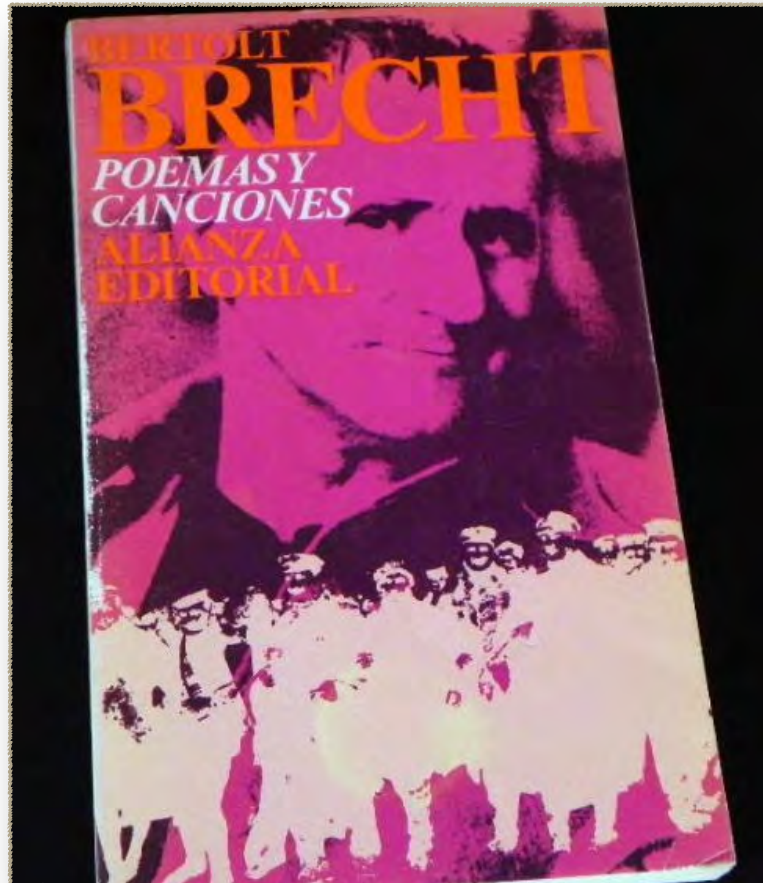
Esa tarde, al llevarla de regreso a su casa, Ana supo que él había escrito su mejor suspiro de doncella en la torre, y él presintió que en su vida nada sería igual, porque por fin, ella era quien lo rescataba.

Con el tiempo y la sobriedad vinieron los estúpidos pretextos para provocar encuentros, los cosquilleos insoportables al mirar cómo se dilataban las pupilas del uno en el otro.

Surgieron los “¿vamos al cine?”, los “bueno”, las ridículas excusas para volver a verse, los “se me rompió este reloj que era de mi abuelo”, los “yo te lo llevo a arreglar”, los “nos vemos después de la manifestación”, los “te espero en mi casa a tomar unos mates”.

Allí nomás los besos, las caricias, los te amo, los yo también, los estoy enamorado hasta que me duelen los huesos, los no puedo vivir sin vos, los “¿por qué no vivimos juntos?” de él y los “¿por qué mejor no nos casamos?” de ella. Entonces, más por pasión que por inercia, siguieron los “bueno”, nuevos “bueno”, por supuesto “bueno” y siempre “bueno”.

Y entre medio de planes revolucionarios y revoluciones planeadas, Ana y Jorge se dieron permiso para el más insurrecto y humano de los sentimientos: el amor.



*Mi general, el hombre es muy
útil. Sabe robar, sabe matar.
Pero tiene un defecto:
sabe pensar.*

Bertolt Brecht



III

Siempre hay un buey corneta

¡Estoy podrido de la escuela!

¡Me tiene harto la de Biología con esas ínfulas de premio Nobel!

¡Abomino a la de Sociales!, que parece haber estudiado la historia argentina solo hasta la mitad del S.XX y adentro de un termo.

¡A la de Psicología estoy a punto de estrangularla, pero capaz que encima me vayan a meter en cana, así que últimamente estoy ideando empujarla como al descuido por la escalera! Seguro que, a lo sumo, se quiebra el meñique y ese *Froy* se lo cura desde algún diván. ¡La odio cada vez que me mira con esa cara de estúpida y me da consejos de madre de libro -de libro de Psicología, por supuesto- y juro que le voy a partir el brazo la próxima vez que amague con tocarme el hombro!

En especial, ¡a ella la detesto! Ni hablar de las veces en que se la da de genio anclado más allá del bien y del mal, y empieza con la sanata de la importancia del Método Científico de Análisis para explicar cualquier cosa.

“Lo primero es el planteo de situaciones problemáticas y la formulación de hipótesis”. ¡Vieja ridícula! Encima pretende darnos técnicas de estudio en clases co-programáticas, ¡haciendo horas extra!... ¡fuera del horario escolar! ¡Es tan jodida que jode gratis, la imbécil! Uno de estos días la voy a estrangular, por idiota nomás, como una patriada, tal vez para limpiar el paisaje, o para deshacerme de las tres carpetas de apuntes y huevadas que ya nos ha hecho juntar. ¡Casi con criterio ecológico habría que reciclarla a la vieja de Psicología!

En realidad, creo que me revienta por el solo hecho de ser psicóloga, porque me recuerda a todas las que fui de chico, cuando mi abuela no sabía qué hacer conmigo, y las maestras creían librarse de nosotros con una terapia. Creo que *mitómano*, me decían, e *intolerante a las normas de entorno* o algo así. ¡Inventaban cualquier pavada para tenerme horas en sus consultorios! A ninguna de las que consulté se le ocurrió averiguar el porqué de mi orfandad. Dice mi abuela que por aquellas épocas era peligroso comprometerse con el tema.

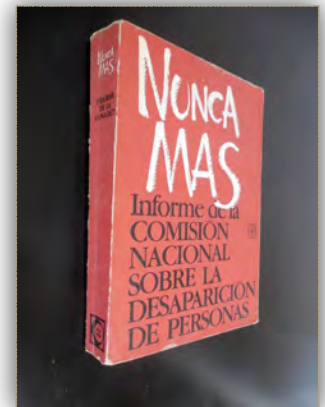
Ni la escuela, ni los profesionales con los que convivía a diario, parecían tener que ver con mi realidad; seguían sus vidas como si nada, como si el delito de ser un *chico problema*, tal como me tenían rotulado, fuera pura y exclusivamente mío y de mi abuela que “no ponía límites adecuados”, o sea, no me pegaba lo suficiente para controlarme.

El único pasable es el profesor de Educación Cívica. Él nos hace leer diarios de época para cada tema que estudiamos y no se la da de canchero ni de sabelotodo. Si le rompemos la paciencia mete sus papeles en la carpeta y se va del aula diciendo que por lo que le pagan, no piensa andar bancando mocosos malcriados.

La verdad es que ahora que lo pienso, una vez sola se fue. Lo empezamos a dejar en paz y nos enganchamos con sus clases. Un día nos hizo hablar sobre la canción del Charly, esa que dice:

"Los amigos del barrio
pueden desaparecer,
los cantores de radio
pueden desaparecer,
los que están en los diarios
pueden desaparecer,
la persona que amas
puede desaparecer,
los que están en el aire
pueden desaparecer en el aire,
los que están en la calle
pueden desaparecer en la calle
... pero los dinosaurios van a desaparecer."

Preguntó si sabíamos a qué se refería la letra y luego nos mostró un libraco llamado NUNCA MÁS que fue el informe de una tal CONADEP. La mayoría de los chicos no teníamos ¡ni idea! y el profesor contó que fue el documento final que elaboró la COMISIÓN NACIONAL SOBRE LA DESAPARICIÓN DE PERSONAS tras investigar los rastros de casi nueve mil personas que desaparecieron durante los gobiernos de las juntas militares entre 1976 y 1983 en la Argentina. Luego, otros informes comprobaron que fueron treinta mil los "desaparecidos".



Me llamó la atención cómo se refería a la gente desaparecida en números... ¡30.000!... Yo jamás hubiera creído que mis viejos se contaban entre esa cantidad, y para darme una idea pensé que, en la cancha de Belgrano llena de gente, no hubiesen entrado tantos.

En esos cálculos me quedé tildado. El profesor, de pronto, comparó números con espacios físicos: ¡y puso como ejemplo una cancha de fútbol! Me activé porque me pareció casi telepática su argumentación.

Habló luego del genocidio de los indios precolombinos, y dijo que tan solo en el Potosí, los españoles habían asesinado como a ocho millones de incas durante la conquista y colonización.

Una compañera, muy metida en el tema, hizo referencia a los cinco millones de judíos martirizados y asesinados durante la Segunda Guerra Mundial.



Gente... números... muertes... como si contaran repollos arrancados de una huerta.

Alguien dijo que debíamos recordar a esos muertos por lo que significaron sus vidas y pensar en todos los que pudieron haber nacido y no lo hicieron a raíz de aquellas matanzas. Al escuchar ese argumento me sentí casi un privilegiado: yo había sobrevivido.

El profesor siguió su clase diciendo que había llevado ese libro para que nos enteráramos de las barbaridades cometidas por los "ilustres patriotas" del Proceso de Reorganización Nacional -que en realidad fue una cruel dictadura- y darnos luego una clase sobre "los derechos humanos".

Leyó algunos testimonios y recordó algunos otros.

Todos atendimos petrificados de sorpresa. Mientras algunas compañeras se ahogaban en suspiros y otros tarados se acomodaban el pelo disimulando que, en realidad, se tapaban los oídos para no escuchar los tortuosos relatos del profesor, yo me zambullí en el libro. Lo hojeaba disimuladamente buscando el nombre de mi mamá, pero no lo hallé. ¡Para encontrarlo!, claro, ¡si revolvía las páginas como a una mayonesa!

Había oído algunas atrocidades que le hacían a los que desaparecían, ¡y a los que metieron presos, también! Al fin y al cabo, a mi viejo en la cárcel, los represores de mierda le habían arrancado tres uñas del pie para hacerlo "cantar", como decía Rogelio, y delatar a no sé quién que era un dirigente gremial muy buscado por los militares. Después de eso le vino la infección que al final lo mató.

Rogelio me lo contó, pero me hizo jurar que no le diría a mi abuela que lo sabía. Otra vez me confió, entre varias cervezas y mil lágrimas, que para torturarlos lo tuvieron a él, junto a otro detenido que era diabético, cinco días sin tomar agua, y que en su desesperación el compañero de infortunio le suplicó que meara en su boca para, al menos, beber la orina.

Decidido a ayudarlo, Rogelio cerró los ojos apretándolos fuerte para no creer lo que estaba pasando y retorció la vejiga más allá de lo que podía estrujársele el alma. Yo antes creía que era un cuento alcoholizado de broncas y cerveza, porque Rogelio ¡habla cada macana si se chupa! Pero ahora que escuchaba al profesor, mi sorpresa tomaba un sabor a alivio: por allí había gente que podía entender lo que a mí me sucedía, ¿habría a quién preguntar sobre mi mamá aún?

Había escuchado de varias asquerosidades de la dictadura. Sabía lo de mi papá, lo había visto muerto, lo habíamos enterrado, yo visitaba su tumba cada fin de semana, pero de mi vieja, ¿qué había sido de mi mamá? No se podía haber esfumado en el aire. ¿Adónde se la llevaron, qué había hecho, por qué me había dejado? De ella solo tenía fotos, una historia siempre inocente de la abuela, las miradas interrogantes del tío Hugo y esa odiosa sensación de abandono, cada vez que recordaba aquella noche en que mamá se fue y me dejó librado a mi suerte adentro de un canasto de ropa sucia. ¿Por qué mi mamá me habría hecho algo así? Me dijeron una y otra vez que la habían secuestrado los militares, pero yo no entendía cómo podía ser.

Para mí fue un verdadero descubrimiento ese informe. ¿Por qué nadie me habría hablado sobre su existencia? Nunca imaginé que a tantas personas les había pasado lo de mis viejos. Hasta ese día yo creía que lo ocurrido a los míos era lacra privada, un secreto bochornoso e inconfesable, casi como tener SIDA o ladillas.

¿Mi abuela Esther estaría enterada de este libro?

Me surgieron muchas preguntas, pero no quería que nadie en el colegio me viera interesado por ese informe de la CONADEP, no fuera a ser que se dieran cuenta que yo tenía algo que ver con el asunto. Así que, cuando un compañero me pidió el libro para hojearlo, se lo entregué sin demostrar que en realidad quería llevármelo para leer en casa. Me hice el *amiqué mimporta* y me concentré en los labios del profesor que se movían al compás de su trágica música, mientras yo tarareaba en mi mente *estoy muy triste y solo acá en este mundo abandonadooooo... tengo una idea, es la de irme al lugar que yo más quieraaaaa... Con mi balsa, yo me iré a naufragaaaar... a naufragaaaar...*

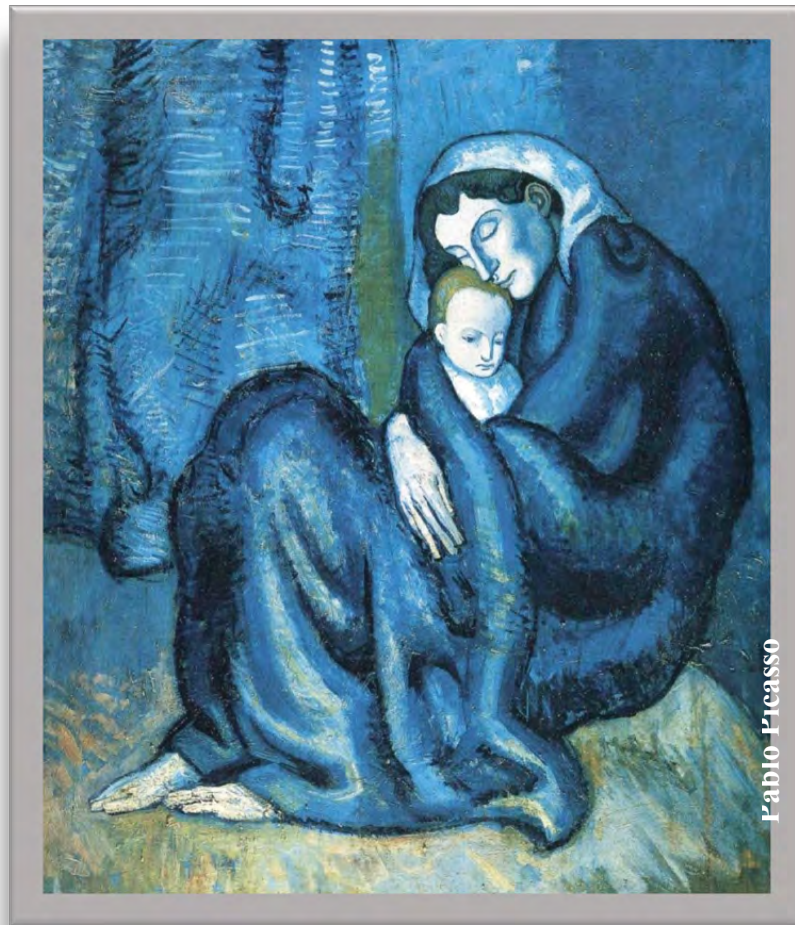
***“Estoy muy triste y solo acá en este mundo abandonadooooo...
tengo una idea, es la de irme al lugar que yo más quieraaaaa...
Con mi balsa, yo me iré a naufragaaaar... a naufragaaaar...”***

Dice mi abuela que era la canción de Los Gatos preferida de mamá y que a mí ¡me encanta!

La abuela Esther opina que además de la sonrisa, heredé de mamá el mismo estropeado y desorejado gusto por la música.

¡Qué va’cer! ¡Las viejas no saben nada!





*El hilo escribe sin parar
que el mundo está por estallar
y los demás en la oficina
... por nada.
Pero el amor es más fuerte...
pero el amor es más fuerte.*

Letra: Fernando Barrientos

Música: Daniel Martín

Voz: Ulises Butrón



IV

Jorge, el constructor de celestes

Ana y Jorge se casaron como Dios manda, sin la bendición de mamá Esther, y en contra de todos los ritos revolucionarios de la época: por civil y por iglesia.

Jorge se sentía un poco avergonzado de haber cedido a ceremonias burguesas, porque a él no le hacía falta un papel oficial para amarla hasta donde se pierde el horizonte, y la primera religión que conocía era la de haberse enamorado de Ana.

Con la iglesia tenía cuentas pendientes: "¿Por qué si Cristo vivió entre los pobres, el Papa lo hacía entre los brillos del Vaticano?" "¿Por qué los cristianos encendían luces de fiesta en Navidad si morían niños de hambre y abandono todos los días?".

Pero el amor lo tenía a mal traer y le jugaba a las escondidas con los ideales.

Así que hizo *piedra libre* a su ortodoxia pensando que por nada del mundo iba a perderse la entrañable sonrisa de Ana diciendo “te quiero” y salió a pedir un traje prestado, pagó los honorarios del cura por una boda con alfombra y flores y voló al altar a besar a la novia, esquivando los lagrimones de la suegra que lo veía como al mismísimo demonio.

Él era de los que se reía de los alardes de los vestidos de novias. Le parecían disfraces almidonados de hipocresía, llenos de cursilería brillante y sin sentido; los veía como trapos de fiesta que hacían gala y despliegue de pura virginidad desvergonzada.

Sin embargo, aquel día de su boda, enamorado, le pareció que la luz que irradiaba Ana en su traje de tules y puntillas, le desgarraba las entrañas y se instalaba para siempre en su retina, en sus instintos y en su alma.

Jorge había sido un tipo solitario, sin familia, curtido por la orfandad de afectos.

La rebeldía había escrito historias de callejón y supervivencia sobre las películas de su piel, y como en un empecinado culebrón, fue el niño desamparado, alumno rebelde y prototipo de joven sin futuro queriendo noquear al destino.

Jorge probó la miseria y la injusticia con el estómago, pero había echado callos en las manos y en el alma para inmunizar el agudo punzón de sus venenos. No había llegado a conocer a su madre y su padre, un trabajador golondrina rudo y parco, vivió resistiendo a la viudez con un hijo no querido a cuestas.

Jorge creció por generosidad ecológica, como la hierba mala. Su familia fueron los amigos del barrio y su escuela, la calle.

Por suerte, dio con una maestra amorosa e inolvidable, la de primer grado, la señorita Mercedes Salum. Ella le enseñó la cara del afecto y de una vida casi familiar, recogiendo al huérfano como a su alumno predilecto durante toda la primaria.

Por las tardes, invitaba a Jorgito a estudiar y a tomar el té en su casa. Luego, con su noble voz (medio de madre y medio de actriz), le contaba cuentos maravillosos haciéndole creer en los finales felices. La señorita Mercedes fue su primer amor, tal como lo prescribe la ley infantil. Solo se enojaba con él si le llevaba de regalo flores robadas como prenda de amor eterno, pero volvía a sonreírle cuando el niño le mostraba las excelentes calificaciones que sacaba en la escuela, nada más que para complacerla.

Jorge sobrevivió peleándole a la vida cada centímetro de olvidos. Trabajó como peón, como albañil y como maestro mayor de obra para pagar su formación universitaria, a escondidas del reloj, hasta que se recibió de arquitecto a los veinticinco años, en contra de todos los pronósticos sociales.

Con el título bajo el brazo y ya sin la señorita Mercedes para festejar sus logros, se dedicó a diseñar en secreto, cielos urbanos sin cables donde los barriletes pudiesen volar a sus

anchas; ideó plazas para pájaros, fuentes con playas y olas donde asolear la mufa ciudadana; planeó escuelas sin paredes, fábricas y universidades con ventanas abiertas y palomares en las azoteas, viviendas populares y barrios obreros para ser levantados cooperativamente.

Era un constructor de ilusiones. Estaba convencido de que el mundo podía cambiar; todo era cuestión de proponer nuevos modos de repartir las riquezas. Y justo en el momento en que todo en su vida era pelear contra los opresores, apareció Ana con su remanso de sonrisas y con sus brazos de sauce llorón a acariciar su río de olvidos.

Ana puso una inyección de ternura a su vida de luchas, protestas y sindicato.



Con unos cuantos besos, le enseñó cómo despertar con una sonrisa sin chiste previo y cómo desoír el reloj para no abandonar su piel. Le reveló los secretos de una vida en familia, cómo andar caminando a fuerza de suspiros, dónde guardar la nostalgia de la última noche de amor, y le cocinó el mejor de los manjares: le dijo que iban a tener un hijo.

Ese día Jorge lloró con llanto insospechado, para afuera. “Como los maricas”, le hubiese dicho su bruto padre, como cuando moqueaba por un penal injustamente cobrado en el potrero.

“Llora si tienes ganas”, le diría la señorita Mercedes, y él lloró de emoción.

Más que nunca, Jorge se sentó frente a su tablero a diseñar un mundo mejor. No quería que su hijo conociera los coletazos de la injusticia y la angustia del sudor que no alcanza al almanaque, ni que se comprara todas las tandas publicitarias del consumo.

Jorge abrazó a su esposa para disimular lágrimas y Ana tuvo que obligarlo a aflojar sus tenazas desconcertadas de sorpresa, por temor a que la asfixiaran.



Él soñaba para su hijo un mundo con tiempo y lugar para ser escuchado, con tiempo y lugar para ser lo que debiera ser, con lugar y tiempo para el amor, ese amor que él mismo había descubierto y le resucitaba a cada segundo sus convicciones.

Y como no era mucho pedir, salió a reclamar y a luchar por lo que quería.

La panza de futuros aumentaba su volumen de esperanzas, mes a mes.

En diciembre Ana comenzó con los dolores de parto y Jorge, mitad aterrado y otro tanto en éxtasis, no se movió de su lado hasta que vio cómo por entre las piernas le florecía un milagro.

Apenas pudo controlar el terremoto bajo sus zapatos, con ayuda del obstetra cortó el cordón umbilical de esa preciosa vida.

Tomó luego al niño con sus manotas que ya no eran tenazas, y sintió que llorar para afuera era más de hombre que muchas de las cosas que había hecho en su vida.

Con su rociador desbordado de ternura abrazó al hijo, lo besó, lo regó de susurros “mi bebé, mi hijo, mi bebé” ajustándolo a su corazón; y después lo colgó al pecho de Ana para desmayarse, sin vergüenza, ante las miradas risueñas del médico y de la enfermera.

Ese diciembre, en aquella sala de parto, Jorge vivió su propia Navidad y se le encendieron todas las luces en el alma.



*No quisiera vivir en escapada,
no me fuera posible aunque quisiera.
Yo soy un hombre de la madrugada,
comprometido con la luz primera.*

Rafael Alberti



V

Con la carpeta hasta el cuello

¡A la de Psicología la voy a curar con expedientes de su propia cosecha! ¡Va a reventar en su propia salsa!

Nos exigió una monografía sobre un tema de actualidad donde apliquemos el método científico de análisis, con planteo de situaciones problemáticas y la formulación de hipótesis. A mí, en particular, me amenazó con el dedo índice, argumentando con su voz de jarabe que, si mi monografía no estaba para un diez, directamente me mandaba a rendir Técnicas de Estudio a marzo. Vociferó que no iba a perder un minuto más conmigo que le discutía hasta el aire que respiraba, mientras mis trabajos prácticos eran un verdadero mamarracho.

¡Mamarracho, ella!

Al principio se me acalabró la yugular pensando que perdería mi tiempo en esa pavada, pero después me acordé de lo que me dice Rogelio sobre el destino: "no hay que amargarse más de la cuenta por nada, porque al final, lo mismo, lo que debe ser, es"; y en el camino del colegio a casa empecé a perfilar la revancha.

Listé en mi mente los valores súper valorados por la profesora de Psicología: las carpetas, la educación, sus alumnos. Me situé en posición de investigador y pensé en cómo demostrar tanta *taradez* recitada durante todo un año. Pensé: "¿qué es lo que más me molesta de la escuela?"

De repente vino a mi cabeza lo embolante y pesado que me había resultado de chico cargar tantas mochilas, carpetas y libros. Mi vida entera, de casa al colegio y otra vez del colegio a casa. Día tras día. Lo que, desde edad de guardería hasta la secundaria, sumaba más o menos la involuntaria colección de quince años de mi existencia, llevando auestas cuanto útil escolar pidieron comprar maestras y profesores, incluso mi abuela, en su inagotable propósito de desburrarme. O sea, y haciendo un simple cálculo porcentual de opresiones, he pasado casi el ochenta y cinco por ciento de mi vida portando tanta humanidad papelera como para reinaugurar la biblioteca de Alejandría.

Siempre pienso que quien sentenció que *el saber no ocupa lugar*, jamás cargó libros y carpetas en su vida, o por lo menos no iba a las escuelas de ahora.

Cavilando todo esto, llegué a casa y me senté frente al procesador de textos a borrar el proyecto de trabajo.

La abuela, totalmente sacada de libreto y sorprendida por mi actitud de estudiante ejemplar, no sabía si traerme la leche chocolatada con tostadas de todas las tardes, o el termómetro para medirme la fiebre.

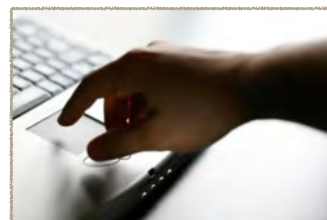
Cada vez que la pillaba espiando a mis espaldas el monitor de mi computadora, cambiaba de archivo y me ponía a jugar al WarCraft. No es posible que uno no tenga intimidad ni siquiera cuando prepara una contundente venganza.

¡Ya va a ver la vieja de Psicología! No se imagina el tema que se me ocurrió para escribirle su preciosa monografía.

Revolví todos los apuntes que nos había dado durante el año y encontré uno sobre la evolución del desarrollo de los niños hasta llegar a adultos, que había escrito ella y se lo habían publicado en no sé qué revista de educación. Me pareció perfecto para plagiarlo o, mejor dicho, como me corrigió el tío Hugo, para trabajar encima de ese texto. En realidad, lo adapté a mi conveniencia.

Subrayé todos los términos *psicologueros* que hallé por los interminables papeles, papelitos, folios y artículos que la profesora nos había fotocopiado “¡con dedicación!” para explicar, una y otra vez, cómo la psiquis no sé cómo se comprometía con qué sé yo qué del desarrollo emocional y traía no qué sé cuántos conflictos, intolerancias al fracaso y complejo de Edipo, que no sé de qué modo a lo largo de la evolución uno terminaba internalizando por imitación de no me acuerdo qué conductas tipificadas de las figuras parentales significativas, que esas sí creo que se referían a la de los padres. Y aunque no entendía muchos de esos términos a pesar de averiguar en el diccionario, los seleccioné porque me parecieron bien estrafalarios e impactantes para ser usados en mi trabajo... ¡y en su contra!

Busqué unos libros de educación que me prestó una vecina maestra, lo interrogué cien veces al tío Hugo para que me ayudara a aplicar esas palabras difíciles que le darían a mi texto su definitivo e irrefutable aspecto de seriedad académica y, aunque a él le pareció que se me iba la mano con el tonito burlón que usaba, se sentó a mi lado a socorrerme y terminé la monografía a mi antojo como a la medianoche, para ser presentada al otro día.



✓ Monografía:

Tema: Con la carpeta hasta el cuello

Miles de personas desfilan por la ciudad portando una carpeta empachada de notas, certificados, volantes, planes, proyectos, registros y/o estupideces por el estilo, con la certeza de que, paseándola como fieles peregrinos de la burocracia, se hallarán redimidos de olvidarse de algo.

Si existiera un tipo de instrumento o lente detector de carpetas que permitiera verlas independientemente de quien las carga, sería imposible restablecer de nuevo la correspondencia directa entre el objeto en estudio y el sujeto involucrado. Serían millones de voluminosas o delgadas, plásticas o acartonadas, negras o coloridas, pero infinitas carpetas, deambulando por el espacio urbano.

Sentado en la vidriera de la impotencia reflexiono sobre la génesis de tamaño hábito inconsciente y absurdo. Y aplicando el riguroso y no menos temido método científico, me pregunto, de entrada, qué es una carpeta, con el propósito de contextualizar el análisis.



Rastreando nociones previas podría decirse: *una carpeta es un objeto que, si bien puede presentarse con diversas características estéticas y funcionales, es (sin remedio) de formato rectangular, se usa para cargar menesteres afines a un propósito indescifrable, y se manifiesta obcecada y kinésicamente dependiente a que algún humano la porte.*

Establecida la definición operativa del elemento en cuestión y siguiendo con el rastreo de esquemas relacionantes, se descubre que, desde que uno es humano en estado de autoindefensión a merced de voluntades ajenas (léase *infancia*) y le cuelgan al cuello la obligación de alfabetizarse en aras del progreso y el desarrollo, comienza la relación intrínseca entre el objeto de estudio y su futuro y eterno portador.



Esto corrobora la **primera hipótesis**: *andar con la carpeta bajo el brazo es un hábito adquirido y no congénito como pareciera a simple vista.*

Al transitar los carriles selectivos de la memoria, se asocia directamente el objeto en estudio con aquella primorosa bolsita de la merienda para la guardería; cabe consignar que es rectangular también y con idénticas funciones a las atribuidas en la definición operativa ya expuesta.

Así, de arranque, en la más tierna infancia se experimentan los primeros contactos con la noción de que *ies* en absoluto! imprescindible andar cargando, además de la propia humanidad, los elementos que la constituyen en una bolsita, único continente capaz de garantizar en tiempo y forma la provisión de toallita, jabón, vaso, comidas, pañuelos, chupetes, ositos, pañales y cuanta cosa se le ocurra al progenitor y/o tutor de uno.



✓ Este accionar habilita la **segunda hipótesis: el uso precoz de objetos portadores de enseres pseudo-necesarios, contribuye a establecer reforzadores de futuras conductas obsecuentes.**

Cuando en mérito a la edad se legitima el ingreso del sujeto a la escolaridad primaria, el refuerzo se carga. La primitiva bolsita se permuta por un portafolios o su versión popular: "la mochila" desbordante de cuadernos, libros, lápices, colores, pegamentos, útiles y demás afines, apareciendo así nuevos y sofisticados elementos de supervivencia escolar con idénticos propósitos: ser portados por las dudas algo importante se presente.

Al arribar a la pubertad llega también un referente casi similar al definitivo. El humano adolescente se ve presionado por sus pares a abandonar el uso de la mochila por considerarla un atributo relativo a la niñez (estado abominable si los hay, por lo menos a la vista de un púber con ganas de no ser acosado por hermanitas, vecinitos, primos y etcéteras). Así, el sujeto comienza a organizar modos posturales cómodos y eficaces para andar por la vida llevando y cargando carpetas al divino botón, tamaño prócer, claro está, más pesadas en volumen y contenidos curriculares que los inocentes cuadernitos de la primaria.

✓ Así aparece la justificación de una **tercera hipótesis: portar la carpeta agiliza la coordinación motora - postural para inclinarse hacia cualquiera de los lados posibles de apoyo.**

Con la columna vertebral zigzagueante, al sujeto en búsqueda de legítima civilización lo sorprende la instrucción superior con su remanida cuota de carpetas -¡grandes carpetas!-, ahora tamaño oficio. Folios, panfletos delirantes de ideas, notas, apuntes, periódicos clandestinos, fotocopias ilegales, libros propios y ajenos.

Todos cargados con la habilidad desarrollada a partir de la temprana infancia y las destrezas aprendidas fotomecánicamente durante el transcurso del proceso de educación en el que, por obra y gracia del mecanismo de premios y castigos, se fue adquiriendo la inconsciencia de andar por la vida portando una carpeta "por si acaso" pudiera uno conquistar un status culturoso.



✓ Porque como todos saben (y aparece aquí la **cuarta hipótesis**): *una insignificante carpeta connota la ideología de pertenencia del portador a alguna de las muy variadas y no menos ridículas clases intelectualizadas.*

Siguiendo con este análisis, todo haría suponer que la colación de grados del sujeto en cuestión enterraría ¡por fin! el carpetístico hábito contraído y para el cual todavía no se ha creado vacuna eficaz de inmunización. Pero no es así, el sujeto tesoneramente formado para servir a la sociedad y, con suerte y viento a favor, acceder a su auto-mantenimiento, sigue con la carpeta bajo el brazo de aquí para allá.

✓ Esto nos lleva derecho a confirmar la **quinta hipótesis**: *la carpeta es un mal necesario.*

Dónde si no, puede uno portar sus esperanzas de conseguir trabajo con un certificado académico que garantice el haberse pasado la cuarta parte de la vida estudiando. Dónde, que no sea en una espectacular carpeta con folios ordenados según el currículum que nadie leerá con la misma dedicación y sudor con que se forjó, pero que será tanteada en peso y volumen a la hora de asignar un puesto que no halló antes un dedo acomodador, o al instante de depositarla en una estantería para menú de las ratas y cucarachas del lugar, destino final de tanta panfletería botona de obra y milagros de un pobre tipo o tipa.

Si se considera que estos repugnantes seres (las ratas y cucarachas, ¡claro!) sobrevivirán al indeseado momento de una explosión nuclear; y teniendo en cuenta que cada humano ilustrado hace y SE hace a través de una carpeta, aportando así a la manutención y preservación de las únicas especies superiores (sigo hablando de ratas y cucarachas), es fácil arribar a una triste y no menos sencilla conclusión preliminar.

✓ **Síntesis parcial**: *siendo la carpeta un mal necesario que connota ideológicamente tendencias intelectuales a optimizar conductas obsecuentes, es necesario reforzar la adquisición del hábito de portarla y engordarla a fin de favorecer la toma de posiciones hacia donde los puntos de apoyo lo indiquen, contribuyendo de paso a la preservación de ratas y cucarachas, únicos seres capaces de sobrevivir en este planeta naufragante de pseudo-necesidades, átomos nucleares y burocracia.*

✓ Llegado a este punto del análisis, para cualquier humano con un C.S. (coeficiente social) no inferior a la media, será fácil admitir conmigo la siguiente **conclusión**: *el S.XXI nos encontrará con la carpeta hasta el cuello, pero flotando.*

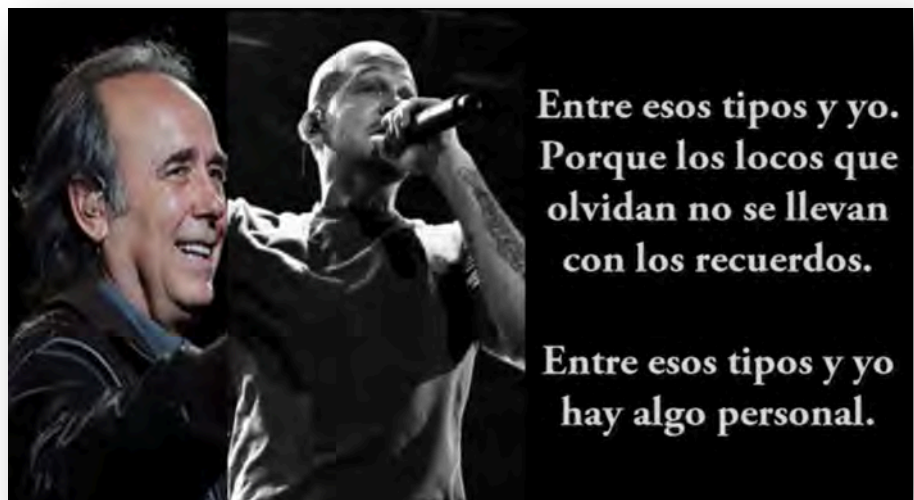
Alumno: **Camilo Juárez**

A los tres días, el trabajo volvió a mis manos con la siguiente consigna:

- Excelente monografía, alumno Juárez. Un poco irónica pero correcta, con los pasos que quería que aplicara. ¿Qué tal si, con el mismo método, y para un segundo trabajo práctico sobre Técnicas de Estudio, investiga este tema?: LAS RELACIONES FAMILIARES VISTAS DESDE UN ADOLESCENTE

¡Solo a ella, una psicóloga especialista en meter el dedo en la llaga, se le podía ocurrir ser tan inoportuna!

Me conformé con el nueve que me puso y recordé de nuevo para calmarme, lo que siempre decía Rogelio: "No hay que amargarse más de la cuenta por nada, porque al final, lo mismo, lo que debe ser, es". Entonces me dediqué a pensar en la historia que inventaría, explicándola con científico método, sobre la vida de mis padres y de mi familia.





*Una sombra se marchita en el agua.
Tu pulcra desnudez ya no está sola.
¿Es que sientes cómo nace en tu entraña
la acidez de la muerte?*

Malicha Leguizamón



VI

Irresistible libertad

Con lustrosos 18 años y el mejor promedio de su secundaria, Rogelio había ingresado a la Facultad de Ingeniería con los bríos de un pura sangre y con su morena cabeza llena de ideas revolucionarias.

De niño las había aprendido de su padre, un tano embravecido por la libertad, que había velado sus sueños de cuna cantándole la marcha de los partisanos.

Rogelio cursaba su primer año de carrera distribuyendo el horario entre volantes, apuntes, bibliotecas, militancias y amores con Marina, la secretaria de prensa, con quien salía desde que la lista de ambos había ganado el Centro de Estudiantes.

El Centro luchaba por defender la universidad pública.

Su objetivo era garantizar futuros ingenieros que estuvieran “al servicio del pueblo y no de un grupo de poder cuya única meta era la de seguir explotando al país, robándole sus posibilidades de independencia tecnológica”.

Aquel día Rogelio estaba sentado en la penúltima fila del aula magna frente a su examen. Se concentraba en la calculadora. Quería aprobarlo con la mejor nota y mantener el promedio más alto del curso.

Las matemáticas eran su pasión desde pequeño. En la primaria, gracias a ellas, siempre había sido abanderado. En la secundaria ganó las olimpiadas matemáticas dos veces. Ahora en la Universidad no podía ser menos.

- ¡Vamos Lelio! -así le decían los amigos de la facultad a Rogelio para despistar a posibles botones- ¡Dejá ya ese examen y andá abajo de una vez por todas!

- ¡Apurate loco, Manolo necesita tu ayuda! ¡Terminala con este parcial, se viene la yuta y nos

levanta a todos! -le gritaba el Gringo, recién elegido secretario del Centro de Estudiantes.

Lelio, con su cuerpo aún adolescente y en ebullición, se acomodó nervioso el flequillo ruludo tras las orejas pues la misión encargada no podía fallar y todavía le faltaba un ejercicio para terminar su evaluación. Decidió dejar pendiente los números; la causa era importante y demandaba exactitud en las pasiones. Además, le sobraba calificación para la promoción; no podía ser tan obsecuente con el sistema, según lo amonestaba el Gringo.

Los uniformados habían empezado a parapetarse en la puerta de entrada de la Facultad.

Rogelio salió encorvado, con la mejor transparencia que logró entre las sombras del aula magna y los cuchicheos de los que se copiaban fórmulas escondidas en ruedos y remeras. Una vez fuera del salón, bajó saltando los escalones que separaban el primer piso del sucucho del Centro de Estudiantes.

Pisadas presurosas de botines corrían escaleras arriba para impedir que los jóvenes huyeran sin pasar por su requisa de documentos, donde de seguro separarían a los melenudos. Tener pelo largo era innegablemente subversivo.

Rogelio llegó a la sede del Centro de Estudiantes agitado y sin sangre. Apenas lo vio, Manolo se trepó a un pupitre y, con un solo y ajustado salto, se montó sobre sus hombros. Habían practicado la pirueta en infinidad de manifestaciones, partidos de fútbol y recitales. Rogelio lo cargaba con cariño y por solidaridad, pues si no lo trepaba, Manolo no podía ver qué pasaba sobre el escenario, también lo exponía al serio peligro de morir pisoteado como una hormiga.

Eran amigos desde el segundo año del bachillerato, épocas en que el rock no era ruido latoso de hippies ni música de *pequebúes*, como les decía el Gringo.

Ellos, a pesar de este tipo de comentario revolucionario, y enfundados en sus camperas de cuero, no se perdían un solo recital de las bandas pesadas; pero aprendieron junto al ABC del socialismo, a sintonizar con el oído izquierdo el folklore de vanguardia y las canciones de protesta.

- Dale Lelio, estirate más que casi llego -exigía Manolo, sin reparos y a puñetazos, a medida que dismantelaba el cielorraso de telgopor que hacía las veces de entretecho y guarida de trofeos en el Centro de Estudiantes.

Ocultos en puntos estratégicos, el Gringo y Marina comandaban las tácticas de escape.



Del primer piso del edificio se descolgaban los gritos. La poli pidiendo identificaciones y la muchachada, queriendo zafar del cerco de los agentes.

Con sumo cuidado, una por una, como si manipulara una bomba a punto de estallar, Manolo empezó a sacar del entretecho las *Obras Completas* de Marx, *Las venas abiertas de América Latina*, de Galeano, un mimeógrafo desarmado de procedencia cubana y una pistola calibre 22 que el padre de Rogelio les había prestado “por las dudas tengan que defenderse”.

Estos cuatro elementos constituían el poderoso patrimonio revolucionario y el arsenal con el cual los compañeros del Centro de Estudiantes se preparaban para resistir la intromisión de las botas en la vida universitaria que, según rezaba el empapelado de utopías de la Facultad de Ingeniería, sería del pueblo o de nadie.

Rogelio era demasiado robusto para pasar inadvertido en un operativo comando de limpieza como el que tenía enfrente aquel

día. Pero como un revolucionario se medía por sus garras, sin sombras de reparos, se escondió la 22 entre la camiseta y los vaqueros y cargó los libros forrados con un papel amarillo con dibujos del submarino de Los Beatles como único camuflaje.

Manolo ocultó entre sus piernas las piezas más grandes

del mimeógrafo y a las restantes las ajustó a la espalda con un cinturón bajo la campera de jeans. Encima se puso un poncho borravino de gaucho salteño.

El Gringo caminaría a la retaguardia silbando un conjuro de señales, custodiando a los valientes portadores de trofeos.

A su vez, Marina cubriría al Gringo en una acción de espía. Por si todos los hombres de la misión caían en una certera redada de fichas de dominó, ella debía hacer de observadora para correr en búsqueda de ayuda legal, política, familiar, o de cualquier tipo, ante una emergencia.

El operativo partió a la hora justa.

Como si se fueran a revisar ingenuos apuntes en el bar de la vuelta, salieron Rogelio y Manolo de la Facultad con su preciado y peligroso cargamento. No llamaron la atención, porque lo hicieron por la puerta de servicio de la casa del portero, quien no imaginaba siquiera que los muchachos del Centro, en un trabajo de inteligencia impecable y enamorándole a la menor de sus hijas, habían plagiado una copia de las llaves de las cerraduras de su casa, también ubicada en el subsuelo.

Cuando los jóvenes salieron, otra brigada de la policía se encontraba atrincherada en la esquina, esperando órdenes de sus superiores para allanar el Centro de Estudiantes.



- QR4... QXT... QR4... -sonaba la radio del patrullero. “QXT positivo, QR4 negativo”, contestaban los uniformados mirando como caranchos en pie de caza a todo el que pasaba.

Cada joven, cada profesor, cada expediente, cada examen, cada volante, cada idea escondía a un *“imberbe, imbécil, terrorista y repugnante guerrillero”*.

Entre las cortinas del miedo y las de la tarde -que caía por rutina sin siquiera enterarse de las sospechas que despertaba al encender su subversivo horario- caminaban aquellas figuras: la de Rogelio esbelta y pausada, la de Manolo baja y pendenciera, ambas en una armonía de ideales, a tono con el rojo y sepia del atardecer.

Pasaron frente a la policía y a sus monosilábicos alientos.

A media cuadra de distancia, el Gringo, y más lejos Marina, supervisaban la operación.

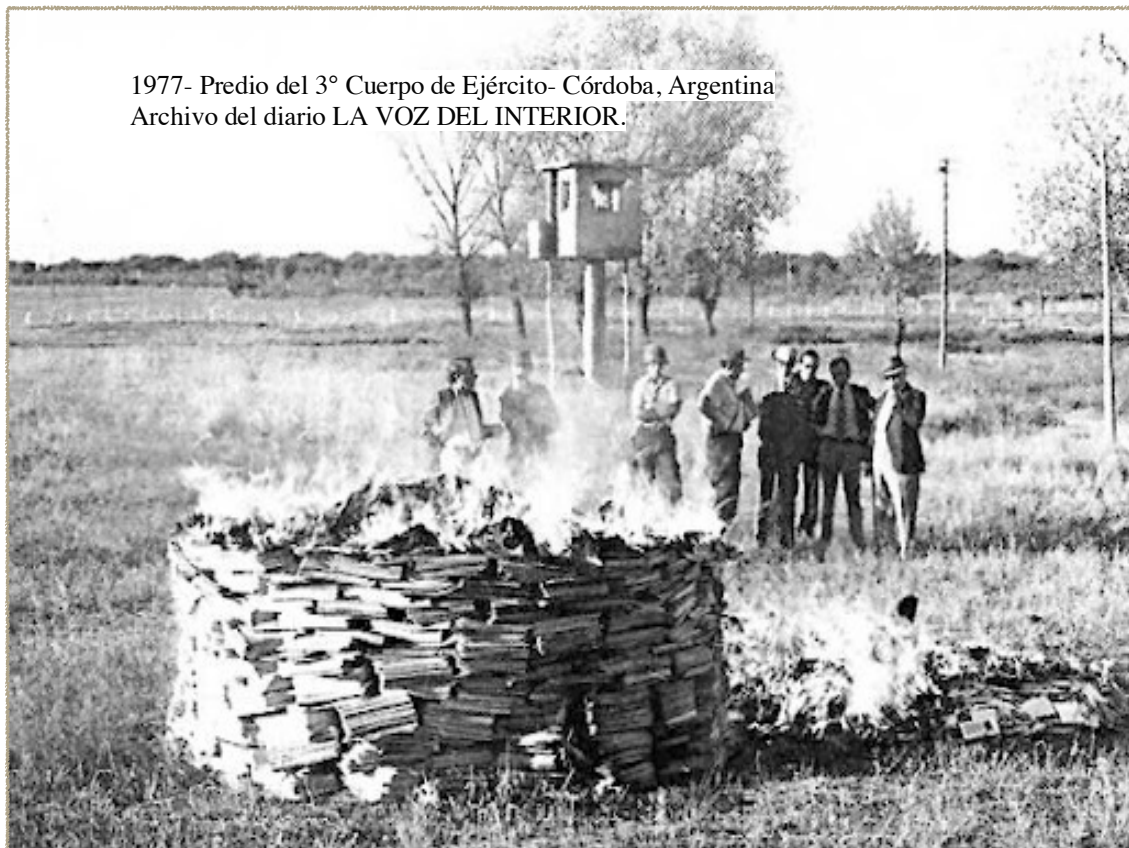
Superaron la valla. Los policías ni los miraron. Quizás porque Rogelio y Manolo llevaban el cabello corto.

Recorrieron la avenida que empezaba a iluminarse de intrigas, conversaban como si fuesen unos inofensivos y alegres niños saliendo de la calesita.

Nadie los paró ni desconfió. A Marina nomás le pidieron el documento de identidad y la dejaron pasar, luego de algunos acosos y amenazas.

A seis cuadras, llegaron a destino: el depósito de la biblioteca de la FECE (Federación de Centros de Estudiantes) que funcionaba a la vuelta del Rectorado.

Rogelio no supo si habían transcurrido diez segundos, diez minutos, diez años, diez siglos. Estaba nervioso, oxidando un poco más la vieja pistola calibre 22 con los chorros de transpiración que brotaban de las vertientes de sus axilas y que, a fuerza de gravedad y por presión del agua, se deslizaban como en tobogán por las ingles.



Manolo entró al depósito casi corriendo y le indicó a Lelio que lo siguiera. Por atrás, con silbidos y contraseñas, llegaron el Gringo y Marina.

Sin hablarse, se dirigieron con decisión a un salón contiguo, íntegramente descascarado. En un rincón oscurecido por la falta de luz y el desuso, como clandestinos autómatas, los jóvenes movieron unos cajones que, a modo de pantalla de distracción, ocultaban una puerta que conducía hacia un sótano.

Una vez abierta, Manolo y Lelio miraron a sus alrededores e ingresaron a descargar sus transgresoras encomiendas, sin decir palabra. El Gringo y la muchacha seguían haciendo de campana, espiaban cada movimiento y les informaban con sonidos y gestos.

Desembarazados de su misión, los cuatro salieron por distintos lugares. Se reencontraron a dos cuadras, tal como lo era la cita.

Ya a salvo y a la intemperie, Marina, que había seguido el operativo sin perder una pisada, saltó al cuello de Rogelio prendiéndose en un abrazo

secante que más allá de ahogarle la transpiración, le encendió un renovado y conocido sudor. Manolo sonrió:

- ¡Eh! no coman delante de los pobres -dijo guiñando un ojo y se fue riendo al encuentro del Gringo, que lo esperaba en la esquina de enfrente.

Lelio, acariciando la espalda de su chica, forzó una despedida ante Manolo y argumentó que tenía un compromiso pendiente con Marina para enseñarle unos logaritmos que ella no entendía, mientras la seducía con una mirada pícaro y galanterías secreteadas: “Hay que desconfiar siete veces del cálculo y cien veces del matemático”, le susurraba en el oído remedando el acento árabe de Malba Tahan. Así invitaba a su morena compañera a desafiar la irreverente adolescencia de la noche.

- Primero tenemos que repartir estos volantes acá a la vuelta, en la Escuela de Ciencias de la Información ¿ya te habías olvidado? -le recordó Marina, y desenvainó de su bolso panfletos contra la intervención que se avecinaba en la Universidad.

- Después vamos a mi departamento, repasamos apuntes un rato y si te portás bien, te preparo unas salchichas con huevos fritos. De postre, te doy una sorpresa ¿sí? -le susurró Marina besándole una oreja.

Él la correteó unos pasos en demanda de la revelación de la incógnita. Ella lo esquivó jugueteando, hasta terminar acorralada entre el umbral de un zaguán y sus jóvenes brazos. Ahí se besaron sin pausas ni cumplidos.

- Acabemos de una vez con estos volantes y nos vamos a casa... -le recordó ella con los últimos alientos de voluntad.

Lelio y Marina se acomodaron sin disimulo la ropa, y devolviéndose los manojos de pelos enmarañados en el abrazo, recogieron las migas del deseo y los volantes que se habían desparramado por el suelo a causa de los aprietes.

Una vez recompuestos y decididos a completar su obra revolucionaria del día, se internaron en el bosque espeso de la avenida sin darse cuenta que

otro monstruoso “QXT positivo, QR4 negativo” los esperaba en el borde opuesto del cemento para devorarlos.

No temieron. Al fin y al cabo, ya no llevaban encima la pistola del viejo, ni el mimeógrafo, ni los libros subversivos, ni se besaban en público escandalizando a alguien; solo portaban unos insignificantes volantes, unos inofensivos papeles. Y tal vez por los apuros de la pasión, que desmide siempre las distancias del horizonte, se metieron en la boca de las bestias.

Los detuvieron en las puertas mismas de la Facultad, ante los ojos de miles de universitarios y transeúntes ocasionales.

Enfrentaron con retóricos argumentos de libertad de expresión la feroz requisa a la que los sometieron.

Los jóvenes enarbolaron sus nombres a modo de defensa. Manolo y el Gringo ya se habían ido.

Ante la sinrazón corearon: “*Se va’ cabar, se va’ cabar, la dictadura militar*”.

También gritaron las frases que sabían debían gritar: “Nos llevan los verdugos”, “Vamos a pedir un Hábeas Corpus”.

Luego, subieron oponiendo resistencia y repitiendo una y mil veces sus nombres con la esperanza de que los oyeran quienes presenciaban el arresto.

Cada uno fue empujado a un patrullero distinto. Se sentaron sobre sus verdes colmillos guiñándose un ojo y con un “hasta dentro de un rato” como cábala.

No tenían más miedo que el que les nacía del coraje y la confianza en la justicia si, al fin y al cabo, ya no cargaban la calibre 22, ni el patrimonio del Centro de Estudiantes, ni se besaban en público escandalizando a nadie; solo portaban unas irresistibles ansias de liberación.

Rogelio estuvo preso en el sur durante siete años, Marina continúa desaparecida.

AMERICA LATINA

Año V - N° 13 Buenos Aires, setiembre de 1971 \$ 2.-

EVITE UN SECUESTRO

ANTE

La escalada delictiva de los organismos represivos, evidenciada en el secuestro del matrimonio **Vard** en **San Juan**, el fracasado secuestro del **Dr. Quieto**, el secuestro del matrimonio **Maestre**, el posterior asesinato de **Juan Pablo Maestre** y probablemente de su esposa **Mirta Miselich**, el recrudecimiento de las torturas a los detenidos.

SE RECOMIENDA A LA POBLACION

1º) Cuando un grupo de particulares intente detenerlo, **resista** con todos los medios a su alcance, aunque acredite con medallas o credenciales su condición de policías. **Grite** pidiendo auxilio y dando su nombre y apellido.

2º) Cuando presencie un secuestro, **ayude** a la víctima impidiendo el procedimiento. **Obstaculice** el desplazamiento del vehículo. **Llame** al Comando Radioeléctrico (T. E. 101) para obligar que se oficialice el procedimiento. **Llame** también a los diarios, radios y canales de televisión. **Observe y Denuncie** los datos de los secuestradores (potente, modelo y color del automóvil, fisonomía y vestimenta de los secuestradores, etc.)

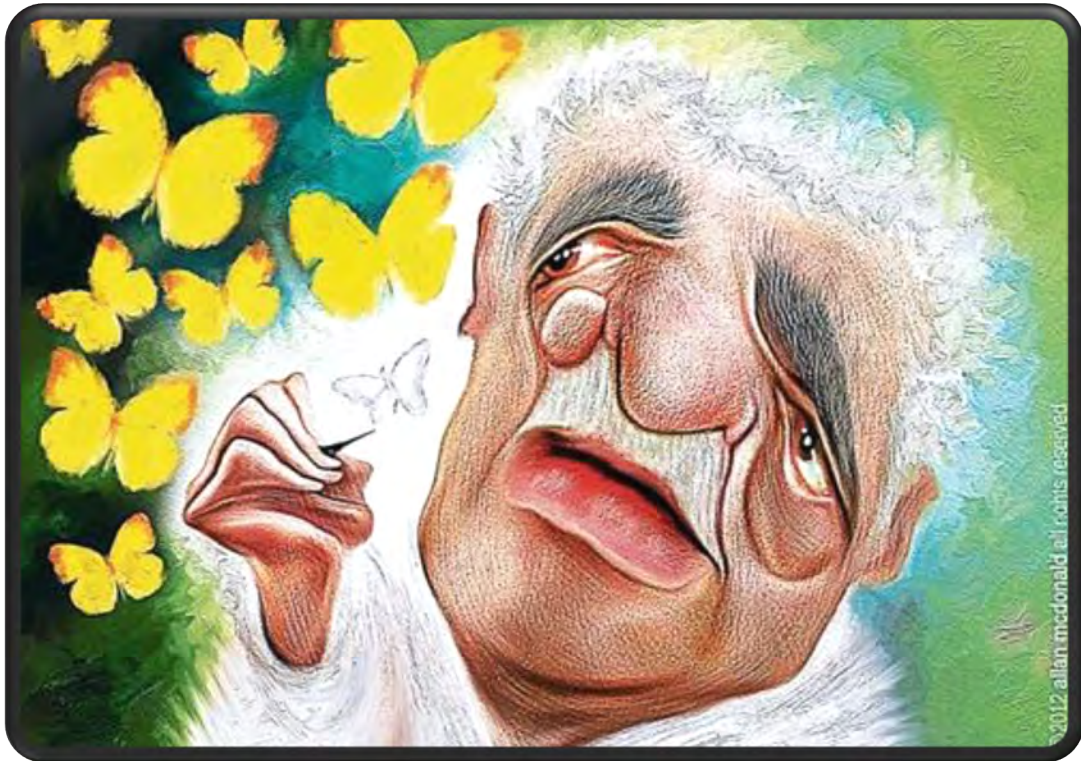
SE RECUERDA A LOS JUECES

Que deben hacer traer a su presencia a los detenidos, dentro de las 24 horas para recibirles declaración y sustraerlos de la ferocidad de los torturadores remitiéndolos inmediatamente a la Alcaldía de Tribunales.

Anote Estos Números:

DIARIOS:		RADIO:		CANALES DE TELEVISION:	
Clarín	27 - 0061 al 69	L.1.1 Radio el Mundo	372-2962	Canal 9	71 - 5477
Crónica	45 - 0191 al 99	L.2.4 Radio Splendid	40-7335	Canal 11	91 - 3411
La Opinión	31 - 4724 al 27	L.3.3 Radio del Sur	42-7661	Canal 13	26 - 5376
La Razón	33 - 5561	L.5.4 Radio Continental	33-9579		

Movimiento Nacional Contra la Represión y la Tortura
(Regional Buenos Aires)



*Y el forastero le había respondido
sin un vestigio de pudor
que no hay gloria más alta que morir
por la patria, excelencia,
y él le replicó sonriendo de lástima que
no sea pendejo, muchacho,
la patria es estar vivo...*

Gabriel García Márquez



VII

Nadie muere sin dejar sombra

No sé cómo decirle a mi abuela que quiero conseguir ese libro de la CONADEP para revisarlo bien. Pensé justificarme con el argumento de buscar material para el nuevo trabajo sobre la familia que me pidió la profesora de Psicología, pero no me animé, pues la abuela iba a arremeter con un sinfín de cuestionamientos y no la quería alarmar hasta no tener pruebas contundentes. Encima, lo más probable sería que fuera a la escuela a discutir con la vieja de Psicología, y a reclamarle por qué me pedía ese tipo de trabajos, si tenía algo en contra mía, y todo su arsenal de justificaciones hacia mi persona. Es un poco exagerada cuando se pone en *apañadora* mi abuela, y yo ya estoy grandecito para estos papelones.

Supongo que si lo que la abuela Esther me contó es cierto, mi mamá debe figurar en alguna de esas páginas. No quiero decírselo hasta no confirmar mis sospechas porque no aguanto verla sufrir.

Seguro ella no conoce sobre la existencia de ese libro, si no sabría más de lo que me contó y me lo hubiera mostrado hace mucho.

El profesor de Cívica comentó que, al presentarse ese informe, se juzgó a los jefes militares responsables del terrorismo de estado y se habló bastante del asunto en la televisión. Incluso nos mostró un video donde aparecían partes del juicio, algunos testimonios, y también los militares culpables que detuvieron para después indultar.

No sé. Yo no me enteré de nada. Es que era un pibe en esos días. Tal vez fue en aquellas épocas en que la abuela se puso loca contra la televisión, los dibujos animados y las series de los súper héroes. ¡Todo lo que a mí me gustaba ver en TV, a ella la sacaba de las casillas!

Que "esto es una porquería", que aquello es "demasiado violento, sensacionalista, vacío de contenido" y no me acuerdo cuántas otras cosas, decía. Yo, con tal de no escucharla, agarraba la pelota, la camiseta y el gorro celeste con trenzas de la "B" y me pasaba gloriosas horas en el club de Alto Alberdi. ¡Menos mal que se me daba por el fútbol, porque había días en que creía que cometería un *abuelicidio*!

Espero que en realidad la abuela Esther no sepa sobre ese informe de la CONADEP, porque si me lo ocultó, he perdido muchos años en buscar a mamá y no se lo podría perdonar nunca. Ella no sería capaz de hacerme eso. No, no sería capaz.

Tampoco se lo puedo pedir al profesor de Educación Cívica porque se va a dar cuenta de que estoy interesado... ¿Y si le da por presentir que mis viejos, en realidad, no murieron en un accidente?... Es capaz de adivinar que soy *hijo de desaparecidos*. ¡Uf! Eso produce en alguna gente una suerte de lástima o de repulsión, y ambas son difíciles de soportar.

Me enferman los que al enterarse me miran con la cabeza inclinada y la sacuden murmurando: "¡Pobrecito! ¡a lo que lo han expuesto esos padres!, ¡porque si se los llevaron, por algo será!".

“Hacía falta mano dura para salvar la patria”, y boludeces por el estilo, como si la patria fuera un desfile militar, el himno y la escarapela. El profesor contó que algunos generales argumentaron que fue una guerra sucia entre ellos y el terrorismo. ¿Qué guerra?, si a mi mamá se la llevaron en camión.

Sucio, ¡claro que sí!, ¡ellos, inmundos criminales! ¡Actuaron bien roñosamente, porque robar y vender niños, violar, saquear casas, torturar con electricidad y tirar gente viva desde aviones al mar, eso solo lo puede hacer gente que no es trigo limpio! ¿no? Yo creo que no hay ningún “por algo será” que justifique tanta crueldad.

Parece que a nadie le importa un carajo que mis viejos fueron los que se murieron: las víctimas; y los malos de la película, aquéllos que con uniforme y escarapela secuestraron y mataron sin preguntas ni juicios, ni cortes, ni abogados, ni piedad, ni ley ni nada, les bastó argumentar vocación de servicio y “obediencia debida”. Porque, al fin y al cabo, los tribunales y las cortes de justicia están para algo, ¿no? Para resguardar y proteger el verdadero funcionamiento de la patria, ¿o para qué, si no? Si mis viejos tuvieron culpa de alguna cosa, yo hubiese querido saberlo por boca de un juez, entonces entendería ahora su (¿mi?) condena.



¡Bah, qué sé yo! ¡no sé por qué me quejo! Yo por lo menos estoy acá, vivito y coleando, cargando sus genes, su historia, la voz y la manera de caminar de mi viejo, la nariz y el mal humor de la abuela, el celeste cielo de los ojos de mamá y su sonrisa, según la abuela Esther.

Por momentos, creo que los odio por haberse dejado llevar, sobre todo a mamá que se fue sin avisarme y me dejó en aquel canasto. Pienso que mis viejos no tenían derecho a hacerme lo que me hicieron, a morirse con tan descuidada valentía, pero de igual manera, los entiendo porque a mí también me revienta que cualquier boludo quiera decirme y obligarme a hacer lo que no quiero, y al igual que a ellos, me enferma la injusticia. Entonces los perdono y revivo, casi como una canción de cuna, la idea de que ellos no me hubieran hecho esto si hubiesen podido evitarlo.

Además, ahora que soy grande sé que nadie se muere sin dejar sombra.

Lo que estoy seguro de no perdonarles nunca en esta vida -ni en las futuras si las hubiere- es que me llamaran Camilo.

La abuela dice que me lo pusieron por el escritor Camilo José Cela que a mamá la hacía reír horrores con sus irreverencias.

El tío Hugo sostiene que mi nombre surge de la metamorfosis de las palabras mágicas con que mamá actuaba sus juegos de niña; pero dice que son secretas, que aún no puede decírmelas, que son como cábalas para milagros. Pobre tío, a veces creo que al llamarlo "loco delirado", la abuela, un poco de razón tiene.

Todas las noches, de chico, yo fantaseaba esas palabras esperando el susurro de aquella sonrisa de sapo que se colgaba por las sombras de la ventana hasta que el sueño me arremolinaba en su pañal de misterios: CAnción - Mllanese - LOro..., y nada, ningún milagro ocurría. CAstillo - Miedo - LObo... hasta que el sapo me tragaba y el sueño me rescataba.

Nos entreteníamos tardes enteras con Diego, mi mejor amigo, tratando de descifrar el acertijo de mi nombre, buscábamos en el diccionario las palabras más estrafalarias, como CAmbujo - Miramamolín - LOcho... En algunas ocasiones, jugábamos con palabrotas: CArajo - Mlerdolaga - LOchorta (las inventadas eran las mejores).

Creo que la versión de Rogelio es la sensata: a él le parece que me llamaron Camilo por un tal Camilo Cienfuegos, a elección de mi viejo.



A mí no me importa. Así hubiese sido por el Papa o por el presidente de los Estados Unidos, Camilo es un nombre de mierda.

Incluso pensé en cambiármelo, sobre todo en quinto grado, cada vez que los chicos me decían "Camilo, cara de hilo" o si el gordo de la vuelta me llamaba "Cam... cam" como si llamara en inglés a un perro haciendo chasquear los dedos. Un día me agarró cruzado y le metí tantas piñas al gordo, que creo que se olvidó de hablar hasta en castellano. ¡Me dejó en paz!

Me podrían haber puesto Pablo -como Neruda o Picasso que a mamá también le gustaban- o Jorge como mi abuelo y el viejo, pero Camilo ¡es hediondo! Al fin no me lo cambié. Un poco por costumbre de llevarlo encima como un distintivo entre Los Piratas de la barra de Belgrano, y otro por darles el gusto a mis viejos que era la única herencia que me habían dejado, por lo menos eso creía entonces.

El tío Hugo me consuela diciendo que podría haber sido peor si me hubiesen puesto Esmerejilberto o Rupancrancio o Descándido, y nos matamos de risa inventando nombres espantosos como quien se anima a una payada de chistes de terror. Cada tanto me siento con él a recordar juegos infantiles y hacemos un tuti-fruti de nombres por letras. Uno de los dos repite en voz baja el abecedario, el otro lo para y gana el que es capaz de decir más nombres inverosímiles:

- Interdonato, Ilahabad, Idacio...

- Etrurio, Evaristo, Euclides...

Eso sí, cuando me llaman a mí, ¡me llaman a mí! y no andan dos o tres dándose vuelta para ver a quién le hablan. ¡Tiene sus ventajas tener un nombre irrepetible! Tal vez, algún día, hasta se ponga de moda.



Ahora se me ocurre que, si mamá se hubiera llamado Camila en vez de Ana, yo la hubiera encontrado fácil en el libro del profesor de Educación Cívica.

El tío Hugo prometió conseguirme el informe de la CONADEP. Siempre discuten con la abuela por el tema de mis viejos y por mí como si se disputaran un trofeo o la medalla olímpica a la hinchada de bolas.

El tío Hugo es capaz de cualquier cosa con tal de llevarle la contra a la abuela Esther, así que creo me lo va a traer.



*Pueden jurar que no es verdad
el viejo sueño de volar
pueden guardarte en una jaula
por nada.
Pero el amor es más fuerte... pero
el amor es más fuerte.*

Letra: Fernando Barrientos
Música: Daniel Martín
Voz: Ulises Butrón



VIII

Las estrellas de la abuela Esther

“¿Cómo que todos somos iguales?”, se preguntaba Esther tratando de entender las ideas de *igualdad*, *plusvalía*, *liberación* o *dependencia* que planteaba su hija.

Una cosa es que la Biblia enseñe que todos somos iguales ante los ojos de Dios, y otra muy distinta creerse aquella uniformidad socialista en boga entre pelilargos y revolucionarios.

“¡Caramba! Están los que quieren trabajar y los que no, los que nacen para mandar y los que no. Es así desde el principio del mundo y lo será hasta que desaparezca. Dios nos hizo a todos distintos: hombres y mujeres, blancos y negros, gordos o flacos, lindos o feos, ricos o pobres, y a todos nos acepta en su reino”.

¿Por qué contradecir tan celestial designio?

A cada cual le reservaba un don y un camino de salvación, y el de Esther no era sencillo de transitar. Ella no se quejaba, había aprendido a aceptar los designios del Señor con la misma entrega y resignación con las que enfrentaba, cada domingo, los misterios de la Santa Eucaristía.

Tal vez por su tozuda fe, es que Dios no se cansaba de ponerle pruebas en el camino. ¿Cuántas estrellas en la corona del cielo le tendría reservadas? Primero la muerte temprana de su marido, luego criar a su hija con tantos esfuerzos y en los mejores colegios católicos, ¿y todo para qué?, para que terminara casándose con ese delirante lleno de pájaros en la cabeza.

Esther estaba convencida de que ese estúpido idealismo de Ana, en gran parte, era culpa de Hugo, su hermano solterón, medio artista y bastante anarco que vivía con ellas desde que habían quedado solas.

Hugo llegó al funeral de su cuñado para quedarse, con un baúl de historias llenas de aventuras, de amores y miserias que había recogido durante diez

años viajando como mochilero por Latinoamérica.

- El destino nos marca a fuego su señal de auxilio -dijo, y se quedó, como un ángel de la guarda, a vivir con Esther y Anita.

Vivían de la despensa que habían heredado de sus padres. Esther se enfermaba cada vez que su hermano se refería al negocio como “el almacén del barrio” porque ella, junto a su marido, con mucho sudor y peleando precios, habían logrado convertirlo en el ‘minimercado’ más provisto de la zona, mientras el babieca de su hermano “paveaba y gastaba el tiempo en parrandas”.

Hugo atendía “el almacén” escribiendo secretos poemas al oído de las clientas y así, les vendía lo que quería. A pesar de los reproches de la hermana, usaba como amuleto la misma boina de inmigrante que había sido de su padre. La joven viuda, en cambio, llevaba la contabilidad del ‘minimercado’, empujando los días para adelante como si el futuro no fuese solo la línea del horizonte.

Para lo que sí se pusieron de acuerdo, fue para trabajar en contra turno, alternándose en el cuidado de la niña.

Cada cual hacía lo suyo.

Esther llevaba a Ana a la escuela de monjas y el tío Hugo le completaba a escondidas las tareas escolares con citas atrevidas de los cuentos de Las Mil y Una Noches. La mamá le enseñaba a tender la cama, le cosía vestidos; el tío la llevaba a la plaza a mostrarle cómo socorrer con primeros auxilios a los pichones de gorriones caídos de sus nidos.

Hugo tenía inagotables contrapropuestas a la vida, podía ver todo a través de un cristal infinito de posibilidades.

Había ayudado a su hermana con la crianza de la pequeña, pero con tantas pavadas e ideas de libertad, también había estropeado y descalificado cada una de sus órdenes maternas frente a la niña.

Si Esther decía que NO, él preguntaba: “¿qué tal un quizás?”.

Si mamá corregía un dibujo porque el sol debía pintarse de amarillo, el tío Hugo salía con que “los colores no se enseñan, se experimentan”, entonces le daba témperas a Anita para que se embadurnara hasta los pies y explorara sensaciones, formas y texturas con las cuales “gozar” lo amarillo. En esas ocasiones, Esther lo mandaba al reverendísimo carajo y él refutaba con justificaciones teóricas que adoptó de una artista plástica amiga suya y ex-compañera de ruta mochilera; entonces Esther se callaba porque no quería que en su casa se hablara sobre sus amoríos ni de su anterior vida de vagabundo.

Cuando las discusiones llegaban al punto en que mamá Esther lo mandaba a la mierda, Ana aparecía recordándole que era pecado decir malas palabras y Esther callaba bajo sospecha de que “eso”, también se lo enseñaba el tío.

Ana hablaba horas y horas con él a escondidas, eran compinches en todo. Tal vez por eso había llegado a suponer que su niña quería más al tío Hugo que a ella, que era su propia madre.

Hugo y Esther discutían por todo, pero en especial por Ana. Ante cualquier permiso: “Sí” decía el uno. “No” refutaba la otra.

Para elegir ropa, el tío Hugo sugería “¿qué tal si se lo preguntamos a ella?”. En cambio, la madre argumentaba que “Anita no sabe aún lo que le conviene”. Que “ese muchacho es poca cosa para ella”; que “vos qué sabés vieja metida”, y “ah, míralo... ¡qué sabés vos solterón empedernido que no te aguanta nadie!”.

El tío refunfuñaba entre dientes que “sin sueños la vida no se repara, porque la realidad es una costra de infamias y solo las utopías desinfectan su herida”, pero Esther no estaba lista para entender y le gritaba que la tenía podrida con su filosofía de “mucho pelo y poco seso”:

- ¡Viejo ridículo, venir a hacerte el hippie a estas alturas!

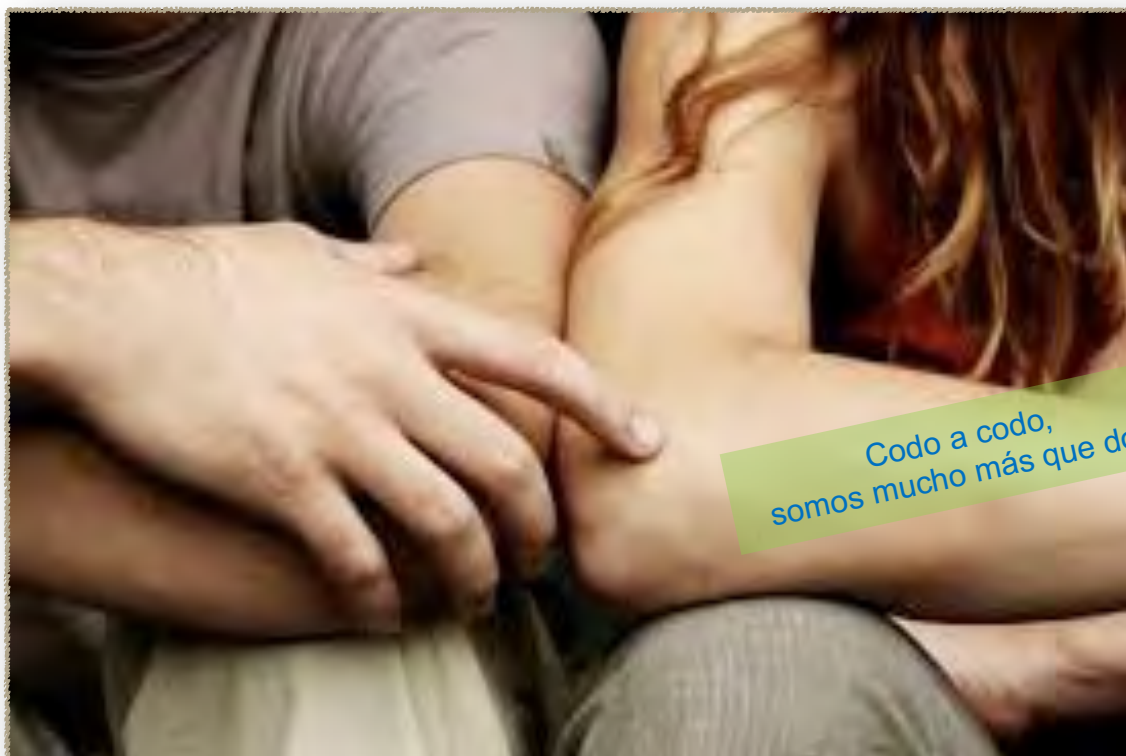
Por supuesto, él tenía la culpa de que la hija no respondiera a las expectativas de su madre, pero ¡justo era reconocerlo!, un poco de responsabilidad también fue suya.

Había exagerado tanto con eso de ir a misa y ser una buena católica, con aquello de la caridad apostólica y la Santa Iglesia Romana, con los ejemplos de Cristo y con poner la otra mejilla, que la pobrecita se había dejado seducir por esas ideas buenudas y socialistas de moda.

¡Ja!, pero el novio, ése no era un niño de pecho, ese Jorge sabía bien que era una estupidez peligrosa confabular contra el sistema.

Su Ana no había sido nunca una rebelde declarada; y si alguna vez trajo ideas locas bajo el brazo, fueron pavadas que, por supuesto, había alentado el hermano solterón, pero que Esther tenía bajo control.

Lo que no pudo evitar fue que se enamorara. Y ese novio, se sumó a las estupideces del tío, confirmándole a Ana que el amor es más fuerte que una yunta de toros.



Al final el tío Hugo se dio el gusto y llevó a Ana al altar, a pesar de que el cura al principio se enojó con ese padrino que se resistía a confesarse antes de entregar a la novia para el sacramento del matrimonio. Él se hubiera confesado con los dedos cruzados si Anita se lo pedía, pero el cura dejó de insistir y el tío intuyó que un tanto tuvo que ver el hecho de que Jorge había contratado la ceremonia más cara.

Esther lloró más de bronca que por cumplido en la boda de su única hija, pues no podía renunciar a tantas noches sin dormir imaginando en Ana una película que no protagonizó, ni perdonarle la elección del marido. Mucho menos, su irreverente modo de plantarse frente a ella y gritarle que no iba a vivir en su casa, ni bajo sus principios, ni permitirle que le siguiera diciendo lo que debía y no debía hacer.



Fue un latigazo oírle decir esas barbaridades, pero lo que le tironeó el cordón umbilical hasta hacerle sangrar la maternidad sobreprotectora, fue ver volar a Ana a su nuevo nido con plumas propias, sobre otras alas y por distintos cielos.

A la larga, no tuvo otro remedio que aceptarlo. ¡No le quedaba otra! Se habían casado.

Jorge amaba a su hija, Ana seguía embobada con él, y como *Dios aprieta, pero no ahorca*, le enviaba maná del cielo: un nieto.

En el momento en que Esther empezó a decir para adentro “voy a ser abuela, ¡voy a ser abuela!”, comenzaron a sobrarle razones para perdonar a su hija y la familia fue otra vez una familia. Una familia completa de sonrisas y *ajoes*.

A partir del nacimiento de Camilo, Esther y Ana se reencontraron. Después de todo, una madre es una madre y su hija más que nunca iba a necesitar consejos y muchas dosis de cordura para criar a ese bebé, porque con “el loco del marido que se fue a elegir, ¡mirá que querer cambiar el mundo! ¡Por qué no dedicarse a su profesión y dejarse de pavadas!”.

Esther los visitaba periódicamente, y a fuerza de querer entender con qué azules y con qué blancos empapelaban su cielo, aprendió a atar el chiripá de los pañales con el nudito que Ana dibujaba, a tomar los mates amargos de Jorge, a leer sus planos de sueños y hasta comenzó a comprender sus razones de pájaro. Pero no podía con el genio y lo aconsejaba con dejarse de macanas con la

política y el sindicato, si Ana o el tío Hugo no andaban cerca para contradecirla.

Camilo crecía y ellos aprendían a no perder las esperanzas de un mundo mejor.

Hasta que un día, cuando Camilo tenía dos navidades cumplidas y una por encender, Jorge fue detenido a golpes y empujones por las Fuerzas de Seguridad del Ejército. Días atrás había firmado, junto a muchos otros trabajadores, un petitorio en contra de la dictadura militar recién impuesta, promoviendo un documento sindical ante organismos internacionales.

Se lo llevaron sin dar razones, sin permiso, sin nada.

Esther quedó paralizada de espanto. El rompecabezas de su familia volvía a desarmarse.



No le alcanzaban los rosarios para conjurar tanta injusticia.

Ana, sin embargo, pareció robustecerse en su pena y como una leona salió a cazar a las bestias del terrorismo de estado, encarando sin noche sus gemidos. Demandó justicia para su marido por todas las cortes, por todos los obispados, por todos los organismos de defensa de derechos humanos.

Ayudada siempre por su tío Hugo y por gente solidaria que se sumaba a los reclamos, obligó al dictador militar de turno a blanquear la irregular situación de detención de Jorge, y logró saber que lo tenían enjaulado en una cárcel del sur por pretender *“subvertir el orden establecido”*. Y de tanto aullar buscando razones, hasta consiguió oler su letra y una caricia en un gastado papel de etiqueta de cigarrillos que alguien le hizo llegar.

Esther, intentó acunar su pena y lloró abrazada a la desolación de su hija.

En la iglesia confesó sus pecados una y otra vez para expiar culpas, hasta que su confesor le susurró que no valía la pena seguir insistiendo, ya todo estaba perdido.

Como si no fuera mucho para ella la brutal detención de su yerno, un año después, las bestias del terror volvieron e invadieron la casa de Ana.

Unos hombres (de verde algunos; con imprecisos disfraces otros; abotinados casi todos), derribaron la puerta de calle y desenrollaron su alfombra de golpes e insultos, con su seco espíritu, con ojos vacíos, como una manada de dinosaurios arrasando todo con sus enormes patas.

Buscaban a Ana.

Allanaron su alegría y la despojaron de su nido, de sus plumas, de su cielo.



La secuestraron.

Se la llevaron sin decir adónde ni por qué.

Todo lo rompieron, todo lo violaron, todo lo escupieron, todo lo mancharon con su ciego fuego. Todo, menos lo que no pudieron ver porque no tenían alma en los ojos.



Únicamente, dejaron en pie aquel canasto de ropa sucia con la Navidad oculta en su mimbre.

Solo quedó Camilo para demostrar que, a pesar de todo, como decía el tío Hugo, el amor es más fuerte.



*La historia corre atropellando al tiempo,
a veces las cosas pasan fuera de su
tiempo por culpa de la historia...*

Camilo José Cela



IX

La siesta más calva del mundo

¡Al fin llegó el día!

Diego, ¡se suponía!, me iba a acompañar al teatro a ver al mentalista, aunque al igual que la abuela creía que perdería mi tiempo y mis ahorros.

Es mi amigo del alma, pero desde que se puso de novio con la flaca, su vida es una gelatina amorfa y edulcorada, ¿y la mía? ¡ni qué hablar! que lo banco cada vez que miente para volver más tarde de lo acordado con los viejos. Pero ahora, me dejaba plantado por acompañar a la novia a medirse vaqueros y remeras. Si no fuera porque es como un hermano, lo tendría que ahorcar.

Lo conocí el mismo día que llegué, o mejor dicho el día que me dejaron en la puerta de la casa de mi abuela Esther. Fue la siesta más caliente del mundo. Yo habré tenido como tres años y mucho, muchísimo miedo.

Unas personas que no había visto en mi vida me sacaron del canasto de la ropa sucia donde mamá me había metido para ocultarme de esos tipos, disfrazados con trajes extraños, que entraron a mi casa rompiendo todo.

Casi como un sueño -¿tal vez será una ilusión de caramelo?- recuerdo a mamá acariciándome y poniéndome un papel en la mano. Apurada me besó, me dijo algo -no me acuerdo qué, pero entendí que debía quedarme ahí- y me tapó con un montón de ropa sucia. Desde mi escondite de mimbre oía órdenes, golpes y ruido de cosas que rodaban por el piso. Luego un silencio hueco. Ya no escuchaba la voz de mamá, así que me quedé quieto en aquel canasto, el más desolado y sucio del mundo.

Al rato, me encontraron esos extraños. Yo lloraba como ahogado en una nube, aferrado al papelito que mi mamá había puesto en mis manos.

Esas personas que no había visto en mi vida me trajeron a lo de mi abuela y me dejaron en la vereda. El auto arrancó y yo seguía parado, sostenido por el papel, solo en mi pánico de cuna, sin saber cómo golpear una puerta que sí reconocía, la de la casa de mi abuela.

La siesta estaba calva. Hacía un calor insoportable. El aire quemaba toda sospecha de un poco de agua donde ahogar mis ganas de llorar.

Por suerte por allí jugaba Diego, a arrastrar un camioncito amarillo por el cordón del pavimento. Corrió hacia mí y me salpicó su mirada de juguete.

Lo miré sin saber por qué reír.

Diego insistió con su mueca de calesita y al verme tan asustado, agarró mi mano sin papel y me arrastró a la cochera de la abuela, se trepó a un macetón y tocó el timbre que sobresalía al lado de la puerta de la cocina.

Es mi mejor amigo. A partir de aquella siesta, hemos sido inseparables.

Nos complementamos en todo. Él me enseñó a jugar al básquet y yo al truco. Él hacía pis bien lejos, y yo le di el primer beso a una chica. Él me pasaba los apuntes para copiar en los exámenes de Literatura y yo le resolvía los problemas de Matemáticas. Diego me ayudó a romperle la nariz a cualquiera que se burlaba de mi nombre y yo me convertía en guardaespaldas cada vez que se hacía el bravucón con alguien que miraba a su chica.

Siempre fuimos compinches, pero la verdad es la verdad: este último noviazgo no le ha sentado bien, ¡está hecho un baboso infernal con la flaca, y a veces me dan ganas de zamarrearlo de los pelos para ver si reacciona! Pero se salva porque tiene el cabello más largo y lacio del mundo, ¡y porque es familia!

Para zafar, ante la Bucha -así le decimos a mi abuela si necesitamos enternecerla- ese día Diego improvisó una falsa invitación para ir al centro a comprar ropa, junto con su novia. La flaca casi se descompone del susto, porque sabe que odio mirar vidrieras, pero le volvió el alma al cuerpo apenas le guiñé un ojo.

Aunque en casa saben que hago lo que se me canta, por suerte en esa ocasión me cubrieron la salida, porque no quería que la Bucha siguiera con la cantinela de que eso del mentalista es mentira, que no sirve, o cualquiera de sus infinitos consejos. Así que, por las dudas terminase muy tarde mi experiencia de hipnosis, le dije a la abuela que si no volvía no se preocupara, me iría a dormir a lo de Rogelio.

Como era de esperar, ella me sugirió que llevara abrigo. Ya se sabe que uno puede estar muriéndose y una abuela, ante cualquier circunstancia, te mandará a lavar las manos o a ponerte una campera. Diego dice que las madres son iguales, pero con menos años de entrenamiento.

No me hacía falta preguntarle a Rogelio si podía ir a dormir a su casa; a él le gustaba cubrirme las salidas y tapar mis jugarretas.

Creo que él quería aparentar algo así como un reemplazo de mi viejo; ellos habían sido muy amigos en la cárcel. Todo lo que sabía de Joje se lo debía a él, porque la abuela o no conocía bien a mi viejo, o no le gustaba recordar el asunto.

De lo que no me hablaba Rogelio, era de mamá. Sabía que no había llegado a conocerla, pero mi papá le habría contado cosas, ¿no? Si yo insistía en tratar de sacarle datos, me repetía:

- Para saber sobre tu madre tendrías que preguntar a tu abuela, ¿quién mejor que Esther para eso? - Y ahí acababa el tema. Era como si tuvieran un pacto sobre qué decir cada uno... ¡Y a la historia que contaba la abuela Esther, ya me la sabía de memoria!



Como Joje no tenía familia, para mí Rogelio era como un pariente. De chico lo llamaba "tío", y aunque al aparecer en nuestras vidas mi abuela se resistió a que yo pasara mucho tiempo con él, después de varias horas de charlas, donde siempre mediaba tío Hugo, le ganamos la partida. Una vez fuimos a pasar unos días todos juntos al campo, otra, me dejó ir en carpa con Rogelio a las montañas y de ahí en más, hemos repetido esas excursiones como una docena de veces, sobre todo desde que yo decido por mí y la Bucha tiene que aceptarlo.



Mi abuela nunca supo que, por ir a ver un nido de águilas en las Sierras Grandes, una vez rodamos por una cañada como quince metros. ¡Si se hubiese enterado estábamos fritos, no nos dejaba salir más en la perra vida!

Por las noches, en aquellas expediciones, Rogelio me enseñaba a hacer fogatas y, al lado del fuego embravecido de brisa, me contaba cuentos que él mismo inventaba con monstruos asquerosos y héroes enanos (mi favorito era Súper Tira-pedos). Historias de aparecidos, de chicos que veían imágenes en las nubes, de duendes traidores, fábulas con truculentos finales. Nada que ver con los cuentitos bobos e insípidos de la escuela que a mí me aburrían porque jamás de los jamases nadie se moría (ni desaparecía, claro). Sus personajes vivían buenudamente felices comiendo perdices, ¡bondadosos y saludables como la leche!... ¡Zzzzzzzzz!...

Aún me quedo horas escuchando sus relatos. Tal vez, por esa capacidad inmensa que tiene Rogelio de inventar historias donde pasa de todo y cualquier aventura es posible. Con frecuencia, (sobre todo si lo dejo sin escapatorias preguntándole secretos sobre la vida de él y Joje en la cana) tengo la impresión de que fabula de más.

Lo cierto es que yo confío en él, aunque a veces ¡se cuelga mucho haciéndose el pendejo! Tío Hugo dice que le es difícil cargar con su historia de represiones. Lo que no entiendo de Rogelio es su desesperación por sumar números en su cuenta del banco y cómo cambia de novias a cada rato, sin encarar definitivamente una vida más normal, con familia, chicos y esas cuestiones.

Un día, le confesé que cuando yo tenga como veinticinco años, quisiera tener una familia grande, normal, con una madre, un padre y por lo menos tres hijos. Un nido donde planear futuros. Pero me cortó en seco: "sos carne de cañón, pibe, ¿o qué te pasa? Lo mejor es estar solterito y sin apuros".

Creo que tiene que ver con que él estuvo de novio en la facultad con una chica que lo dejó plantado no sé por qué. Alguna vez la nombró al pasar. La llamó Marina y habló de ella con un brillo en los ojos que yo no le reconocía. Ante mis posteriores preguntas sobre Marina, prefirió darme clases machistas, relatándome una y otra experiencia suya sobre cómo llevar mujeres a la cama y una amplia gama de estrategias al respecto. Me parece que el sexo no lo deja pensar en otra cosa. Además, él no se da cuenta, pero sus consejos son tan prehistóricos como las amebas.

La verdad es que me enferma cada vez que quiere hacerme su pupilo en aprender sobre mujeres, ¡que son bastante difíciles de entender, por cierto!, pero que pretendo desentrañar por mí mismo, y, no es por mandarme la parte, pero no me va nada mal en el intento.

Con Diego inventamos un código secreto al que denominamos el *RICO SESA* (o sea, el **ritual común de seducción** para el **sábado**), que es algo así como un diccionario de frases y gestos oportunos que nos permite improvisar, en cualquier ocasión, un buen filo para levantar a una chica y salir de fiesta esa noche.

Uno tiene que recurrir a todo, porque a las chicas les gusta que les pintes un romance que ni ellas se creen. Las derriten las palabras seductoras, y yo, a veces, no tengo paciencia y me pongo medio bestia. Por eso aplico el procedimiento del *RICO SESA*; y últimamente no me puedo quejar, con la receta que armamos, el ritual del levante nos sale cada vez mejor. ¡Bué!, a Diego parece que lo enganchó en serio la flaca, pero yo sigo siempre listo para salir el fin de semana con alguna linda piba.

Además, no sé... Tal vez por el apañador carácter de mi abuela, o por la fuerte imagen que, para bien o para mal inventé de mi madre, tengo el constante presentimiento de que una mujer, tarde o temprano, va a rescatarme de tantas causas inconclusas en mi vida.





*Cuando no recordamos lo que nos pasa
nos puede suceder la misma cosa.*

*Son esas mismas cosas
que nos marginan
nos matan la memoria
nos queman las ideas
nos quitan las palabras.*

*Si la historia la escriben los que ganan
eso quiere decir que hay otra historia,
la verdadera historia,
quien quiera oír que oiga.*

Litto Nebbia



X

Apunten... ¡fuego!

La primavera había pincelado sus veintiún campanadas. A las bestias ni les importaba, sus noches no habían sido hechas para contar estrellas, sino para sumar muertes.

Aquel día sacaron a la fuerza a Ana de su casa y la arrojaron boca abajo en el piso del asiento posterior de un vampiresco Falcon verde.

La maniataron a la espalda y un milico la pisaba como si fuese un bulto sobre la alfombra.

Anduvieron así un tiempo sin minuterio.

Ana olía a margaritas recién cortadas, su mente rebobinaba una y otra vez un pensamiento agradecido porque no descubrieron a Camilo en el canasto de ropa sucia donde logró ocultarlo. ¿O lo habrían hallado después de subirla al auto? No recordaba haber visto otros vehículos en el operativo.

La garganta latía como si fuese el corazón.

Los pensamientos se le apelmazaban en un enmarañado tejido de imágenes y temores, deshilvanando el presente a borbotones.

El auto frenó.

- ¡Ya estamos en la esquina con Q-P-RR! Esperamos señal -el tipo que manejaba le hablaba a otro por radio.

- Vos no le des bola -murmuró autoritario el de atrás-. Esperá que llegue el jefe y entremos juntos, así no nos tiran la bronca a la hora del reparto.

- Positivo, esperen Q-K-T -respondía la radio en su carraspeo de ondas metálicas.

Ana escuchaba el chasquido de las ametralladoras remontándose sobre su cabeza.

- ¡Mirá! ¡Ahí viene! Creo que es ése, ¡ése que acaba de cruzar la calle! Ése es el dientudo que buscamos, el que nos marcó el Buchón en la puerta de la Universidad -dijo el de adelante.

“Estos tipos están siguiendo a alguien”, pensaba Ana pretendiendo entender lo que pasaba. “¿Y ahora qué hago?”.

- ¡Zurdos de mierda! -un botinazo le desacomodó el hombro. Ana trató de proteger su cabeza hundiéndola aún más en la alfombra del piso. Alguien la agarró por los pelos y le vendó los ojos.

Sintió que sus verdugos se bajaban del auto apurados. El agazapado silencio de hacía un rato, explotó en furia.

Comenzaron a oírse estallidos, puertas golpeadas a culatazos y patadas.

Insultos. Corridas ansiosas. Pasos agitados. Respiraciones obesas.

Ana pensó en incorporarse y huir, pero ningún miembro de su cuerpo acusó recibo a la orden.

Volvió a oír insultos, cosas que caían, gritos de auxilio, maderas que se quebraban, ¿postigones tal vez? La frenada de un coche grande, parecía un camión. Silencio. Suelas de goma que saltaban sobre el asfalto. Movimientos caóticos y distantes que de a poco se acercaban.

Arrastraban algo.

Ese algo fue arrojado intempestivamente arriba suyo.

Era una persona, podía sentir sus huesos y la hebilla de un cinto sobre su espalda. Olía a sangre recién partida.

Ana casi no podía respirar, tampoco quería. Intuía que, si lo hacía, podría recibir peores novedades. Sospechaba aterrada que acababan de tirar un muerto sobre ella.

A lo lejos se oía el chillar de objetos arrastrados y voces que daban órdenes de dónde poner este sofá y aquella cama de bronce. Tenía el presentimiento de estar en medio de una mudanza.

De pronto el bulto sobre su cuerpo comenzó a agitarse, a quejarse, a balbucear sonidos. Con una leve mueca de movimiento de piernas, Ana intentó hacerle saber de su existencia.

El bulto buscó incorporarse. Un golpe seco lo sorprendió y lo desplomó, de nuevo, encima de ella.

Ana comenzó a tiritar. No sentía frío ni miedo, solo asfixia.

Sabía que esos operativos tenían la doble función de “chupar” gente y robar todo lo que se pudiera, como botín de guerra. ¿Qué se habrían llevado de su casa? Pensó en el juego de té de plata que había sido de su abuela y que mamá Esther le había regalado como prenda de paz al mes de nacido Camilo. ¿Y el canasto?...

Rescatándola de la patética realidad del momento, se instaló en su mente la carita de Camilo, con su sonrisa de antes de dormir la siesta abrazado a ella. Se acordó del día en que lo vio por primera vez en la sala de parto, el instante en que Jorge lo depositó en el remanso de su pecho, todo hinchado, untado aún de calostro y grasa. Aquel bebé que acababa de ser desprendido de su placenta la miró profundamente y le dio una bienvenida de gestos y llantos, anunciándole que venía a cambiarle la rutina.

Como en una película, pasaban en cámara rápida el primer diente, la primera sonrisa, el primer pasito, la primera palabra: “mamá” y cuando la llamaba: *Mamana... Mamanita.*

Una lágrima le ardió en el alma.
¿Habrían visto las bestias el
canasto de mimbre donde había
ocultado a su hijo?

Otra vez sonó la radio.

- Q-Z-X... Q-Z-X -el sonido a
tapizado plástico hundiéndose
delató a alguien que se echó
sobre el asiento.

- Aquí 14 PT, ¿qué pasa?

- Otro Q-P-RR en Pueyrredón y
Corro. Estén atentos.

- Congelamos a dos. Ya no
tenemos capacidad operativa -le
contestaban desde el Falcon.

- ¡Tírenlos!

- Ok, en treinta minutos
llegamos -a Ana se le coaguló un
bolo de saliva en la garganta.

El bulto encima suyo comenzó a
moverse y ella se dio cuenta de
que era un hombre.

Quien acababa de hablar por
radio, ahora salía del coche a
retransmitir órdenes.

- Nos van a liquidar acá nomás -
le dijo el tipo que iba arriba-
Estos hijos de puta nos van a
matar, ¿quién sos? -le preguntó
entre gemidos y huesos rotos.

- Me llamo Ana... Ana
Calónico, trabajo para una
organización de Derechos
Humanos, ¿y vos quién sos?

- Soy un boludo, me dijeron que
no volviera por mi casa, ¡que
imbécil! -enmudeció de golpe al
oír pasos de regreso al auto.
Recargó con suavidad su cuerpo

sobre un costado
para aliviar el
peso sobre Ana.



Ella lo agradeció con las borras de un suspiro.

- Hugo, Hugo Kogan -le confesó en un susurró casi inexistente. “Hugo... igual que mi tío”, pensó ridículamente Ana aferrándose a la vida.

Otra vez los botines presionaban su furia contra los cuerpos echados en el suelo. Portazos cerrándose. Olor a miedo y transpiraciones tramposas. El auto arrancó haciendo sangrar el asfalto.

Un giro violento empujó a Hugo de nuevo encima de Ana. Enseguida, otra curva lo volteó sobre un costado, liberándole el aliento.

El reloj volvió a mentir sus agujas y sus cronómetros cancelaron las distancias. Ana sintió que su compañero de infortunio también temblaba y le reconfortó comprobar que todavía seguían vivos.

El Falcon disminuyó su marcha. Entró a un lugar con tranquera. Traspusieron unos metros y pararon el vehículo. Todo olía a tierra y chapas humedecidas.

Los sacaron a los tirones del auto. Los pararon uno al lado del otro. Ambos vendados, no podían mirarse ni ver a sus verdugos.

Ana escuchaba cómo Hugo se resistía. Lo golpearon como salvajes.

Ella quedó sin tiempo, sin frío, sin aire. Muda. Tiesa. Inmóvil. Espantada.

Los apoyaron contra una pared. Los dos juntos. Ana se sintió acompañada. Trató de sostenerlo y le chistaba silencio, para que no los siguieran pateando.

Las armas cantaron su marcha fúnebre de cerrojos.

- ¿Dónde estamos? ¿Qué quieren? -empezó a gritar Ana- ¡No van a poder matarnos así nomás! ¡Existen tratados internacionales que protegen nuestros derechos, desátennos ya y díganos qué quieren! -exigió Ana mientras procuraba recobrar la compostura.

Pasaron algunos minutos interminables y oyó que por lo menos tres armas recargaban sus municiones a la voz de “preparen”. Al instante rugieron:

- Apunten... ¡FUEGO!

- ¡Hijos de puta! -gritó Hugo con los restos de voz que le quedaban. Ana solo atinó a pensar en Camilo y en Jorge.

Los disparos sonaron estruendosos.

La respiración se desgajó en racimos.

A Ana le sorprendió seguir pensando y oliendo humedad, hasta le pareció escuchar risas a lo lejos. “¿Ya estoy muerta?”, se preguntaba.

El sopor se distendía y las risas se oían contundentes y atrevidas. Oyó a Hugo que seguía repitiendo como un zombie “hijos de puta... hijos...”.

Ana se dio cuenta que eso no podía ser el cielo porque estaba demasiado oscuro. Por un segundo pensó que Dios la había castigado con el infierno. Luego comprendió que había ingresado en el purgatorio de los represores que se divertían con padecimiento ajeno.

Cinco veces repitieron la parodia del fusilamiento. Cinco veces recargaron sus armas y

“apunten... ¡fuego!”. Cinco mil veces se le quebró el aliento y rogó que no hubiesen revuelto el canasto de mimbre.

Entre parodia y parodia, Ana consolaba a Hugo contándole en murmullos que ella tenía un tío que también se llamaba Hugo, y que protagonizaba historias de redención de gorrones.

- ¡Apunten... fuego!

Hugo creía que la mujer vivía un trance histérico y solidariamente, trataba de seguirle la corriente.

- ¡Apunten... fuego!

Ana comenzó a tararear una canción de Nebbia que se acopló a la de los cargadores de las ametralladoras, “¡Apunten... fuego!”, y Hugo supo que lo de Ana no era histeria sino una profunda creencia en sus convicciones.

*Nos queman las palabras
nos silencian
y la voz de la gente
se oirá siempre.
Inútil es matar,
la muerte prueba
que la vida existe.*

Por fin, el show de insultos, “apunten... ¡fuego!” y las risotadas terminaron.

Los mercenarios ya se habrían aburrido y decidieron tironearlos unos cuantos metros, hasta depositarlos en un sitio que sonaba a galpón atestado de gemidos y lágrimas.

Los sentaron en el piso, espalda contra espalda, con manos y pies atados. Les dedicaron la última patada y se fueron.

Ana no paraba de canturrear aquella melodía:

*Cuando no recordamos
Lo que nos pasa
Nos puede suceder
La misma cosa
Son esas mismas cosas
Que nos marginan
Nos matan la memoria
Nos quitan las ideas
Ah... ah...*

Hugo le devolvió, con una mueca encapuchada -que en otro tiempo y espacio hubiese sido una estruendosa carcajada-, un... “¿Será posible que, a míí... se me peguen todas las locas?!”. Ana recibió aquella expresión casi como un cumplido, porque intuyó que era su particular manera de incorporarla a su historia.





*Esa mirada desde adentro,
buscando salir,
algo que seguía y seguía,
un mensaje de prisionero
a través de paredes de piel...*

Julio Cortázar



XI

Ella llegó volando

Llegué temprano para ver el espectáculo del mentalista. Primero acerqué a Diego y a su novia hasta la galería comercial donde iban a medirse ropas, y en el mismo taxi me fui al centro.

No había comprado mi entrada para el show con anticipación y tenía miedo de quedarme fuera. La cola para entrar al teatro abrazaba la manzana completa. Odio hacer filas, pero el famoso mentalista era un húngaro que no vendría vaya uno a saber hasta cuándo, así que enrollé mi fobia a las esperas y como un cordero me dejé conducir al matadero de la boletería. Si hubiera sabido que el boleterero era el gordo de la vuelta con el cual seguíamos compartiendo las mismas desgracias -él obeso y yo Camilo- me hubiese ido de allí. ¿Y si le daba por vengarse en público y decirme de nuevo Cam... Cam...? ¡Me iba a obligar a matarlo!

Pero cuál fue mi sorpresa al comprobar que el gordo no tan solo no me martirizó, sino que luego de un amigable saludo, me vendió la butaca 52 de la quinta fila ¡y a precio de gallinero!, aunque por mi lugar en la hilera del teatro tendría que haberme tocado en la 200, y eso, poniéndole un billete en el bolsillo al acomodador.

No sé qué le pasó al gordo. O bien, tuvo miedo de que le volviera a poner la cara morada, o ya se había dado cuenta que cada cual porta su historia como una costra que ante el mínimo rasguño sangra, haciéndonos padecer el dolor y la certeza de estar vivos.

Yo, agradecido y sin resentimientos pendientes, le guiñé un ojo, le dije: "¡Gordo, te debo una!", y corrí a ocupar mi sitio rápidamente, no fuera a ser que se arrepintiera.

Me ubiqué en la butaca 52 de la quinta fila y me alegró comprobar que ningún gigantón se había sentado adelante y así podría ver bien todo el espectáculo. Varias personas amagaron a preguntarme si al asiento vacío a mi derecha lo estaba reservando, con intenciones de ocuparlo aunque no les correspondiera.

Al fin, cuando las luces comenzaron a apagarse, una pelirroja con bucles hasta la cintura me pisó las botinetas y se sentó en el codiciado lugar, a mi derecha, haciéndome comer el rojo de su presencia. Yo, que no sé por qué me había erigido en guardián y custodio de la bendita butaca, le pregunté si era su sitio. Ella me miró con cara de *¿y avosqué?*, entonces le comenté que muchos la habían reclamado. Comenzó la música y la pelirroja me sonrió mientras giraba su vista hacia el escenario.



Yo pensé “qué pelotudo soy” y más colorado que su pelo me concentré en la entrada del mentalista.

El tipo, empingüinado en su smoking, comenzó a hablar sobre los poderes ocultos de la mente con voz de ráfaga que apenas sobrepasaba los acordes de la música de fondo. Primero hipnotizó a uno, al ratito a una pareja, a continuación, a un grupo de seis estudiantes, y a cada cual le hacía cantar o bailar o comer cebollas y ajos como caramelos. ¡Pobres tipos, yo ni muerto me dejaba hacer eso!

“Voy a esperar que avance un poco más el espectáculo, no vaya a ser que me haga tragar un sapo, el coso éste”, pensé rebobinando mi pretensión de pedir ser hipnotizado.

Terminado el acto de las cebollas y los ajos, el húngaro hizo bajar, ya despiertos, a los voluntarios de la prueba. Comenzó a hablar de las bondades de la hipnosis para dejar de fumar y para adelgazar. Al oírlo, yo empezaba a creer que Diego y la abuela tenían razón: ¡el tipo era un chanta!

Para demostrar lo que aseguraba, hizo pasar a una gorda al escenario. La pobre casi necesitó una grúa para subir. Él la hipnotizó “1, 2, 3... ahora sientes los párpados pesados, te relajas y solo escuchas mi voz”. Ya seguro de tenerla bajo su poder hipnótico, le dijo que todo lo que se llevara a la boca, a partir del cuarto bocado, tendría el peor sabor que jamás haya probado. Luego la despertó con un chasquido de dedos y le convidó un gran trozo de torta de chocolate cubierta de crema y cerezas. La enorme mujer se relamió, comió un bocado y dijo que estaba exquisita. Él le sugirió que la comiera toda. La gorda obedeció gustosa: un mordisco, dos, tres y cuatro, pero al quinto bocado, la mujer pegó un alarido espantoso, pidió disculpas y lo escupió diciendo que tenía sabor a podrido. El mentalista le pidió que probara una nueva tajada pero de otra parte de la torta, y otra vez, casi se muere de asco.

La gente aplaudía a rabiar y la pobre mujer hacía arcadas mientras era asistida para poder bajar con cuidado hasta su butaca.

No creía nada de lo que acababa de ver, así que perseguí con la mirada a la gorda para ver adónde iba. Intuía que todo era un montaje para el show, pero perdí mi recorrido y mis sospechas de Sherlock Holmes en el verde semáforo de los ojos de mi pelirroja vecina, que giró su cara justo en ese instante hacia mí y dijo:

- Voy a ofrecerte para ser hipnotizada, si me pasa algo ¿podrías llevarme acá? - Segura de lo que hacía, depositó un pedazo papel entre mis manos.

Me corrió un escalofrío en los recuerdos y se me puso la piel de mimbres.

- Por favor -susurró ella acariciándome con el último bucle que se estiraba y encogía como un resorte.

Se paró y agitó sus brazos rogándole al mentalista que la hiciera pasar al escenario, como una niñita aplicada pidiéndole a su maestra dejarla escribir en la pizarra.

Al volver en mí, la pelirroja ya había subido y el empujón la seducía con halagos de showman de cuarta.

Abrí el papelito que había sembrado en mi mano y alcancé a leer "Juana" y no pude seguir viendo porque volvieron a bajar las luces. "Otra con nombre de mierda", pensé, y me impactó descubrir eso en común con esta bella colorada que no había visto en mi vida.

En el escenario habían colocado dos sillas, a un metro de distancia entre sí, y el tipo del pingüino comenzó a dormir a mi pelirroja.

- 1, 2, 3... Sientes que tus pies pesan, tu cuerpo pesa, tu cabeza pesa. Tus párpados están cerrados, solo escuchas mi voz y ¡te duermes!

Me incorporé de mi butaca al ver que la pelirroja caía hacia atrás con el balanceo de una pluma, dormidísima, como si fuese una gaviota hechizada de mar. Dos ayudantes del hipnotizador, disfrazados de esclavos orientales con turbantes de seda dorada, la sostenían en la caída.

Los espectadores, detrás mío, me obligaron a sentarme.

La pelirroja ya estaba en el piso, sobre una alfombra. Uno de los brillosos asistentes la levantó por los pies y el otro, por los hombros. Ella parecía una rígida bandeja. El hipnotizador la colocó, como si fuera la tabla de una mesa, entre los respaldos de las sillas que ubicaron en el centro del escenario. El torso de la bella durmiente quedó en equilibrio perfecto. El húngaro, haciendo alardes de su poder, pasó gateando por debajo de ella y retiró una de las sillas. Pidió absoluto silencio y sacó la otra silla también.



¡La colorada quedó suspendida en el aire sobre la mano del mentalista, único punto de apoyo ahora! Parecía una estatua horizontal flameando como bandera y toda su cabellera encendida bajo la tenue luz del montaje, dándole al momento un encanto especial.

Yo me asusté y me paré sobresaltado, otra vez.

El mentalista me miró e hizo un gesto de silencio. La gente ni respiraba en el teatro, pero no le hice caso y me acerqué al borde del escenario como atraído por un imán.

Entonces ocurrió lo inesperado.



La pelirroja empezó a flotar desprendida de la mano del mentalista y voló hacia mí, ante la sorpresa del pingüino. Él la siguió hasta que estuvo casi sobre mi cabeza. Ella, siempre en posición horizontal, giró como si indicara el centro de algo, el vértice de algún volcán.

Ante la sorpresa y el descontrol de la escena, el mentalista la tomó de la cintura y la enderezó, parándola en mis narices. Inmediatamente contó "1, 2 y 3", hizo sonar sus manos con una palmada y ella despertó, ahí, casi encima mío.

La gente se ampolló las manos aplaudiendo y nosotros volvimos a nuestras butacas ante la sonrisa atónita y poco profesional del mentalista.





*No todos los días
el mundo se ordena en un poema.*

Alfredo Lemon



XII

Los misterios de Carola

La función terminó y la gente salía del teatro como anestesiada en suspiros. Me volví hacia mi colorada compañera de aventura telepática y la invité a tomar un café. Ella sin dudarlo dijo “bueno”.

Salimos a la calle y caminamos callados hacia el centro como si esa cita arrancada de un improvisado rescate, fuese la única y habitual resolución de la noche, como si el encuentro hubiese estado programado de antemano en algún calendario del destino, como si ningún otro comportamiento pudiera ser el esperable para ese día, en ese lugar y bajo aquellas estrellas. Era una sensación desconocida y a la vez familiar aquel hallazgo tejido con un solo “vamos” y un inevitable “bueno”.

Caminamos las pocas cuadras que nos separaban de la peatonal hablando de los cambios de temporada y mirándonos de reojo por los cristales de las vidrieras. Evitábamos cualquier comentario que nos expusiera al ridículo luego de aquella experiencia al borde del escenario. Mi cabeza procesaba datos a millones de bytes por segundo, pero ninguna de las tácticas para seducir chicas que ensayábamos con Diego, me parecían aplicables a la ocasión.

Las manos me sudaban. En el tacto seguía la sensación de su cuerpo aéreo. Al caminar a su lado, temía que saliera volando y se perdiera desvanecida en la noche. No sé porqué, pero repentinamente sentí pánico de ya no encontrarla, por eso, en el primer bar que divisé, la invité a entrar:

- ¿Te gusta acá? -le pregunté señalando el bar Gauguin.

Ella entró con su halo de nube roja y se sentó en la única mesa libre que daba sobre la fuente central.

- ¿Te asustaste mucho? -me preguntó sin discreción, prendida a mi sorpresa.

- Un poco -contesté-. En realidad, no me di cuenta que casi subí al escenario a rescatarte.

- ¿A rescatarme de qué?

- No sé. ¡Qué sé yo! -me dio vergüenza decir una estupidez, pero como se quedó sorprendida y risueña, me animé:

- Y... de que te partieras la cabeza contra el suelo. ¿Sabés lo que te pasó? -ella apenas bajó la cabeza. Deduje que su misterio era infinito.

Le describí lo sucedido y que yo había ido con el propósito de ser hipnotizado también, porque tenía recuerdos pendientes en mi memoria que no podía traer a mi presente.

- Sin embargo, no te hipnotizaron, ¿no? -me preguntó conociendo la respuesta, y yo supe que quería llegar al eje de mis motivaciones.

- Lo intenté varias veces -dije- pero el mentalista no me llamó al escenario después de lo ocurrido. Yo quería que me hipnotizara, nunca tuve miedo a nada, sin embargo... -trataba de dejar en claro que la culpa fue del mentalista y no por temor mío.

- Tal vez fue el destino, ¿no? -me interrumpió- porque si te hipnotizaba antes o a la misma vez que yo, quizás no estaríamos ahora acá, conociéndonos -dijo ella casi como un trabalenguas, avanzando en conclusiones que yo no esperaba tan pronto, sacándome ventaja con su frescura.

Me quedé callado unos minutos, mirándola y devanándome los sesos para hallar un tema que me pusiera de nuevo al frente de la situación de conquista. Pero mientras mi cabeza rebobinaba argumentos y los descartaba al instante por estúpidos, ella, con total desfachatez, apoyó ambos codos sobre la mesa y echó su cabeza sobre las manos, mirándome con sus verdes rayos y una sonrisa de sapo que tragó por completo mi desesperado amague de hallar una palabra con sentido para seguir la conversación.

Ella, ¡para variar!... tomó la delantera. Dijo que estaba convencida de que hay cuestiones que solo se explican desde el más allá de las razones, porque su tía Marilú le había enseñado cómo vuela la alegría a reparar pasiones engrilladas y que, al fin y al cabo, volar no era cosa de otro mundo. Entonces me recitó, clavándome su mirada de pradera en la frente, aquel verso de Machado:

***“Volar ¡qué fácil es! todo es cuestión de no dejar
que el/suelo, se acerque a nuestros pies”.***

- ¿De dónde sacás esas ocurrencias, Juana? -le pregunté para ver si estaba loca o simplemente era poeta.

Ella comenzó a reírse a carcajadas. "¡¿Juana?!... ¿Juana?", repetía casi ahogándose de risa. Se echó para atrás y la cascada de rulos colorados parecieron contraerse con gracia de resortes, acompañando la escena:

- ¿Y vos de dónde sacás que me llamo Juana? -se recogió la cabellera con las manos, y en unos segundos, soltó sus rulos en busca de alguna compostura. Creo que todos los demás clientes del bar se dieron vuelta a mirarnos.

Yo, como alumno descubierto con el machete copiando en un examen, alisé el papelito que ella había puesto en mi mano antes de subir al escenario. Al leerlo completo a la luz, también me reí, pero avergonzado. Me puse más colorado que su pelo.

- Me llamo Carola -dijo entre una quebrada de aliento y risa - Juana de Ibarbourou 1798, Sexto 'D', es la dirección de mi casa.

Cuando dejó de reírse y yo de hervir de vergüenza, no me quedaba otra que presentarme, así que arremetí con mi nombre para completar el papelón.

- ¿Camilo? ¡Qué lindo nombre, qué original!

En ese momento, creí que lo decía para no humillarme. ¿A quién puede gustarle un nombre así?, menos a ella. Las chicas lindas como Carola salen con grandotes que sacan músculos a fuerza de fierros, cabalgan motos imposibles y no se llaman Camilo, ¡seguro! Pero las coincidencias se resistían a abandonarnos, si bien no compartíamos la desgracia de un nombre horrible, sí sus primeras sílabas: Ca-rola... Ca-milo...

Me preguntó por qué me habían puesto ese nombre. Yo siempre mentía diciendo "por mi abuelo", pero con ella... no sé qué me pasó, no supe en qué minuto ni cómo, imantado a su misterio le terminé por contar mi huérfana historia.

Carola me escuchaba escudriñando verdades. En realidad, me oía más allá de la compasión y de las mentiras.

Acompañaba con su mirada cada expresión, cada porción de mi vida, que salía por mi boca como lava de un volcán. Por primera vez sentí que no podía controlar la situación, estaba cautivo entre su fuego.

Dialogaba sobre mis cosas con ella como si hubiese estado ahí toda la vida para entenderme, como si aquella fuera la única vez, como si no me molestara quedar como un imbécil, como si no quisiera invitarla a bailar y darle un beso, como si no me importase que jamás buscara volver a verme o a salir conmigo.



Le conté de mis padres, de su tozuda voluntad por arreglar el mundo. Le hablé de mi abuela que era un poco sobreprotectora pero que me había brindado una vida bastante aceptable.

- ¡Uy! ¿Vos también tenés tu *irish mámele*? ¡como yo! Encima mi vieja heredó la misma maña y también es así -acotó ella en un suspiro de fastidio.

Yo interpreté en el acto lo que quería decirme. Sabía lo asfixiante que resultaba, en circunstancias puntuales, la estrangulación por afecto y cómo en muchas ocasiones, el amor de nuestros queridos "y nunca bien ponderados progenitores", el de mi abuela en mi caso, se convertía casi en obsesión. Nos pusimos a conversar si aquel modo de amar no sería una manera egoísta de justificar sus existencias, creando un cerco de falsedades sobre la realidad y el mundo, que nos paraliza y nos despelleja de anticuerpos para la vida.

- Como las plantas, ¿viste? Si las regás mucho o las protegés demasiado de la intemperie, terminan secándose -comentó apoyando mis opiniones.

Y seguí con la versión del cariño de mi tío Hugo:

- No espera que yo sea su fotocopia, ni que festeje a su equipo de fútbol, ni que hiciera lo que hubiese querido hacer él con su vida. Sabe esperar que las historias maduren y saborea así mejor sus manjares. Sé que puedo contar con tío Hugo, y eso me hace sentir seguro -. Ella sonrió con la cabeza apoyada en sus manos y mirándome perdida en mis relatos.

Estuve hablando casi una hora de mi rollo. Y aunque en un momento me volví a sentir un idiota, seguí con la confesión de mi vida. Cada vez que paraba, con un gesto divertido, ella me animaba a más, como si fuese la conversación más necesaria del mundo.

Decidimos irnos del Gauguin, cuando el mozo nos vino con la excusa de cobrar la cuenta por cambio de turno en el bar. Carola me tomó la mano y me dijo que por qué no seguíamos conversando en el hall de entrada de su departamento y así, de paso, la acompañaba hasta su casa. Otra vez se me adelantaba, pero yo ya había perdido, a esas alturas de la noche, toda pose de galán al acecho de una cita tradicional, ya no me importaba el RICO SESA.

Salimos del bar y caminamos hasta la avenida. Allí tomamos el 62 y en Juana de Ibarbouro al 1800 nos bajamos. Ella señaló la placa que indicaba el nombre de la calle, muerta de risa, repitiendo "Soy Carola, encantada..." y me tendía la mano a modo de presentación formal. Me condujo al edificio de la esquina y mostrando el cartel de la numeración "1798" reiteró la broma: "Mi nombre es Carola, encantada... Acá vivo". Me encantó ser su mascota de risas y comprobar que sus dientes eran casi tan perfectos como sus ocurrencias.

Todo en ella emitía luz y sorpresa. Era graciosa y a la vez extraña en su forma de expresarse y actuar, distinta de las otras pibas con las que había salido. No se comportaba como una chica de mi edad; a veces me parecía estar ante una nena, y otras, delante de una mujer madura, pero jamás ante una chica común de diecisiete como las que conocía, con las cuales bastaba hablar poco, escuchar música fuerte y bailar como desgraciado.



Carola era tan imprevisible como confiable.

Revolviendo su mochila, Carola sacudió su sonajero de llaves hasta que por fin logró abrir la puerta. Me abalancé sobre el ascensor y apreté el botón del sexto piso para demostrarle que, por fin, había leído el papelito completo y me acordaba en detalle de la inscripción. Pero ella con una tierna sonrisa, menos jocosa pero más atrevida, me dijo que la conversación seguía allí, en el hall de ingreso.

En silencio nos sentamos, uno bien al lado del otro, en los primeros peldaños de la escalera de emergencia, mirando el piso. Carola se paró de golpe haciendo gestos e imitando al mentalista. Amenazó con hipnotizarme ella misma, ahí en su edificio, y convertirme en sapo.

Entonces yo tomé finalmente la delantera y la atraje por las manos para que volviera a sentarse a mi lado, pegada a mi aliento. Anidé entre mis dedos su rostro de misterios y le susurré que ya debería haberme hipnotizado con aquellas caídas de ojos en el bar, porque me sentía ¡muerto!, borracho de ella.

Carola se mordió los labios abandonando su anterior pose de escenario, y casi como al descuido apoyó su cabeza en mi hombro y me dijo que era la primera vez que conocía a alguien de su edad con quien podía hablar de lo que sabía ¡ya hacía tanto tiempo! Que yo le había inspirado, desde el mismo instante en que me vio como custodio de su butaca, la certeza de que no fue casualidad sentarnos juntos en la sala del teatro, sino una excusa del destino para este encuentro.

Nos tomamos las manos anudando un pacto de descubrimientos.

Yo quedé callado. Pensaba qué varita mágica, qué estrella me habría tocado para estar en ese lugar, con ella, viviendo esas emociones desconocidas. A cambio de mis dudas, Carola, sin mediar argumentos, me regaló una renovada sonrisa y aquella increíble y verde historia de un verano de sapos con su tía Marilú.





Por fin, soy libre adentro de los seres.

Pablo Neruda



XIII

Verano de sapos

***E**se verano fue el más caluroso que aún recuerdan los lugareños.*

La furia implacable del sol chamuscaba las hojas de los árboles, ante la impotencia de los frutos que se pudrían sin madurar su semen.

Se extinguió el verde, renació el sepia. La garganta de la tierra, empalagada de fuego,

eructaba burbujas de greda por sus cicatrices. Los autos, presos en el chicle alquitranado de la ruta, intentaban en vano esquivar las bocanadas del asfalto.

Apenas caía el violeta y fucsia a teñir la fiebre de la tarde, los mosquitos comenzaban a danzar su ritual vampírico en busca de un poco de humedad, atacando a quien se interpusiera en su camino.

Por eso, los sapos aquel verano no se alejaban mucho de la acequia.

A Carola le sorprendía no encontrarlos al anochecer, meta brincar en la galería colonial de la casa de la tía Marilú, donde se sentaba a ver la luna e imaginar historias de heroínas hermosas y príncipes roqueros, soñándose Cenicienta y Madonna a la vez. Tras las rejas jesuíticas del castillo encantado de la tía Marilú todo era posible.

Acostada sobre el fresco piso de la galería, gastaba sus cuentos y esperaba la llegada de los sapos para jugar. Sí, para jugar como lo hacía desde pequeña en la casa de la tía Marilú. ¿Total?, allí no la veía nadie, podía volver a su niñez, a su fantasía sin corpiño. En esa galería podía ser Carola a secas, ni señorita, ni adolescente. Carola sin rótulos. En ese lugar, no era muy grande ya para jugar, ni muy chica todavía para conocer verdades ocultas.



Al teñirse la galería de verde, según el tamaño del sapo, Carola empuñaba una ojota suya o una de la tía para hacerlos trotar. Golpeaba el plástico sobre la baldosa enloqueciendo al intruso. Se revolcaba de risa viéndolos saltar despavoridos de un lado a otro de la galería. Patinaba tras ellos en audaz persecución emitiendo las carcajadas de su mejor película de terror.

Entonces aparecía la tía Marilú y se enojaba. Esgrimía aburridos sermones diciendo que tal vez esa víctima había sido hechizada. Quizás era una bella persona que algún tirano convirtió en sapo y aguardaba ahí el rescate del amor, el milagro de un beso; o sería un alma perdida entre el tiempo y la tragedia esperando justicia.

“En la vida como en la ficción nada se pierde, todo se transforma, nada se olvida, todo se almacena en el sótano de las pasiones con la impresión de una herida que no cura sin dejar huella...”. Millas, kilómetros de discurso delirado por el estilo. Pero al ver que Carola desoía argumentos e insistía en el juego, la tía se enfurecía y a escobazos la obligaba a abandonar su batalla.

“Defensora de sapos y escuerzos”, pensaba Carola con fastidio, en un ping-pong de broncas y de culpas.



A pesar de la diferencia en el tanteador de las opiniones sobre los comunes y gomosos amigos, le gustaba ir de visita a lo de la tía Marilú, amaba a esa vieja chiflada.

La querida tía Marilú, con sus pies excedidos de peso, su rigurosa pollera lavilisto tableada, sus manos ajadas, sus ojos achinados de lamentos y su voz de flauta, pan caliente, ternura.

Cuando Carola iba a pasar la temporada veraniega, la tía Marilú se desvivía en caricias y confidencias, le preparaba fritos con ralladura de limón mientras le revelaba todos los secretos de las pasiones, y regalándole su mirada de dulce de leche, le enseñaba a tejer historias de amor, de libertad y de muertes.

La ermitaña tía Marilú, siempre sola, como un puente perdido en las serranías, tesa sobre su río de penas, uniendo las distancias entre su verdad y su misterio.

Le llamaba la atención que, teniendo tanta jalea de ternura en su despensa de afectos, se hubiera hecho vieja sin hijos.



Oyó a escondidas que una vez se casó con un campesino. Un loco que organizaba cooperativas de agricultores y andaba por todos lados diciendo que la tierra es de quien la trabaja, liberaba pájaros enjaulados y dejaba volar ideas de un mundo distinto.

Esas mismas voces aseguraban que la tía Marilú lo adoraba, que de tanto mirarlo le había florecido esa sonrisa de girasol, y secado inevitablemente la noción de la crueldad y el desengaño. Pero una noche lo arrancaron de su camión, entre palos, súplicas, fusiles, besos, insultos, adioses y amenazas.

La última vez que lo vio fue cruzando la tranquera y subiendo a empujones a un camión atigrado verde marrón, entre destellos de lentejuelas nocturnas y el croar de miles de sapos que clamaban libertad.

No se supo más de él.

Nadie se explicó entonces por qué la tía no murió de amor o de pena.

A Carola sus padres nunca le confirmaron aquella historia, porque según ellos era muy niña para conocer los vergonzosos tropiezos de la tía.

A la tía Marilú no hacía falta preguntarle, las miradas bastaban.



Era suficiente respirar la melancolía de los muros de la casona castillo, envolverse en el azul tableado de su falda protectora, saborear su mirada brillante esperándola todos los veranos en la tranquera de la entrada, oler su piel retinta hecha abanicos de sonrisas, escuchar su voz de pájaro, comulgar con su misterio.

La tía Marilú no preguntaba estupideces: que a qué curso pasaste, que cuántas te llevaste, que cómo andamos de novios, que ojo, ¡cuidado!, todos quieren lo mismo. Ella conocía lo insospechable.

Ahí no se sentía castigada por su adolescencia, no era chica para esto ni grande para aquello.

Al fin y al cabo, la única manía que tenía era esa defensa a ultranza por los derechos batracios.

Carola llegó a creer que los sapos usaban telepatía y la invitaban al juego de las ojotas. Y ella no podía

rehusarse; se atraían, no quería, no lo podían evitar.

Ese verano, para sobrevivir a los latigazos del sol, Carola mataba las siestas en los refugios oscuros y húmedos de la casa. Esperaba la llegada del atardecer con su regadera de alivio para ir a divertirse a la acequia con los sapos, que atormentados de calor ya no se acercaban a la galería.



Pero las cosas habían cambiado, el golpeteo de la ojota en tierra no producía el efecto sonoro de la baldosa. Solo levantaba una polvareda finita y pegajosa que antes de espantar a sus víctimas, le hacía estornudar sus alergias ciudadanas.

Se armó con una lata vacía y una cuchara de alpaca, metiendo bulla más que suficiente para alarmar a cualquiera.

Con su equipo de combate partió a recrear sus juegos de represora. Embarulló estrepitosamente el caer de la tarde, como si compitiera con grillos y chicharras. Así, produjo un desbande infernal de sapos que, aterrados, salpicaron de verde el atardecer.

Hasta allá la siguió la tía Marilú con la escoba.

*- ¡Basta de martirizar a los sapos!
-le dijo con los girasoles en pie de tormenta.*

- ¡Dejalos en paz!

Carola volvió a la casa con su derrota de juguete, maldiciendo el único defecto de su tía y juró que se saldría con la suya; no claudicaría a su destino.

La luna se había apoltronado sobre la cima del robusto algarrobo que custodiaba la ventana de su cuarto.

Esperó paciente que el ojo blanco de la noche le guiñara su complicidad.

Sin hacer ruido tomó sus herramientas de tortura y en puntas de pie se acercó al floreciente país de la acequia.

Caminó descalza entre las matas secas de Chinitas y No Me Olvides. Sintiendo la heroína de su mejor historia, se dejó llevar por el olor a pasto fresco que venía del raquítico hilo de agua.





El rumor nocturno de insectos refrescándose en el charco la orientó, hasta que sus pies palparon la tierra húmeda y le anunciaron la llegada al territorio prohibido.

Y ahí la halló, sentada en una piedra al borde del canal con los pies al ras del agua, irreconocible, sin escoba ni tableado azul, espléndida, con un hermoso vestido blanco desbordante de lentejuelas multicolores y una trenza de flores rojas coronando su aceitosa cabellera.

La tía Marilú apoltronada en el centro del arroyo, como una doncella cautiva a la espera de su héroe salvador... y cientos, miles de sapos a su alrededor.

Carola quedó dura, como plantada en tierra, hipnotizada ante la majestuosa visión.

En ese instante, el que basta para definir el futuro, la tía Marilú giró su bondadoso rostro y le tendió la mano suplicante entre un pliegue del abanico de su sonrisa.

Desde que la conocía, le cautivaba su mirada dulce y contagiosa, pero esa noche sus ojos carbón melancolía destellaban ráfagas de sol esmeralda, semáforo, esperanza; parecían iluminar las sorprendidas lentejuelas de la noche y el croar de miles de sapos enamorados.



Embriagada de verde Carola soltó sus armas.

Dudó en moverse.



¡Lástima, sí!... Por ella, que le amputaron el destino. Por la tía, que sufría los desgarros de la soledad hasta el límite de la locura. Por el desaparecido tío loco, quien había extraviado para siempre sus pájaros. Por todos aquellos sapos atormentados por el calor y la injusticia.

Sintió lástima, lástima y rabia, mucha rabia. Pero al ver el tierno romance de la tía Marilú y sus verdes acompañantes, desenredó el torbellino de impotencias y comprendió que había llegado el momento de compartir verdades.

Carola y la tía se miraron sin compasión.

Sintió lástima, esa rara mezcla de piedad, horror, misterio, emoción, pánico, asco, rebeldía y dolor, que emanaban de lo imperdonable y le encendían los botones de la furia.

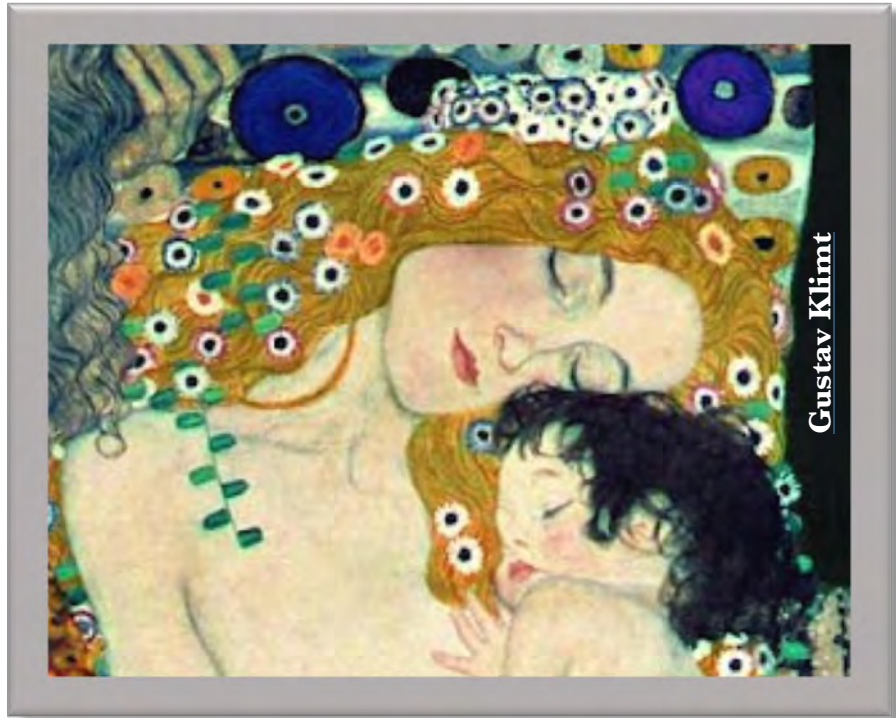


*En ese segundo, el que alcanza
para parir la eternidad, lanzaron
al aire la espuma de sus manos
hasta acariciarse.*

*Y apenas sus dedos se rozaron,
brincó... CROAC CROAC...*

*Puntual con la verde manía de la
esperanza, la tía Marilú reparó
pasiones y sonrió CROAC
CROAC... como un sapo más.*





*¿Nos bastará esgrimir
los argumentos de la inocencia?*

Oswaldo Pol



XIV

No hay tumbas para la verdad

El tío Hugo cumplió como siempre su palabra y me consiguió el libro que había elaborado la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. Yo quería revisar ese informe para ver si encontraba el nombre de mi mamá que estaba desaparecida desde la última dictadura militar. Desaparecida. Como si se hubiese desvanecido en el aire, o se la hubiera tragado la tierra, o esfumado como por arte de magia, según parecía creer mi abuela pretendiendo argumentar mi vida con ositos de peluche, aún a mis 17 años.

Aquel día a la salida de clases, le dije a la abuela Esther que me iba a estudiar a lo de un compañero que ella no conocía, pero en realidad me fui al departamento de Rogelio.

A esa hora, seguro trabajaba en su oficina. Él dejaba las llaves bajo un mosaico flojo del pasillo y yo sabía que podía usarlo para todo tipo de emergencias.

En realidad, Rogelio esperaba que fuera con chicas para después expurgar con lujo de detalles la confesión de mis amores y disfrutar mis pasiones de juguete como viviendo así una juventud distinta a la suya entre rejas. Él estuvo preso desde los dieciocho hasta los veinticinco años por repartir volantes *subversivos* en la puerta de la facultad; y en la cárcel conoció y compartió celda y golpes con mi viejo.

Creo que, por eso, a veces se la da de padre conmigo y me repudre con consejos de inconfesada procedencia machista; pero me divierte mucho cuando inventa fábulas donde mezcla mi realidad con sus ficciones, ¡unos cuentos!... que, de pequeño, me hacían sentir un pánico varonilmente apadrinado, y me desasfixiaba de ¡tanta! abuela. Pobre Rogelio, si estoy de humor, le sirvo unas cervezas y le sigo la corriente, porque sé que arma el rompecabezas de su historia con mis breves piezas de experiencia; y además porque le debo una: él fue la única y última compañía de mi papá antes de morir en cana.

Por lo que Rogelio me cuenta de aquella época, todo era *subversivo*: pensar distinto era subversivo, ser joven era un *delito subversivo*, hacer el amor antes de casarse era *promiscuidad subversiva*, cantar las canciones de John Lennon era *reproducir modelos subversivos*, usar el pelo largo y los jeans desflecados era un modo de mostrarse *subversivo*. Para mí que creer que todo era subversivo estaba de moda.

Me instalé en la cocina de Rogelio y me preparé unos mates, decidido a no moverme de allí hasta encontrar lo que buscaba, y aunque estuve tentado en llamar a Carola... ¿y aprovechar la intimidad de la ocasión?! ("Ay, Carola, cómo me gusta verte, tocarte, acariciar tu cielo, derretirme en tu verde misterio, ¡ah!"), opté por bancármelas solo con mis problemas. Tal vez su magia me susurró que hay pasiones que solo se viven con uno mismo.



Revisé el libro hoja por hoja esquivando las ganas de vomitar que me producía cada relato, en la certeza de que eso no había sido investigado y escrito bajo anestesia de ninguna cerveza, y comprobé que los cuentos de terror de Rogelio eran burdas nanas infantiles al lado de aquellas desgarradoras historias del libro: secuestros, centros clandestinos de detención, el exterminio como arma política, la impunidad con que los represores se movían, actitudes de la iglesia, de algunos funcionarios, cómo se coordinaba la represión en toda Latinoamérica, documentos, listas de detenidos desaparecidos, niños, embarazadas y adolescentes torturados.

Leyendo sobre los niños arrebatados de su hogar junto a sus padres, pensé en mi suerte y en mi mamá, abandonándome escondido en el canasto de la ropa sucia.

Reviví aquellos gritos extraños, y a ella diciéndome algo mientras me tapaba con manteles y camisas adentro de un cesto de mimbre. ¿Qué sucedió aquella noche? ¿Por qué me dejaron solo? ¿No me habrían visto? ¿O, en realidad, yo no estaba ahí cuando secuestraron a mi madre?

- ¡Oh!, Camilo, ¿otra vez con eso? Ya te he dicho una y mil veces que la vida sigue desovillando su carretel y el hilo nos teje artesanalmente a un destino. No tientes a la avispa de los recuerdos -me dice mi abuela cada vez que le pregunto, dando por terminado el tema con un oportuno suspiro al borde del infarto. Ella nunca supo explicarme bien lo que pasó, pareciera que mi vida comenzó el día que aparecí en su casa.

El informe seguía su repugnante relato: el saqueo y el lucro de la represión, las familias como víctimas, allanamientos, ¡también inválidos y lisiados fueron blancos para la tortura!

Los capítulos se sucedían uno al otro sin mermar su asqueroso discurso.

El mate amargo endulzaba la lectura.

Al final, en la página 323 encontré el nombre de mi mamá: Ana Calónico de Juárez, 26 años, secuestrada de su domicilio el 21 de setiembre de 1977.

La vista se me acalambió y se resistía a leer. A regañadientes obligué a mis ojos a dar sus saltos decodificando líneas y letras. Eran seis renglones, nada más.

De inmediato, pensé en no volver a dirigirle la palabra a la abuela, porque si ella había recurrido a todos los organismos de defensa de los derechos humanos buscando a mamá, como me había dicho, la habría encontrado hace mucho en esta maldita página 323 igual que yo.

Había sido brutalmente estafado, pero mi curiosidad iba más rápido que la bronca y seguí leyendo.

Así me enteré que mamá fue vista en un destacamento militar utilizado como centro de detención clandestino llamado La Perla. En ese lugar, la habían torturado con electricidad atada a un elástico metálico luego de ser violada por varios guardias, y no se supo nada de ella después de que la sacaron en un camión junto a otras dos mujeres. Se presume que fueron arrojadas al pozo de una cantera de cal sin apagar a pocos kilómetros del lugar de cautiverio.



Me floreció un sudor pegajoso en la cara y quedé ciego no sé por cuánto tiempo.

Hubiera querido llorar con calma, pero la furia se me agitaba en el pecho arremolinándome los rencores y no me dejaba comportar como hubiera sido debido.

- ¡Los odio! ¡Malditos hijos de puta! -grité zambulléndome en el mantel. Me levanté tirando hacia atrás la silla y pateé doscientas veces una alfombra de cuero de vaca que Rogelio tenía entre la cocina y el living, dejándola hecha un bollo contra a la puerta de entrada.

Una fuerza irreconocible que me nacía del alma me cristalizó la garganta y tuve que hacer un enorme esfuerzo para llegar al baño a echarme agua sobre la cabeza y así, poder volver a respirar.

Imaginé todas las traidoras razones por las cuales me ocultaron la verdad sobre la muerte de mi madre. ¿Acaso uno no es dueño de su historia por dolorosa y terrible que sea?

Me sentí culpable de tener bronca contra mamá por haberme dejado solo en ese canasto sucio; creo que alguna vez hasta llegué a odiarla. Me brotaron unas ganas terribles de poder pedirle perdón. Quise abrazarla en mi memoria, pero la había borrado para no atravesar ese odioso sentimiento de abandono.

¿Cómo era su cara? ¿Sus ojos? ¿Su pelo acariciaba en abrazos como los de la madre de mis amigos? ¿Era más bonita si se reía o cuando cantaba? ¿Jugaba conmigo? ¿Su risa sonaba a cascada o a pájaro? ¿Cómo era más allá del celuloide de las fotos? ¡¿Cómo?!... que no me acuerdo...

¡No tenían derecho a obligarme a olvidar! Yo quisiera pensar en ella y recordar su rostro, su sonrisa. ¡Lo que no les voy a perdonar nunca es que me mintieran, porque ocultarme hasta un mínimo detalle es como haberme mentido en todo! ¿Qué se creyeron? ¿Vivieron en mí lo que perdieron?: la abuela a su hija, Rogelio su juventud. Ellos tienen sus recuerdos, por asquerosos o tristes que sean, ¿pero yo?

“Al único que pienso seguir dándole bola es al tío Hugo”, juré entre cortinas de bronce.

Creo que por primera vez en la vida tuve deseos incontenibles de morirme de pena.

Quería que el centrifugado de imágenes, gritos y sudores que me sacudían, acabara destripándome.

Hubiera deseado encender el fuego más irremediable del universo para quemar todo.

Me hubiese arrancado los ojos para que dejaran de pincharme las entrañas y empecé a experimentar, otra vez, aquella furia incontrolable de hacía unos momentos. Pero justo en el instante en que estaba envuelto en la peor llamarada de odio, vino a mi rescate una luz infinitamente celeste, como un retazo de cielo que desperdigaba esencias de vida, y se instaló frente a mí, como en una pantalla de vidrio, la sonrisa de mamá, ésa que me perseguía en sueños por las noches.

Luego apareció ella, en camisón, con su rostro acaramelado, acariciándome entre el mimbre de aquel viejo canasto... y cantó una canción de cuna extraña:

“Botón, botella, soy hija de las estrellas.

Camilito, camilón, mi hijo será gorrión”.

Vi su rostro joven y sereno. Recordé sus nanas y las figuras que hacíamos con masa de sal siempre que volvía de su trabajo. Me acordé de las cuadras que caminábamos juntos desde la guardería a casa, contándome adivinanzas y juegos de palabras que yo intentaba repetir en mi media lengua. Escuché mi voz de niño llamándola “MAMANA, MAMANITA”, compactando así sus nombres, y a ella, festejar mi picardía. Sentí su olor a margaritas frescas. Oí su risa de sapo croando hipos que me arrancaban carcajadas y caricias que ya no quería olvidar.



Su imagen seguía plantada, como una nube de reminiscencias recién cortadas.

Era mi mamá, era ella.

Lo supe porque luego de un segundo, me recordó aquél:

- Te quiero con toda mi alma, hijito; lo mejor que tengo para darte es la libertad. No lo olvides nunca -con el que me despidió esa noche de horrores entre el mimbres.

En ese momento, me envolvió un perfume salado de recuerdos devolviéndome la paz.

De a poco, la luz celeste se fue esfumando, como si se desgajara.

Entonces, recobrado de aromas e imágenes, me tiré en la cama de Rogelio y lloré.

Lloré por ella y por mí.

“Ana. Mamá. Mamana...”

Lloré por los años que nos habían robado.

“Botón, botella, soy hija de las estrellas.”

Lloré por sus jóvenes ganas de cambiar el mundo.

“Camilito, camilón, mi hijo será gorrión.”

Lloré por las horas de canciones que no escuché ni escucharé.

Lloré por las atrocidades que sufrió.

“Mamá. Mamanita...”

Lloré por las noches en que traté de justificar mi esencia de huérfano.

Lloré.

Amarga y pausadamente, hasta que los ojos dejaron de dolerme.



*Te rescato, cuerpo, de entre las piedras blancas
te rescato, rostro, de la capucha inerte
te rescato, manos, de la distraída sogá
te rescato, amigo, de las miradas insolentes
te rescato, compañero, del olvido del silencio
te rescato en mi memoria, siempre te rescato.*

Mariana Caffaratti



XV

Desaparecidos

En aquel galpón atestado de gemidos y lágrimas, Ana estuvo varios días, algo más de un mes.

Con su justiciero y ordenado razonamiento, ella procuraba llevar la cuenta del tiempo. Suponía que cada esporádica ración de comida y agua, que le traían en una lata de conservas maloliente, equivalía a una jornada.

Desde que los depositaron ahí, espalda contra espalda, Hugo permaneció atado a su lado dos días. No perdía oportunidad para insultar a los guardias cuando cualquier puerta se abría.

Varias veces lo desataron y lo llevaron, entre tirones y golpes, hasta una sala contigua de donde provenían gritos, súplicas, ruegos, por favores y llantos. Luego lo traían, arrastrándolo como a un fardo, y volvían a atarlo.

Hugo caía a su lado inerte, rígido y Ana sentía como si estuviese anudada por las muñecas a un palenque.

Se quedaba inmóvil por unos momentos y apenas presentía que los guardianes se habrían retirado, comenzaba a llamarlo: “Hugo, Hugo, ¿estás acá?”.

Pero Hugo no hablaba, solo balbuceaba, intentaba un sonido, y al final no se resignaba, seguía gruñendo insultos en un clarísimo gemido de maldiciones.

Ana lo tanteaba a oscuras, pues seguía vendada y maniatada. Lloraba a su lado, impotente, acompañándolo en su dolor. Intuía que sus lágrimas no opacarían tanta bronca, tanta valentía, más bien le daría un marco de brillo en medio de aquella humedad granate con olor a carne recién quemada.

Ella sabía de dónde lo traían en ese estado y qué pasaba en aquel infierno adonde llevaban, hora tras hora, a una y a otro. La tortura tocando cerca, latente, al acecho, siempre dispuesta a arrebatarles la dignidad. Tarde o temprano le tocaría a ella.

La muerte mecía su abanico de impiedades sin importarle que esos jóvenes querían embestirla.

El segundo día que se llevaron a Hugo al sector de la parrilla, como le decían al elástico metálico donde ataban a los presos para aplicarles la picana eléctrica, Hugo no volvió; y

como única respuesta a sus preguntas, Ana recibió una patada en la boca del estómago.

Sacaban a uno, traían a otro.

Los gritos que venían del otro lado del galpón se quebraban como sogas de un puente rasgándose justo al medio del cruce, abriendo las gargantas en el diminuto abismo que existe entre la cordura y la locura, entre lo posible y lo inimaginable, entre la vida y la muerte, como si no fuesen las mismas caras de las mismas monedas.

Súplicas, ruegos, por favores, llantos.

Muy cerca, había otros cuerpos. Podía oler sus respiraciones agitadas y sus olores ácidos, a pesar de no ver nada a través de la venda que le habían atado alrededor de los ojos sus secuestradores.

“¿Dónde estoy?”, decía Ana una y otra vez. “¿Dónde estamos?”, balanceándose sobre su vientre como quien acuna una esperanza de tino.

Al cuarto día oyó:

- Me llamo Marina.

- Yo soy Mónica -las voces, apagadas y jóvenes, provenían de dos muchachas sentadas a su izquierda.

Ana se atrevió a mover la venda sobre sus ojos, con un hombro, tal como le sugería una de las chicas, y alcanzó a verlas en penumbras.

Giró panorámicamente su cabeza y vio también, ¿quizás cuarenta personas? sentadas a lo largo de aquel neblinoso galpón de chapas: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, morenos y rubios, gordos y delgados.

Eran como sombras amuradas a las columnas que sostenían el zinc y las penas, entremezclados en una mala coreografía de fantasmas estáticos, un paisaje de objetos yacientes y grises.

Ana volvió a mirar a sus compañeras en proximidad y desgracia.

Mónica y Marina eran muy jóvenes, demasiado jóvenes, casi adolescentes para haber cometido cualquier delito capital, pensó Ana queriendo entender razones apócrifas.

Marina dijo tener dieciocho y Mónica, veinte años.

Le contaron con voz de susurro que hacía una semana que sobrevivían ahí, y que ese lugar donde las tenían era un ‘chupadero’ de tránsito. Los asustaban unos días y, con suerte, los ‘blanqueaban’.

Hablaban con dudosa sabiduría, ¿para tranquilizarla o quizás tranquilizarse?

“Estas chicas quieren confortarme”, se consolaba, mirándolas entre agradecida y cómplice.

Ana sabía por la organización de ayuda a familiares de detenidos y presos políticos a la que pertenecía, que tanto ella como sus infelices compañeras de destino habían ingresado a la zona gris de la represión, al agujero negro del que pocos salían con palabras y ojos para contarlo.

Estaban en un centro clandestino de detención donde se ocultaban los ingresos y los egresos de las personas. Nada de datos. Ni bajas ni altas que delataran de lo que ahí sucedía.

Aquello debía ser un cuartel militar del III Cuerpo de Infantería. ¿El Campo de La Ribera?, ¿La Perla tal vez?

¿Estas jóvenes trataban de insuflarle esperanzas, o quizás eran tan ingenuas que no podían concebir que sus vidas estuvieran escribiendo sus últimos capítulos de historia, antes de descascarar su adolescencia?

Casi como una travesura, le enseñaron a Ana a aflojarse las ataduras de las manos y a volvérselas a colocar al oír pasos.

-Acá solo caminan los milicos - le dijo Mónica- ¡si escuchás un paso, actuá maniatada!

Los secuestrados escasamente respiraban y eran arrastrados por los verdugos al ritmo de sus borceguíes.

Ana aprendió muy pronto a distinguir cada sonido, cada agresión, cada lamento, incluso, a reconocer entre las latas, la osadía del amanecer, que regaba con hilos de luz las penumbras e infiltraba su tibio hechizo por los

minúsculos orificios del techo del zinc.

Las jóvenes se hicieron amigas a pesar del paisaje. Se contaban sus anhelos sin mirar el horizonte.

Marina quería ser ingeniera, Mónica cursaba el tercer año de Medicina.

Ambas tenían novio. Mónica le preguntó si había escuchado algo, cuando la trajeron, sobre su compañero, un estudiante de Filosofía, al que le decían Niño Huevón, un poco por sus redondeces y otro, por su sanjuanino modo de insultar. Mónica se reía y lloraba al mismo tiempo pensando en la suerte que habría corrido, después de que los secuestraran juntos, a la salida del cine, hacía ya como una quincena.

Marina, a su vez, le preguntó por un tal Lelio o Rogelio, su novio de la facultad: los había levantado la cana y más adelante, los ‘chupó’ el ejército, a cada cual por su lado. Ella supo por otro detenido, que lo habían trasladado a una cárcel del sur.

- ¿Al sur? ¿dónde? -preguntó al toque Ana. Sintió por sus compañeras más identificación que lástima.

- No lo sé. No sé nada, acá una se informa según lo que escucha de los demás presos, por eso te pregunto qué has oído.

Ana le contó cómo se habían llevado a Jorge, su esposo, y sobre su destino. Marina respiró aliviada al imaginar un posible puente con su novio.

Un portón de chapa ostentó su rasposo chillido. Las tres mujeres callaron sus verdades y volvieron a su pose de cautiverio.

Dos gendarmes pasaron por entre ellas y arrebataron de su sueño de esclavo a un hombre mayor, acurrucado a unos pasos.

Le gritaron que se parara. Nada.

Lo patearon. Nada.

Lo insultaron. Nada.

Lo amenazaron y nada.

El estómago de Ana comenzó a tiritar sin control. El cuerpo se sacudía sin su voluntad.

Los dinosaurios seguían, meta vociferar a aquel pobre hombre. A rastras, lo llevaron por los pies, entre maldiciones y forcejeos.

Al descorrer las vendas de sus ojos, las muchachas vieron el reguero de sangre que la huella de aquel cadáver había marcado.

¿Sería la premonición de un sendero del cual ya no volverían?

Mónica y Marina se cubrieron de nuevo. Ana trajo a su memoria el sedoso tacto del cabello de Camilo entre el mimbre, y rogó a Dios que los represores no lo hubiesen descubierto aquella noche en su casa.

“¿Dónde estará mi bebé?”. “Por favor que alguien haya leído el papelito que puse en su mano con la dirección de mamá”, pensó en un ruego.

Marina, de repente, empezó a narrar como autómata la historia de una muchacha llamada Elita, quien había estado secuestrada y atada junto a ella, hasta hacía unas semanas:

- *Una noche, un guardia apareció de la nada, la desató y la sacó caminando por sus propios medios del galpón. En aquel momento pensé que la llevaban para liquidarla y lloré toda la noche, por Elita y por mí.*

Marina hablaba sin parar.

Agregó que, días más tarde, ese mismo gendarme, (¿quizás para amedrentarla?), le confesó la suerte corrida por la joven:

“Yo la salvé. Lo hice porque su abuelo se portó como un señor con mi padre: le salvó la vida. Le liberé la nieta, ahora no debo nada a ningún judío de mierda”, dijo justificándose.

“La llevé hasta cerca de su casa. Le ordené que corriera y no se sacara la venda hasta que el auto se hubiese alejado”.



Toulouse Lautrec

- Vamos a salvarnos -repetía Marina como corolario- Vamos a salvarnos -gemía -Vamos a salvarnos- ... una y otra vez.

Ana y Mónica creyeron que Marina deliraba, y la dejaron narrar aquella historia varias veces, de corrido. Pero al comprobar que no pararía por sí sola de repetirla, Ana se arrastró hacia la muchacha, la acomodó como pudo en su regazo y la acunó contándole todo lo que sabía sobre aquella cárcel del sur donde estaría su novio.

Pronto, las cortinas de metal recorrieron otra vez su temerario velo para llamar a su depravada rutina de vejaciones.

Los pasos regresaron y se encaminaron justo hacia ella. La aurora no podía ser menos densa.

Levantaron a Ana y la llevaron a la sala de los lamentos. Ella se atrevió a mirarlos, por un instante, mientras la arrojaban contra la cama metálica. Luego una luz incandescente sobre su cara la cegó por completo. Pensó en Jorge, en Camilo, en tío Hugo y en mamá Esther, hasta perder la noción del abuso y del dolor.

La escena se repitió durante un mes: un día Ana, otro Marina, y luego Mónica. Como en un macabro casino de turnos de

ruleta rusa, en el cual una perinola marcaba con su *'toma todo'* a alguna virgen para el sacrificio.

Ana, además de distinguir cada sonido, cada agresión, cada lamento, aprendió a poner su mente en blanco hasta que una reluciente luz celeste la cegaba. Se sumergía en una nube de abstracciones que la arrancaba de ese sitio y la transportaba a cualquier cielo.

Tras las sesiones de tortura, pasaban horas de inquebrantable silencio. Reaccionaban de a poco y se incorporaban a la vida resistiéndose a dejar de sentirse humanas.

Se contaban intimidades. Hablaban de amores, de sus primeros besos, íntimas caricias, sus fogosos encuentros con el placer. Después, como mechando bocadillos de infracciones, se pasaban un dato o un nombre escuchado en la sala de torturas, o describían a alguien que de algún modo pudieron ver, a fin de alertarse entre sí, y compartir la información por si alguna salía viva de aquel infierno para denunciar sus demonios.

Como si llevara encima un álbum de fotos, Ana contaba historias sobre Camilo. Todo. Desde la gestación y el parto, hasta la salida de su primer diente, sus ñañas, sus travessuras, su media lengua y su vocecita llamándola “Mamana”.

Las jóvenes se imponían la risa como un legado de vida.

Al final, una noche el destino las sorprendió juntas, conversando como viejas amigas.

Las bestias se acercaron sin palabras ni insultos y cargaron en andas a las tres muchachas. Las arrastraron a la intemperie, las subieron a un camión. Marina volvió a recitar, como una amanuense, aquella historia de la muchacha liberada, repitiendo:



- Vamos a salvarnos... vamos a salvarnos.

Anduvieron unos kilómetros y las bajaron en un descampado monocromático de piedras calizas.

El rocío las bañó con un desconocido y renovado sabor.

A Ana le sorprendió comprobar que a la intemperie la vida seguía su ciclo, inalterada.

Al oír los roces de las armas sobre su espalda, Marina lloriqueó, más de rabia que por miedo.

Mónica rezó un viejo poema de infancia.

Ana pensó en Jorge y en Camilo y se dispuso a enfrentar

nuevos simulacros de fusilamiento.

Esta vez ningún verdugo jugó a repetir “*apunten, fuego*”.

Las bestias les arrancaron las vendas de los ojos descubriendo sus rostros, y ellas pudieron dimensionar la ferocidad de sus fauces desgarradas, sus colmillos, sus ojos sin alma.

Cuando Ana los vio de frente sintió pánico de pensar que esos hombres eran también personas.

Los miró con la frente en alto, desafiante. Solo encontró el hueco de sus crueldades.

Entonces abrazó a sus amigas y las tres supieron que había llegado el fin.



*Quien salva una vida,
salva al mundo entero.*

La Mishná



XVI

No hay tumbas para la memoria

Tras los postigones, las estrellas pintaban finales trágicos a la noche.

Creo que me dormí un buen rato.

Me hubiese quedado a vivir entre aquellas sábanas si no fuera porque seguía en el departamento de Rogelio y no quería verle la cara cuando regresara. No se me ocurría por qué aún no habría vuelto, aunque ahora sabía que era tan cagón como capaz de haber entrado al departamento, y al verme abrazado a aquella página 323, salir huyendo.

No le iba a hablar... ¡de ningún modo! ¡Él se decía mi amigo!, se jactaba de valor revolucionario y qué se yo qué. ¿Qué pasó con los huevos para enfrentar la verdad y la amistad? ¡Cuánta sanata! La abuela es vieja, pero él, ¡cagón, cagón, recagón!

Confiaba en Rogelio. Le pregunté por mi mamá y me dijo que no sabía más que yo. ¡Qué! ¿No iba a conocer ese informe... si él mismo figuraba ahí como víctima y denunciante?

No me hacía falta escuchar respuestas con diez años de atraso, ni mentirosas excusas. ¡Qué manera de escaparse de la vida! ¡Bah!, de última, ¡me da lástima!, porque creo que Rogelio jamás salió ni saldrá de la cárcel. Se le han incrustado las rejas en el cerebro, y ni todas las minas que se levanta a diario, ni todos los negocios que trama, ni toda la plata del mundo, le sirven para recuperar el tiempo perdido, y menos para liberarse.

¡Pero estoy harto de sentir lástima! ¡Lástima por todo el mundo! ¡Es tan mediocre, estúpida e injusta la lástima!

Volví a casa, mientras se deshilvanaban las hilachas del amanecer y las de mi impotencia. El aire de la madrugada parecía un túnel frío y hueco.

Llegué maldiciendo a mis botines que rechinaban a propósito sus gomas para despertar a la abuela, y tampoco quería verla.

Abrí con suavidad la puerta. Las llaves se portaron bien y no me delataron con su serenata de cascabeles.

Al atravesar el pasillo rumbo a mi dormitorio, una sombra se acomodó sobre mi nuca.

“¡Si me toca el hombro le parto un brazo!”, pensé sin medir las distancias del odio. Pero en el fondo de mi mente, en ese baúl perfumado con cosas no dichas, sabía que estaría esperándome con su silencio cómplice.

Me siguió hasta la pieza y dejé la puerta abierta para que pudiera entrar. A oscuras me senté en la cama y el tío Hugo hizo lo mismo.

- Nunca me preguntaste a mí sobre tu madre. Todos estos años estuve esperando tu señal -murmuró como un consuelo.

Era cierto, yo recurría poco al tío Hugo para hablar en serio. La abuela era mi madre-padre, mi punto de referencia, me resolvía todo. El tío solo estaba allí, en la despensa, cerca, mirándome crecer y para jugar. Mudo, risueño, ocupando algún lugar del silencio con la mirada clavada en un paraíso remoto, escribiendo poemas sobre una hoja, o contando las nubes para justificar su existencia de capullos. La abuela siempre decía que el tío era un tanto loco, y yo nomás lo buscaba si necesitaba que me ayudara a hacer barriletes o para que me empujara el asiento de la bicicleta y para zafar de las tareas escolares.

Él no daba órdenes, solo ejecutaba acciones solidarias. "Ya lo hiciste mal una vez, dejá que yo eduque a Camilo", le reprochaba mi abuela si me daba chocolates antes de comer.

- ¿Vos sabías lo de mamá? -le pregunté.

- Sí, pero a veces la realidad se escribe con tinta que no coagulan los ojos -me contestó, y luego de unos segundos, que tal vez fueron siglos, siguió diciendo:

- Ella está allá, Camilo... -señalaba la ventana-... navega por el celeste de cada mañana.

Me miró con su punzón de ternura y habló como si las palabras escaparan de un encierro milenario:

- Tu mamá hizo lo que tuvo que hacer en el momento en que se lo pintó el almanaque del alma. No hay forma de escaparle al amor y al destino -susurró y volvió a zambullirse en el universo de la pared y de los recuerdos:

“Ana me había pedido que le ayudara a localizar a tu padre. No fue fácil.

Recorrí todos los cuarteles y las cárceles del país. Soborné guardias, hipotequé esperanzas, colaboré con organizaciones políticas, hasta que, por fin, a través de una asamblea internacional de ayuda a presos políticos, lo hallé en una cárcel militar del sur.

Me quedé a vivir por esos pagos ganándome la vida como pintor de obra y así, en unos meses, logré datos precisos sobre el paradero y la situación penal de tu padre, lo cual obligó a los milicos a *blanquearlo*, a reconocer que lo tenían detenido. Tu madre entonces, con esos datos precisos, pudo reclamar y *sacarlo a la superficie*. Jorge pasó a ser un preso a disposición del Poder Ejecutivo Nacional.

Anita anduvo mucho entre abogados y carceleros, y su pasión por la justicia la llevó a pedir también por otros presos, a ayudar a otras esposas, abuelas, madres y hermanos a hallar a sus seres queridos, o por lo menos a reclamar por ellos.

Con el fin de apoyar a mucha gente que pasaba por lo mismo que ella, colaboró en la creación de la filial regional de la organización de familiares de detenidos y presos políticos, mientras yo seguía en el sur.

A través de una enfermera del presidio (mi contacto en la organización), pasábamos mensajes dentro de la cárcel. Yo le enviaba a tu papá noticias sobre nosotros.

Un día, él me escribió una nota que jamás leí. La enfermera se sintió sospechada por un miliquito y tuvo que tragársela antes de poder salir.

Yo trabajaba de pintor y actuaba como el novio de la enfermera. Mi misión era retransmitir a través de la red de resistencia, los datos que recogía sobre tu padre y otros detenidos desaparecidos. Así pudimos blanquear la situación de varios, entre ellos también la de Rogelio.

No podía irme de allí, había logrado infiltrarme sin sospechas para recibir y pasar información.

El día en que finalmente descubrieron a la enfermera, se pudrió todo. Ella alcanzó a huir a una población mapuche donde los indios, poniendo cara de no saber qué estaba pasando, la ocultaron y sacaron a través de la frontera.

El enlace entre el sur y la ciudad también cayó, y yo tuve que escapar. Crucé a campo abierto hasta el mar. Ahí me escondieron unos pescadores, alrededor de diez semanas.

Cuando por fin estuvimos seguros de que los milicos no tenían mi identidad, la organización me permitió volver a casa.

Hubiera preferido no regresar nunca. ¡Yo que creía haberlos burlado! ¡Qué estúpido!

En mi ausencia esas bestias arrancaron de su casa a mi niña. Se habían llevado a Ana y no hubo nada que dejáramos de hacer. La mataron al mes y medio de secuestrarla.”



Historias ocultas detrás del siniestro centro clandestino "La Perla"

Lo escuchaba como si estuviera susurrándome el cuento de las buenas noches, y aferrado a la compasión le pregunté:

- ¿Vos escribiste aquella carta con las instrucciones para armar el barrilete de Joje?

- No, no supimos cómo llegó ese plano a tu nombre. Lo que sí escribí, fue aquella carta que, según Esther, tu mamá acariciaba todas las noches.

- ¿Cómo era la cábala que mamá repetía de pequeña, ésa que dio nombre a mi nombre? quise calibrar sospechas. Y tío Hugo cantó.

“Botón, botella, soy hija de las estrellas.

Camilito, camilón, mi hijo será gorrión”.

Cuando terminamos juntos la retahíla, las narices de la aurora se precipitaron sobre nuestros reencontrados recuerdos. Lo abracé porque necesitábamos consuelo y la noche amenazaba desgarrarnos con sus pupilas teñidas de amanecer.





*Mientras devano la memoria
forma un ovillo la nostalgia
si la nostalgia desovillo
se irá ovillando la esperanza
siempre es el mismo hilo.*

Mario Benedetti



XVII

El perdón es un boleto sin olvido

Llegó el viernes y yo seguía encerrado en mi habitación sin dirigirle la palabra a la abuela. Ni a la cancha había ido, y eso que jugaba Maradona contra Belgrano, y Rogelio me había mandado el renovado banderín de Los Piratas y la entrada de regalo, con su proverbial y estrecho modo de hacer de cuenta que *aquínopasónada*.

Me daba un poco de pena oír llorar a la abuela, pero estaba con tanta rabia, ¡enojadísimo con ella! y tan asquerosamente relajado de su sobreprotección, que las razones me empalagaban los sentidos y los afectos.

Diego se pasaba el día en mi casa con la misión de hacerme salir de mi cuarto, pero él no podía comprender mis broncas. ¡Qué iba a entender!, si su mayor problema en la vida había sido agarrarse a piñas con unos pibes a la salida de una fiesta y armar un despelote de sopapos que terminó en la seccional de policía. Sus viejos, después de rescatarlo y sermonearlo, le impusieron una veda de salidas durante un mes; y para contrarrestar la pena, su mamá a escondidas le endulzaba el castigo llevándole alfajores y licuados. ¡Vaya drama su vida!

Esa mañana Diego entró a mi pieza dando un portazo:

- ¡Qué te crees, idiota! -arrancó con su vozarrón de tormenta mientras empujaba la barricada de camisas, zapatillas y vaqueros sembrados por el parquet, para impedir el ingreso a mis dominios.

- ¿Te creés el único tipo de la Tierra que sufre?, ¿o quizás el dueño del dolor del mundo por lo que te pasa? -actuaba, remedándome con tono de falsete.

Yo ni siquiera lo miraba para no matarlo.

- ¿No se te ocurre pensar que es una reverenda mierda saber que a tu mejor amigo le mataron los padres y uno como un pelotudo se creyó eso de que *por algo habrá sido*? -pateó el fútbol certeramente a mi cabeza.

- ¿En qué termo vivía yo cuando esto sucedía? ¿Dónde nos metimos todos? -se preguntaba sacudiéndome, pero yo ni lo miraba ni respondía, porque no podía hacerme cargo, también, de la ingenuidad de mi generación y la traición de otras. Diego seguía con su cuestionario:

- ¿Creés que no me acuerdo de aquella siesta que quemaba de soledad y con mi camioncito pasado por agua no pude salpicarte más que una sonrisa? ¿No se te ocurre pensar que me muero de bronca por no saber qué hacer para ayudarte con esto? -confesó hundiendo su cabeza en un almohadón para no mostrar que lloraba.

Sus lágrimas olían a injusticia y dolían como pena prestada. Al fin y al cabo, él, como la mayoría, también era una víctima.

Entonces me levanté de la cama y lo abracé enredándome en su pelo, el más suave y lacio del mundo.

Diego me consoló como pudo y de a poco me destrenzó de su cuello con firmeza. Revolvió entre mi colección de discos y encendió el equipo de música. Subió el volumen hasta hacer tiritar los vidrios y allí nos quedamos, cada cual enroscado en su rincón, reencontrándonos como todos los días, acompasando con los pies el ritmo de conocernos sin palabras, sin disculpas, sin permisos, sin lástimas.



*Imagine there's no heaven
It's easy if you try...*

Sonaba la música. Diego y yo nos concentramos en nuestros propios hallazgos y tarareábamos.

John Lennon insistía:

*Imagina que no hay ningún paraíso,
es fácil si lo intentas,
ningún infierno bajo nosotros.
Sobre nosotros solo el cielo.
Imagina a toda la gente
viviendo al día.*

*Imagina que no hay países,
no es difícil hacerlo.
Nada por lo que matar o morir.
Tampoco ninguna religión.
Imagina a toda la gente
viviendo la vida en paz.*

Me encantaba escuchar a John Lennon. Sabía que a mis viejos también. En una foto que tenía de ellos juntos, aparecían sonrientes sobre un telón de fondo con un afiche de Lennon barbudo, pelilargo y con un sombrero de ala blanca, al lado de otro póster del Che.

Yo también había comprado uno. Un afiche enorme de una caricatura de John donde se destacaban sus anteojos redondos pintados en verde fosforescente y que con sus patillas escribían la palabra *FREEDOM*. Lo había colgado sobre la pared del respaldo de mi cama junto a otros de Charly, Fito y la Negra Sosa, que tío Hugo me dio después de la noche de confesiones.



*Puedes decir que
soy un soñador,
pero no soy el
único.*

*Espero que un día
te unas a nosotros
y el mundo será
uno.*

*Imagina que no hay posesiones,
me pregunto si puedes,
sin codicia ni hambre.*

*Una hermandad del hombre.
Imagina a toda la gente
compartiendo todo el mundo.*

*Puedes decir que soy un soñador,
pero no soy el único.
Espero que un día te unas a nosotros...
y el mundo será uno.*

- "An de guor güilbís uan..." -cantábamos Diego y yo junto a Lennon, en un inglés de chacarera.

Después, nos fuimos al comedor; Diego me llevó casi arrastrando. Ahí estaba la Bucha, como pintada al lado del mantel.

- Ya el sol giró su sacapuntas y con su lápiz saldó algunas cuentas... -canturreó el tío Hugo a modo de saludo.

Impulsada por un resorte, la abuela corrió a la cocina a servirnos el almuerzo sin esperar palabras. Por primera vez no le gritó al tío que se callara, ni le largó un "viejo chiflado".

Por segunda vez en pocos días, yo lo abracé cuerdo de agradecimiento y lo besé en la pelada.

Frente a las milanesas con papas fritas, el tío Hugo y Diego competían a mordiscones por quién embestía el rico almuerzo con mayor simpatía.

La abuela Esther iba y venía ofreciendo comida a modo de disculpas. Yo la miré de reojo y la vi distinta.

Seguía siendo como el pan casero recién horneado, entibia las sombras con caricias, pero en su falda ya no empieza ni termina la noche. Está vieja, más vieja que nunca. Ha sufrido tanto... ¡y del peor modo en estos días!... Creo que ya no se le mezclan los recuerdos con los deseos como una ensalada de broncas e ilusiones.

Ahora sé -y me parece que lo intuimos los dos- que estar vivos y juntos es un designio al que ni ella ni yo podremos renunciar jamás.

Las miradas indirectas reventaban en burbujas y se estampaban contra los muebles disimulando el ruido de los bocados al masticar (y de mis tripas que trituraban bronca). Las palabras se resistían a desfilar y se me atrincheraban en la garganta y en los lagrimales.

Para la hora del postre, Diego me recordó, mientras devoraba una banana con dulce de leche, que era viernes: "¿No tenías una cita con Carola?".



Las burbujas se acalambraron y en el acto se me volvió a enrular el nombre de Carola al ombligo deslizándose como una flecha por la pendiente de mi pierna derecha, hasta hacerme cosquillas en el dedo gordo del pie, ¡de tal manera! que tuve que sacarme la zapatilla.

No sé cómo (creo que la culpa fue de las burbujas que de algún modo fertilizaron el ambiente), me floreció una sonrisa ancha y colorada que salió volando por entre mis dientes y se puso a revolotear, ni que fuera a propósito, encima de la abuela Esther, ¡justo!

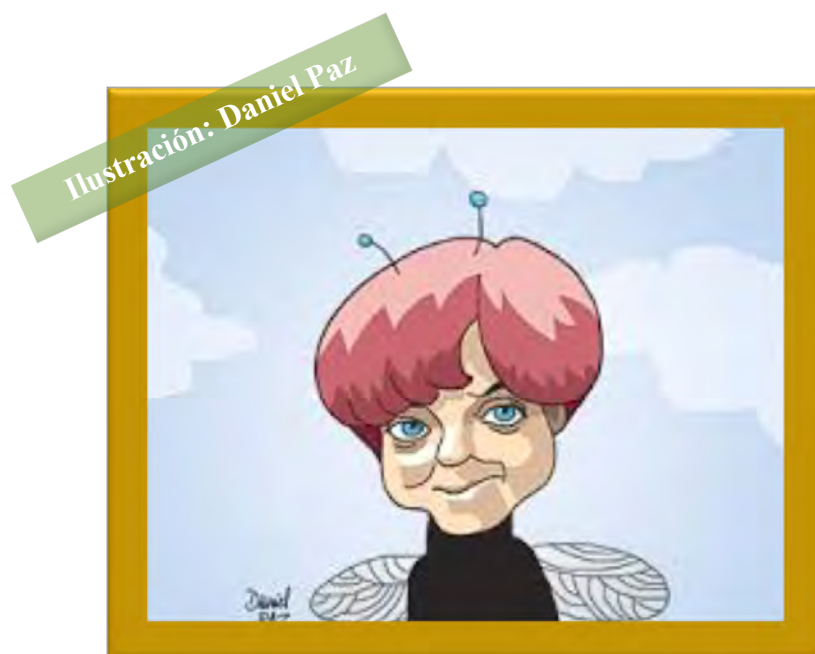
No quería que Diego ni la Bucha la descubrieran y se dieran cuenta que el amor me pintaba mariposas como si yo también fuese un baboso, menos aún en aquella ocasión.

Al pararme para recuperarla, la Bucha (seguro pensó que me acercaba a ella porque pretendía hacer las paces) me abrazó y dijo "perdón".

Entonces yo, que necesitaba atrapar esa sonrisa delatora y acabar de una vez por todas con esa situación, levanté mis brazos y en la captura, la apreté contra mi pecho sin palabras; y sin permiso, nos sorprendió la alegría del reencuentro.

- El perdón es un boleto sin olvido... -le susurré lo que tantas veces le había oído decir al tío Hugo- ... pero te quiero, Bucha.

Diego nos miró aliviado. El tío Hugo dejó de husmear nubes y nos convidó una mueca deshojada de culpas, a medida que tarareaba: *"Puedes decir que soy un soñador, pero no soy el único"*.





*Tampoco yo voy a la deriva,
en torno gira el mundo, leo
mi historia como guardián nocturno en
las horas de lluvia...*

*... el fin es una superficie por la que
viaja el invasor de mi sombra.*

Salvatore Quasimodo



XVIII

Una generación en la balsa

QUERIDO CAMILO:

Sé que no querés hablarme. Sé que te sentís estafado, por eso recurro a esta carta que tal vez leas antes de tirar al basurero.

No pienso pedirte disculpas, tampoco quiero reproches, ¡estoy podrido de sentirme como un naufrago, de dar explicaciones, de rogar perdones! Solo voy a contarte lo que tal vez, si podés leer más allá de la furia, te sirva para entender que no lo hicimos adrede, sucedió viviendo.

Fuimos una generación transgresora y valiente.
¡Sí!, éramos rebeldes, ¿y qué?

"Estoy muy solo y triste acá, en este mundo, abandonado...", sonaban Los Gatos maullando una visión insatisfecha del mundo.

La rebelión adolescente se preparaba para un concierto de voces y pelos largos reclamando libertad, igualdad, una sociedad más justa y menos hipócrita.

**"Con mi balsa
yo me iré a naufragar."**

Los transeúntes de la generación del cincuenta, sobrevivientes de la década del setenta, sabemos qué pronosticaban esas líneas, y las seguimos cantando y re-cantando, como quien raspa la costra de una herida empeñada en no cicatrizar jamás, ensayando hacer terapia sin el Winco, o con un pibe como vos, con el sordo propósito de encontrar alguna remota explicación al asunto, de por sí irracional, que a uno le tocó en suerte padecer.

Tratamos de acusar recibo de tanto discurso de mercado, innumerables impuestos y abusos, infinidad de días arrancados del almanaque como si acá no hubiese pasado nada, con descendencia adolescente que lo mira a uno como si fuese un delirado de nostalgias, con listas enormes de amigos asesinados o desaparecidos, con una historia de golpes y torturas a cuestas, con una agenda de utopías incumplidas.

Habría que preguntarse, ¿qué fue de nuestra vida entre tanta muerte?



Es duro y difícil saberse vivito y coleando con la culpa de no haber sido señalado para el asesinato en una cantera de cal o para ser arrojado desde un avión al mar. ¿Sabés cuántas veces me pregunté por qué me tocó a mí estar todos esos años en cana y no a Manolo o al Gringo? Ellos pudieron exiliarse, en cambio yo no alcancé a rajar, y aunque hubiese podido, no lo hubiera hecho sin mi novia, Marina, esa chica por la que me preguntaste alguna vez. ¿Te acordás? Nos arrestaron juntos, pero a Marina no la blanquearon y a mí sí. ¿Por qué?... no supimos...

Como a miles, me bailaron con la picana, sin embargo, no me mataron como a otros. ¿Por qué le tocó a tu viejo ese día de *pedicuría*, como le llamaban los cerdos al "juego" de arrancar uñas, para torturarlo? A mí me saltearon, porque sí, no se les dio ganas... ¿Qué hice bien?, ¿qué hice mal? La razón estaba inválida.



¿Ya te enteraste de que Marina estuvo en el mismo centro clandestino de detención que tu vieja y corrieron idéntica suerte?

Sí. Estuvieron juntas los últimos días de sus vidas. Supe por compañeros de cautiverio (algunos que luego fueron liberados), que ellas pasaban horas cuchicheando, y que tu mamá fue como una hermana mayor que las acompañó y consoló, hasta el final, a Marina y otra chica de nombre Mónica.

Yo no conocí a tu madre, no te mentí. Sí supe mucho de ella, primero por tu padre que no paraba de nombrarla y de soñar con su Ana. Posteriormente me enteré de su muerte por tu tío.

Tu mamá hizo mucho por mí, pues sabrás que, empeñada en salvar a tu viejo, ayudó a varios de nosotros, sin conocernos ni el nombre. En mi caso, logró blanquearme y así mis viejos pudieron venir a mi rescate con un batallón de abogados. Claro que recién varios años después, ya en democracia, pude salir.

Jorge no llegó a la época en la que, a los que sobrevivimos, nos liberaron. Y en una de esas, tal vez fue mejor así, porque él nunca supo que Ana había sido secuestrada. Tu papá murió creyendo que ustedes dos, tu madre y vos, permanecían a salvo de la locura.

Al salir, lo primero que hice fue ir a tu casa, aunque tu viejo hacía rato que había muerto. Yo deseaba conocer a tu madre y agradecerle en persona lo que había hecho por nosotros; además me imaginaba que querría escuchar muchas cosas sobre Jorge.

Yo tampoco sabía que ella ya no estaba, que hacía años que no estaba; y al verte a vos, tan huérfano y frágil, creí que lo mejor era lo que tu abuela me hizo prometerle: que te enteraras de toda esta mierda cuando tuvieras edad para llorarlo, que era menos dramática la explicación que te inventaste de un supuesto accidente.

¿Me equivoqué? Quizás... No sería la primera vez.

Más tarde vinieron las visitas, los permisos de tu abuela para llevarte a la cancha y a excursiones. En estos años, tenerte cerca me ayudó a separar los años padecidos de los fantaseados. Y por qué no decirlo... ¡incluso a creer que quizás podrías ser mi hijo!

¿Acaso no fue como una premonición que Marina y tu vieja compartieran un destino?, ¿que tu padre y yo, otro?

Tal vez sea tiempo de que vos también te preguntes por qué no te vieron las bestias dentro del canasto en el que te dejaron: ¿quiénes te llevaron a la casa de tu abuela?, ¿habrá sido uno de los mismos secuestradores de tu madre, compadecido vaya a saber por qué?, ¿qué vecino pudo hacerse cargo de tal piedad?

Si leíste el libro completo sobre el que te vi durmiendo en mi departamento hace unos días, habrás visto que ni los pibes se salvaron del genocidio de la dictadura.

Centenares de niños nacieron en cautiverio y nunca más se supo de ellos, otros eran robados al momento de ser secuestrados sus padres y pasaban a manos de cualquiera, o eran vendidos, o terminaban en la familia del algún represor.



El sadismo y la perversión fueron moneda corriente. No teníamos alma para entenderlos.

Niños y ancianos eran torturados en presencia de sus familiares para que confesaran o *botonearan* a alguien.

No teníamos estómago para digerirlo.

Era un delito ser joven. La gran mayoría de las víctimas de aquellos sangrientos cazadores éramos pibes y muchachas de entre dieciséis y treinta años. ¿Qué atrocidad habíamos cometido? Unos, creer que podíamos cambiar las relaciones de fuerza del poder; otros, tener participación activa en centros de estudiantes o sindicatos para combatir el terrorismo de Estado; o tan solo formar parte de la libreta telefónica de alguien considerado subversivo.

A nosotros no se nos hubiese ocurrido ni en una película de ciencia ficción todo lo que pasó.

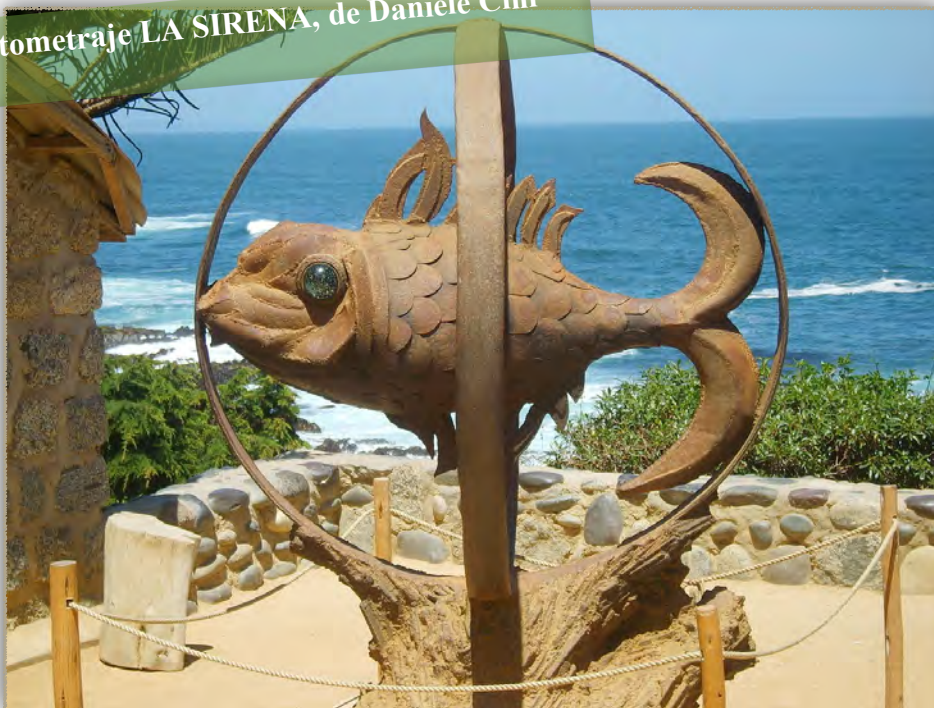
Nosotros creíamos en la libertad y en la superación del hombre por el hombre.

**"Tengo una idea
es la de irme
al lugar que yo más quiero".**

¡Cuántos ideales teníamos! ¡Cuánta voluntad por creer que la humanidad era posible ser vivida con igualdad y dignidad! ¡Cuánta sangre derrochada en combustión de agua!

¡Qué hacer con aquellos sentires!

Cortometraje LA SIRENA, de Daniele Cini



¡Dónde poner las ganas de volver a empezar!

¡A quién cargarle el muerto de una juventud padecida como un pecado!

¡Dónde arrinconar las miradas de ingenuidad que quedaron prendidas en la memoria de nadie!

Fuimos jóvenes íntegros, ¿demasiado crédulos?, ¿extremadamente idealistas?, tal vez; pero con ilusiones solidarias empapadas de aquella extraña mezcla de tabaco, fusiles, estrellas, panfletos, estudios, trabajos, militancia, folklore, rock and roll, amor libre y responsabilidad cívica... ¿Fuimos jóvenes?

**“Me falta algo para ir,
pues caminando yo no puedo,
construiré una balsa
y me iré naufragar”.**

Construimos puentes que, en vez de unir, separaron. Distanciaron los anhelos de lo posible. Fabricamos castillos de papel que las bestias quemaron junto con los libros de Cortázar y Benedetti.

Edificamos ilusiones que no cabían en esta tierra del terror y la corrupción. Elevamos amenazas, amenazamos con revoluciones, revolucionamos el deseo, ¿deseamos lo imposible?

Construimos una enorme balsa para salvarnos, para salvar al mundo, pero salimos a naufragar. Nuestro propósito no fue el suicidio, pero naufragamos igual.

Hoy se analizan los hechos contando los cadáveres, sacando polvo a la historia, se revisan los grupos que hicieron esto y aquello, se buscan culpables y víctimas.

¿Querías verdades? ¿Qué verdades? ¿Las que tarde o temprano ibas a leer en ese libro?

Yo aún no hallo respuestas, quiero saber dónde está la balsa, quiero montarme en ella y navegar sin bronca, sin pena, sin olvido, sin resignación, sin rencor; indultado de melancolía, con ganas de creer que las generaciones que vienen no van a naufragar en leyes de reconciliaciones forzadas, y puedan resucitar en un mundo donde todavía sea posible el honor.

Camilo, te dije que no te iba a pedir disculpas y no lo voy a hacer. No tengo más perdones disponibles en mi agenda de reclamos. Nomás quiero que sepas que hice lo que pude, lo que me salió, lo que me tocó. ¡Qué le voy a hacer! Tengo conducta de sobreviviente, culpa de sobreviviente, cultura de sobreviviente.

Vos deberías tener un poco también, porque a los pibes como vos también les toca sobreponerse a este plan del olvido, a este premeditado mundo de mercadeo, a este naufragio de utopías.

**"Tengo que conseguir
mucho madera,
tengo que conseguir
de donde sea."**



A veces, al analizar esta vida dada vuelta y sin valores más que materiales, me dan ganas de escapar. No sé a quién debo temer. Miro a un lado y a otro, trato de individualizar responsables, ¿y para qué?

En varias ocasiones, he tenido que sobreponerme a la paranoia de una sombra que me persigue en pleno centro de la ciudad, y entro a un negocio a comprar cualquier cosa para disimular el pánico. De pronto reconozco en el sujeto que me cobra, y al que los demás llaman persona, un gesto, una mueca, un olor o el perfil de algún maldito represor que padecí por los sótanos de la dictadura, y me corre un escalofrío en el alma y unas ganas terribles de abrirle la cabeza a patadas. Luego pienso que para qué, si van a volver a decir que él obedecía órdenes y está indultado de culpa y cargo, en cambio yo, portaré de por vida el estigma de violento y subversivo.

Entonces le recibo la factura de compra y el vuelto que me tiende con una sonrisa de mercader del infierno, y sigo caminando, y pienso que por nada del mundo quiero volver a estar preso.

Siempre me pregunto: ¿cómo saber si quien viaja a nuestro lado en el ómnibus, quien se sienta a nuestro lado en el cine, la chica que nos presentan para salir, no es arte o parte de quienes nos mataron?

Estamos todos mezclados, como si lo sucedido fuese un designio del azar, y ahora, perdonados e indemnizados, formamos parte del mismo zoológico de hipócritas, como si por decreto los asesinos hubiesen dejado de ser asesinos y los torturadores ya no fuesen capaces de volver a torturarnos.

Es como si uno hubiese vivido en un pozo de aceite, meta jugar a levantarse y caerse en el mismo agujero.

¿Fuimos jóvenes? A veces lo olvido, otras creo que en realidad fue un espejismo.

Algunos me reprochan que no haga ostentación de dolor, que no me erija en mártir. ¿Cuántos años más tengo que perder en la aureola de los lamentos? ¿Qué más puede hacer un tipo como yo, que solo sobrevivió en una balsa prestada?



Me cambiaron el libreto. Ésta no era mi película.

Ni la del exterminio de pasiones, ni la de aquellos tormentos.

Tal vez parezca muy duro lo que voy a decirte, pero me parece que la única e injusta diferencia entre tus viejos y yo con respecto a aquellos años, es que yo estoy obligado a contarlos y a seguir pidiendo disculpas por estar vivo.



**"Y cuando iba a ser feliz
a partir hacia la locura.**

**Con mi balsa
yo me iré a naufragar.**

**Con mi balsa
yo me iré a naufragar".**

No pensaba ensayar una disculpa, y no voy a hacerlo; al fin y al cabo, no hay que amargarse más de la cuenta por nada, porque al final, lo mismo, lo que debe ser, es, ¿te acordás?

**"Estoy muy solo y triste acá
en este mundo abandonado,
tengo una idea es la de irme
al lugar que yo más quiera,
me falta algo para ir
pues caminando
yo no puedo,
construiré una balsa
y me iré a naufragar".**

Ojalá, ahora que hallaste tus respuestas, ya no estés triste ni vuelvas a creerte abandonado.

Ojalá tengas mejores ideas para llegar a donde se debe llegar: la paz.



Ojalá que tu balsa no naufrague y que alguna vez puedas contestarme esta carta sin sentir lástima por mí.

Con todo mi afecto.

Rogelia



*Viviste al fin, y por eso
dejé ir a las libélulas...*

Alberto Girri



XIX

La memoria de los sapos

¡Menos mal que Diego me arrancó de mi dormitorio aquel día!

Después de tantas revelaciones, hallazgos y desencuentros familiares, aquel viernes en que habíamos quedado en vernos con Carola -cita que por suerte Diego había tenido el buen tino de recordarme durante el almuerzo- llegué al lugar fijado con el corazón esculpido de sorpresas y la mariposa del reencuentro todavía a la expectativa. Era nuestra primera cita.

Yo seguía enojado con mi abuela y sobre todo con Rogelio; pero a pesar de estar con un humor terrible, un remolino en el pecho me producía taquicardias desconocidas y me succionaba hacia el puente Avellaneda, sobre el río Suquía, donde Carola había propuesto reunirnos.

A la hora establecida, ella me esperaba envuelta en su sol rojo; y al verme caminó hacia mí quemándose en su verde. Mi mariposa voló a rescatarla.

Ella la posó en su dedo índice y la acarició con las mejillas hasta que el revoloteo se escondió tras una de sus pecas.

Con un "hola Camilo" me llevó de la mano a caminar por la costanera del río. Allí, de nuevo, no sé por qué ni cómo, imantado a su sonrisa le conté todo lo que había descubierto sobre la muerte de mi madre, lo que le habían hecho. Le dije que me sentía un imbécil por haberla culpado de mi abandono, que era un miserable por haber pensado así de ella en todos estos años. ¿Podría mi mamá perdonarme?

- ¿Cómo puede tu "Mamana" perdonar lo que nunca tuviste posibilidad de saber? -me dijo, probando acortar mis culpas. Adoré que la llamara *Mamana*.

- Yo creo que no vale la pena seguir penando, Camilo; si no fuese así, ella no hubiese venido a rescatarte del horror de aquellas páginas, ¿no te parece?

Quise pensar por un rato que Carola tenía razón, pero como no pude dominar mi ira, seguí con mis reproches y mi furia contra la abuela y contra Rogelio. Le mostré la carta que él me había mandado y que yo había leído infinidad de veces. Juntos la repasamos sin entenderla del todo, pero sintiendo que cada frase merecía litros de explicaciones.

Le conté la escena de Diego y el tío Hugo, masticando como famélicos, en aquel almuerzo donde volví a hablarle a la Bucha. Pendularmente iba de la tristeza a la risa.

A la abuela Esther no me nacía perdonarla, pero tampoco podía vivir sin su cariño. Era asfixiante no hablar con ella, no pedirle el té en la cama, no esperar sus gestos de protección. No quería perderla, ni olvidarme de su traición.

Carola me escuchaba sin señales. Un silencio pegajoso y gris se tendió sobre nuestros modos de entender lo sucedido.

¿Cómo articular reconciliaciones ante tanta desolación?

¿Por qué esta historia que era mía de pronto se mezclaba con una historia de todos?

¿De dónde sacar argumentos para resistir las mentiras?

Ella quebró la impotencia del momento con una morisqueta (creo que para que pusiera en remojo mis reproches), y empezó a declamar con gestos exagerados algunos proverbios de Machado (parecía sabérselos a todos, porque repetía unos tras otro sin parar):

“Entre el vivir y el soñar hay una tercera cosa. Adivínala”.

“Busca en tu espejo al otro, al otro que va contigo”.



Yo quedé desconcertado. Quizás, los que pasaban nos estarían mirando como a locos. Pero, de pronto, no me importó qué dirían los demás y solo la admiré, boquiabierto. Fue como un flechazo, que en un instante se convirtió en amor.

Carola se soltó de mi mano y correteó haciendo pucheros y sonrisas de caramelos de frutillas. La atrapé por la cintura y la tiré sobre el césped. Rodamos unos metros hasta el río y paramos justo a tiempo para no caer al agua.

Los transeúntes se paraban a espiar nuestro juego, así que nos descalzamos y nos sentamos en la orilla a ver cómo el agua nos refrescaba urgencias y mojaba nuestros pies desnudos. Entonces, pequeños remolinos del río nos remontaron a conversaciones pendientes.



Hablamos de la historia compartida. Yo de mis padres. Ella de su tía Marilú. ¿Cómo podía haber gente que todavía siguiera desconociendo, poniendo en duda o disculpando la responsabilidad de los tiranos ante tantas muertes?

Cotejamos nuestros anhelos de libertad, de verdadera y necesaria reparación.

La sinrazón insistía con poseernos, pero nos resistimos al silencio.

Enseguida, toda palabra pareció estar de más, y Carola insistió en ir juntos al cementerio a llevarle sus margaritas a Joje.

Al principio me sonó raro, pero ella frunció la nariz y acepté.

Siempre había ido solo a visitar la tumba de mi padre, nunca había llevado a nadie, ni siquiera a Diego, menos que menos a una chica, pero ese día me pareció pertinente. Supuse que a Joje no le importaría aquella infracción a nuestra intimidad.

Al llegar a su tumba, me sorprendió ver que, de una semana a la otra, las verbenas del montoncito de tierra de papá habían comenzado a destellar aromas y colores como si las nubes grises de mi dibujito de siete años, hubiesen llovido jugo de frutas durante un milenio.



Mientras yo conversaba con Joje sobre mis descubrimientos, mis culpas y las recientes noticias acerca de mamá, Carola se alejó hasta un álamo plateado que crecía a unos metros. Pensé que era discreción de su parte, entonces aproveché para contarle al viejo sobre mis recientes amores.

Silenciosamente, Carola se acercó adonde estábamos y comenzó a trenzar una corona con ramas tiernas y frágiles que había cortado del álamo, enhebrando después, ese círculo vegetal de plata en un palo más grueso, a modo de pancarta.

Yo la miraba de reojo porque jamás acababa de sorprenderme su misterio. Ella seguía tejiendo más.

Como si estuviera creando en una obra de arte, en el centro de una corona escribió con flores el nombre de mamá: Ana; y en otra, el de su tío, el esposo de la pobre tía Marilú, medio sapo y medio loca de tanto esperar.

Enseguida, plantó las pancartas alrededor de la tumba descuidada y olvidada de aquella tal Mercedes.

Miré a Carola entre los destellos de plata y los ramilletes de verbenas.

La vi intacta, irradiaba sus ganas de arrebatarle suspiros a la vida. Recuperaba palabras que ahora compartíamos, trenzando al

presente su irremediable y próximo tránsito.



- Vení Camilo, tal vez hoy tramemos un memorioso futuro al pasado -dijo Carola zurciendo distancias.

Me arrodillé a su lado. Carola acarició mis lágrimas y me recordó:

***“todo es cuestión
de no dejar
que el suelo
se acerque a
nuestros pies”.***

Poseído por su encanto comprobé que hay miles de razones para morir en los celestes, y que mis viejos al pintar los suyos quisieron diseñar un cielo.

“Sin sueños la vida no se repara, porque la realidad es una costra de infamias y solo las utopías desinfectan su herida”, susurré. Al fin, entendía aquellas palabras que el tío Hugo le decía a la abuela cuando peleaban entre cuchicheos por mamá.

Carola seguía allí, aceitándome la melancolía y las alas. Tejiendo nidos a los recuerdos y al horizonte.

La abracé agradecido. Su infinito rojo me contagió y no pude más que besarla hasta revivir.

Ni bien resucité, las verbenas con olor a frutas hacían una ronda de colores envolviéndonos. Por un momento, tuve miedo de quedar convertido en sapo o en flor, pero en el acto supe que no me importaba un comino, porque nada podía ser mejor que aquella emoción que me quebraba el espíritu y me pintaba el alma con frescas texturas.

En cada misterio se esconde un rayo de cordura y muchos de locura.

Ella me gritaba con la piel que era posible volar a pesar de las traiciones, que podíamos planear esperanzas tras los muros, tejer coronas de denuncias.

Todo cobró un renovado sentido. Me di cuenta de que el amor era un jarabe que impulsaba a infinitos desafíos y encontré insólitos significados a las cosas de siempre, sin varitas mágicas ni hipnosis.

Supe que debía buscar con nuevas pupilas mi propio calidoscopio de utopías y reclamar, sin treguas, la causa de la memoria como eficaz antídoto contra la resignación, porque el amor es más agudo que el odio, y la muerte, el agujero negro de la vida.

¿Habrá sido este mismo sentimiento el que impulsó a mis viejos a desafiar la gravedad de la historia?

Creo que sí.

Por eso se los llevaron, porque iban a cambiar el mundo.

Ésta era mi herencia.





Desde ese día, sobre la tumba de aquella tal Mercedes que no vi en mi vida, florecen coronas repletas de nombres y se reproducen verbenas celestes por todos lados, como si reclamaran valiente justicia al horizonte...

... Y la sonrisa de mamá me rescata, cada aurora, de la nostalgia.



ANEXOS



que cuentan recorridos
y saltos en la vida de

LOS SAPOS DE LA MEMORIA

Índice de este anexo

UN POCO DE HISTORIA ACERCA DE LA ESCRITURA DE LOS SAPOS DE LA MEMORIA	189
---	-----

- En los 80, la historia zumbaba en mi oído
- Por allá en 1986, lo primero que escribí de esta novela
- Pero una noche sucedió! La historia se escribió sola... o quizás, me escribió a mí
- Y en 1997, llegó la edición formal del libro
- El día de la primera presentación en sociedad
- Palabras leídas por Malicha Leguizamón
- Las caras de las dedicatorias del libro...
- En 2012 es editado en México
- De cómo la novela llevó a su autora a ser testigo en Juicio de la Megacausa de La Perla, en 2014
- En 2015 se realiza una edición especial conmemorativa
- A 20 años, otra presentación
- 2016: La literatura convulsiona ideas y entonces, algunos intolerantes amenazan
- Y llegamos a 2020

ENCUENTROS CON LECTOR@S Y ESTUDIANTES ¡¡¡DURANTE UN CUARTO DE SIGLO!!!	211
--	-----

- Algunos encuentros despertaban controversias.
- Compartimos arte de otros autores, y a veces, surgieron historias reveladoras de búsquedas
- En los espacios de MEMORIA.
- Maravillosas relecturas y producciones artísticas de lector@s
- Dos historias de amistades que la lectura y los sapos acercan 219
 - Sapos atraen sapos: búsquedas infinitas con Omar Basabe 219
 - Cuando la realidad supera cualquier ficción... ¡la literatura nos escribe, Camilo Juárez! 221

SAPOS ABRAZAN A MADRES, ABUELAS e HIJ@S. ¡POR SIEMPRE!	225
--	-----

- Más info y despedida

DICCIONARIO MÍNIMO DE LA JERGA GENOCIDA	229
---	-----

UN POCO DE HISTORIA ACERCA DE LA ESCRITURA DE LOS SAPOS DE LA MEMORIA

En los 80, a historia zumbaba en mi oído desde los años finales de la dictadura. Pero mi esperanza en la democracia era tan fuerte que pensaba que la realidad debía imperar. La ficción era con amplitud superada por la realidad, me repetía como excusa para no enfrentar mis miedos y mis heridas.

Ya había escrito y publicado el cuento para niñ@s "El acordeón de Carmelo" un grillo que busca incansablemente la música que ha "desaparecido" por el monte (Ilustrado por María Salas y editado en 1983 por Ed. Artesanales, el breve proyecto de unos exiliados que regresaban con los nuevos aires de la democracia a la Argentina, trayendo sueños de novedosos libros en tela para chic@s).

Una anécdota:

*Agustín tenía 7 años.
"Mamá, mamá, ya lo leí... ¿Ahora lo puedo lavar?"*



Por entonces, aún no me enteraba de que me estaba convirtiendo en escritora, porque desde pequeña yo jugaba a hacer libros plegando hojas, escribiendo, dibujando, encuadernando, como si fuese lo más natural del mundo. Además, durante los oscuros años de la dictadura, acompañé a vari@s niñ@s, hij@s de desaparecidos haciendo exactamente eso: leer, crear y contar cuentos, que era lo que hacía desde siempre como precoz lectora, pues había aprendido en carne propia que la literatura no solo reconfortaba sino que también me redimía de las pesadillas. Así, en los 70, leer y escribir cuentos se convirtió en mi modo solidario de arrancar sonrisas y conversaciones reparadoras e interesantes con es@s chic@s asolados en sus infancias.

En aquellos años, yo seguía esperando que sus padres y mis amig@s "volvieran mágicamente", aunque conocía horrendas historias de represión. La literatura me había protegido con su halo de ficción, tal vez para no morir de pena.

Como a muchos, el Juicio a las Juntas fue un despertar del horror con más horror. Seguí cada paso, cada una de sus instancias, esperando justicia y todavía fantaseando -esperanzada- con que aparecieran nuestros "desaparecidos". Pura ingenuidad y lentos procesos de duelo.

Pero cuando llegaron las nefastas leyes de Punto Final (1986) y de Obediencia Debida (1987), junto a los indultos concedidos por Carlos Menem (1989-1990), mis dedos, mi mente y mi corazón no dejaban de reclamar escritura por la memoria. Y LOS SAPOS DE LA MEMORIA comenzaron a croar por partes.

Por allá en 1986, lo primero que escribí de esta novela fue el Capítulo XIII, "Verano de sapos", tramado como cuento de hadas (literatura maravillosa, mágica). Trabajé con intertextos, dialogando con la versión de los Hermanos Grimm de "El príncipe encantado" (también nombrado como "El Príncipe Rana" o "Enrique el férreo"), donde un noble joven es convertido en sapo o rana y necesita el beso salvador de una princesa para volver a ser humano.



En un certamen literario, "Verano de sapos" obtuvo Mención especial en el rubro: cuentos categoría B- para adolescentes Concurso XVI, Fundación el libro, Exposición Feria Internacional El Libro Del autor al Lector y ALIJA. Bs. As., **1990**.



Luego, algo muy similar sucedió con el Capítulo XIV "No hay tumbas para la verdad", donde por primera vez aparece el personaje, Camilo, como protagonista de la búsqueda de memoria y de verdad.

Nuevamente, en **1992**, escribí este texto como un cuento dentro de una trama mayor (que luego sería la novela). Lo compartía con adolescentes que ya estaban organizándose en HIJOS. También, entre mis "aborrecientes" hij@s y sobrin@s y sus amigos.

En 1996, presenté ese capítulo como cuento (lo había acertado bastante ya), en el Concurso Literario "Memoria por los derechos humanos" organizado por la Cámara de Diputados de la Provincia de Córdoba, obteniendo Mención de Honor.

A pesar de que ambos premios incluían la publicación de los textos, nunca se concretaron esas ediciones, y ambos "cuentos" siguieron en carpetas, guardados... ¿escondidos?



¡Así sucedió! La historia se escribió sola...

o quizás, me escribió a mí. Fue como si alguien me la dictara. Como si hubiese estado allí, en mis entrañas y en mi cerebro anidada, incubándose, esperando salir. Y de pronto explotó.



*Aquí tengo una hoja,
una oreja, un susurro,
un pensamiento:
voy a vivir otra vez.*

Pablo Neruda

Recuerdo que estuve tres días seguidos con la compulsión de escribirla. Mi familia se preocupaba. Mi esposo me preguntaba a cada rato si me sentía bien. Creo que pensaron que había enloquecido, porque me veían escribir como desaforada, reír, llorar y solo levantarme para tomar café o ir al baño. Me tuvieron paciencia y compasión.

La película “Tango feroz” me dio el empujón final. Ver ese filme, en 1993, dejó en mí una huella profunda. Su argumento trata sobre el rock argentino, mostrando una generación (la diezmada, la mía), tratando de vivir su juventud a pesar de la dictadura, atravesados por la barbarie. Y eso caló en lo profundo de mis emociones. De repente, me urgió contar la “otra historia”, la que la cultura oficial aún negaba, la necesitaba desvendar.



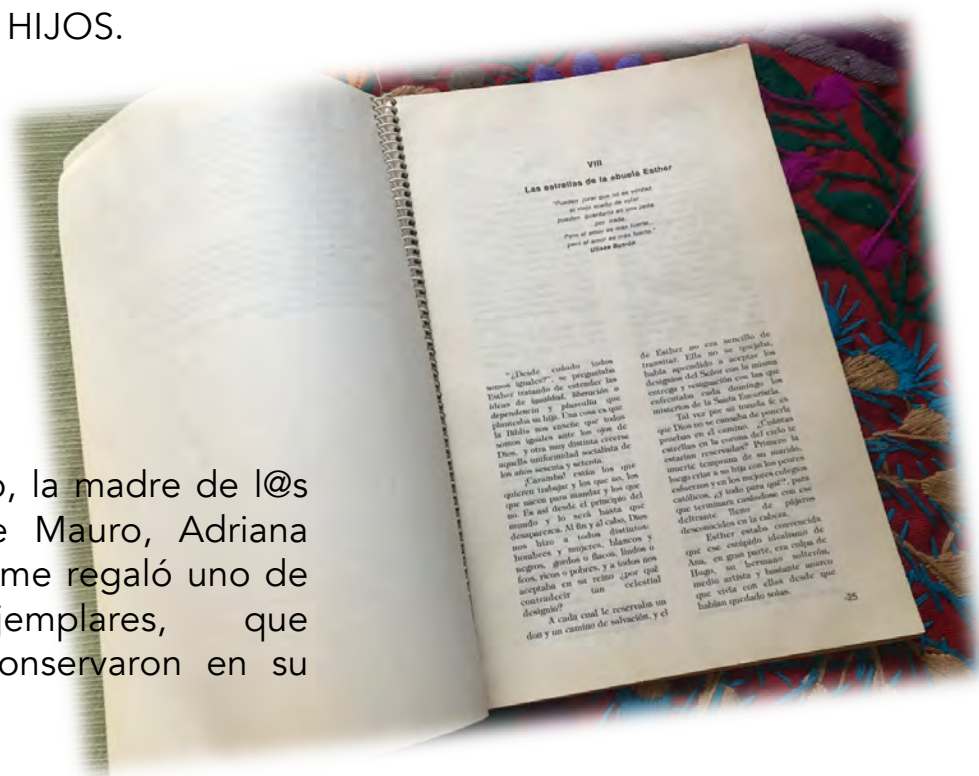
Así, a borbotones y recuperando aquellos textos que ya había escrito, que tenían entre sí esa hilada de la memoria negada, la novela estalló en mi computadora. Luego le siguieron meses de correcciones y de no conseguir quién quisiera editarla.

Mientras tanto...

Desde 1995, circuló en fotocopias anilladas

(¡mi esposo hizo 100 ejemplares en la fotocopiadora de su negocio!), que pasaban de mano en mano entre amig@s de organismos de derechos humanos, de la literatura (Malicha Leguizamón fue una inquebrantable difusora), vecinos, familiares, HIJOS.

Hace poco, la madre de l@s chic@s De Mauro, Adriana Rucovsky, me regaló uno de esos ejemplares, que siempre conservaron en su biblioteca



Y en 1997, llegó la edición formal del libro.

Costó mucho publicar esta novela. Siempre estaré agradecida a Jorge Felippa y Mónica Ambort por haber apostado a su 1º edición con el sello Op Ollop, en Córdoba, con el apoyo del Fondo Estímulo a la Actividad Editorial, que por entonces la Municipalidad de Córdoba propiciaba.

Es que, hasta entonces, nadie quería editarla "Es fuerte para los pibes", me decían. En Buenos Aires me habían rechazado varias veces, porque "no es el tipo de propuestas que pensamos", "de eso no se hablaba", porque "era políticamente incorrecto", o ¡porque dice malas palabras!...

(¿Qué pretendían que diga Camilo cuando halla el nombre de su madre en el libro de la Conadep y conoce sus tormentos?:

"¡Oh... qué malos fueron esos señores!". No, de ninguna manera... Hijos de puta (con perdón de l@s prostitut@s), aplicado a esos genocidas, no es mala palabra", argumenté ante una prestigiosa editora del momento).



El día de la primera presentación en sociedad fue muy emotivo. Se realizó en el auditorio de la Legislatura de Córdoba, el **24 de marzo de 1997**, a las 18 hs..

El extraordinario escenógrafo [Santiago Pérez](#) montó pancartas con graffitis y consignas de época, desde la peatonal de la calle Deán Funes hasta el 2° piso de la Legislatura provincial.

Se llenó de gente esa presentación. Mis compañeros de la universidad que no veía desde hacía años, aparecieron como en un sueño. Amigos que habían sufrido la represión. Bueno, fue como decir a todos *"miren, acá estamos"...* *"Los muertos que mataron gozan de buena salud"...* Fue revivir. Fue abrazar a los que se habían ido injustamente. Fue un gran reencuentro con mi gente, con la historia y con jóvenes lectores.



La novela recibió muy buenos comentarios desde su aparición

(no en la prensa, no en las academias, no en los círculos del poder literario argentino, pero sí entre los lectores y el boca a boca). Los profesores de literatura la recibieron y convidaron a su lectura a muchos estudiantes secundarios, universitarios, y desde allí no pararon de saltar. **CROAC**.

Palabras leídas por Malicha Leguizamón en ocasión de la presentación de la novela **LOS SAPOS DE LA MEMORIA**, el **24 de marzo de 1997**.



**Reflexiones acerca de una novela de Graciela
Bialet: "Los sapos de la memoria"
MARÍA LUISA CRESTA DE LEGUIZAMÓN**

"Los sapos de la memoria", la novela escrita por Graciela Bialet, plantea desde el comienzo un acercamiento al lector, que se debate alrededor de lo que llamamos "verosimilitud".

Platón afirmaba que, en los tribunales, la gente no se inquieta lo más mínimo por decir la verdad, sino por persuadir, y la persuasión depende de la verosimilitud. Por eso mismo, la crítica sostiene que el discurso deja de ser un sumiso reflejo de las cosas, más bien se transforma en entidad independiente. Las palabras, entonces, no se constituyen en nombres de objetos, sino que se convierten en una entidad autónoma regida por sus propias leyes; es por eso que su importancia supera la de las cosas que se suponía que reflejaban.

En una de sus dedicatorias, Graciela se identifica en su calidad de "sobreviviente", y lo hace desde una formulación, si se quiere, trágicamente ambigua: el que sobrevive se convierte en una "culpa o "felicidad" de acuerdo con la intencionalidad de nuestra mirada. Se está muerto para convertirse en un ser inmóvil, aún con ojos entreabiertos que ya no verán nada, menos aún decirlo; se está vivo, aunque con un complejo de "salvación"; de ese modo se abren más los ojos, se observa casi el infinito que puede ser transmitido, compartido.



La primera cita o epígrafe, de los casi veinte con que se nos introduce a la lectura del texto, capítulo tras capítulo, pertenece a la autora "Yo no sé por qué me tocó a mi, ... tal vez sea para que ahora lo cuente." Le tocó vivir, que no es poco, y le tocó el mérito, el valor, de convertir relatos generados por auténticos testimonios, compartidos y/o recibidos como confesiones a veces abruptas, en una forma narrativa que podríamos considerar ficcional.

Aparece un hilo conductor que combina y teje una trama, donde lo verdadero, lo cierto, lo testimonial se va relacionando como si no se tratara de "la verdad", sino la construcción artística de una certeza que no se debilita ni transgrede la realidad, aislándola así de interpretaciones caprichosas y subjetivas, cuando no perversas o malintencionadas.

De ese modo funciona la literatura con la historia, en un espacio donde ambas parten de iguales y comprobados hechos (CONADEP, NUNCA MÁS) a lo que se agregan las muchísimas confesiones que tantos de nosotros hemos escuchado, y aún protagonizado.

"Los sapos de la memoria" apela, desde el punto de vista de la lengua, al uso de la primera persona gramatical: ese "yo" permanentemente convocado, aligera y profundiza la relación con el lector: se acortan las distancias, especialmente las discursivas; se enfatiza el pensamiento interior con mayor soltura; se dialoga más naturalmente, y hasta los juicios críticos adquieren un costado de mayor razón y credibilidad.

El adolescente protagonista de la novela es hijo de un padre salvajemente muerto por los esbirros de la dictadura, y de una madre "desaparecida", cuyo rostro, cuya voz se han transformado en una incisiva y permanente interrogación para él, su hijo: ¿cómo era ella? ¿cómo hablaba? ¿cómo miraba?...

Durante el desarrollo novelesco se mezclan los episodios de vida de un adolescente, un joven, criado y protegido por abuelos, tíos, parientes y amigos, que tratan de penetrar en su mundo — más que visto o experimentado, soslayado, envuelto en una especie de bruma. Allí las preguntas sin respuestas se hermanan con el enfrentamiento de realidades, construidas sin el peso de las ausencias, pero sin lesionar lo que debe, sutilmente, aposentarse en otra realidad de vida: **la memoria**.

La autora revela un profundo conocimiento de los meandros de la vida de un adolescente. Más aún, las descripciones de los personajes se entremezclan con episodios ocurridos y verificables en el tiempo histórico-cronológico que enmarca toda la novela. Sin embargo, aún los más desgarrantes y negativos (léanse muertes, torturas, desapariciones) no apelan en ningún momento a recursos melodramáticos o tremendistas. Si lo parecen en algunas ocasiones, es por la aplicación de lo que llamaríamos, estrictamente, periodismo-verdad. El texto se dirige — pensamos— al pensamiento y la emoción, casi a una secreta intuición donde la sorpresa se agiganta cuando descubre el costado cruel e injusto que poseen tantos de sus congéneres.



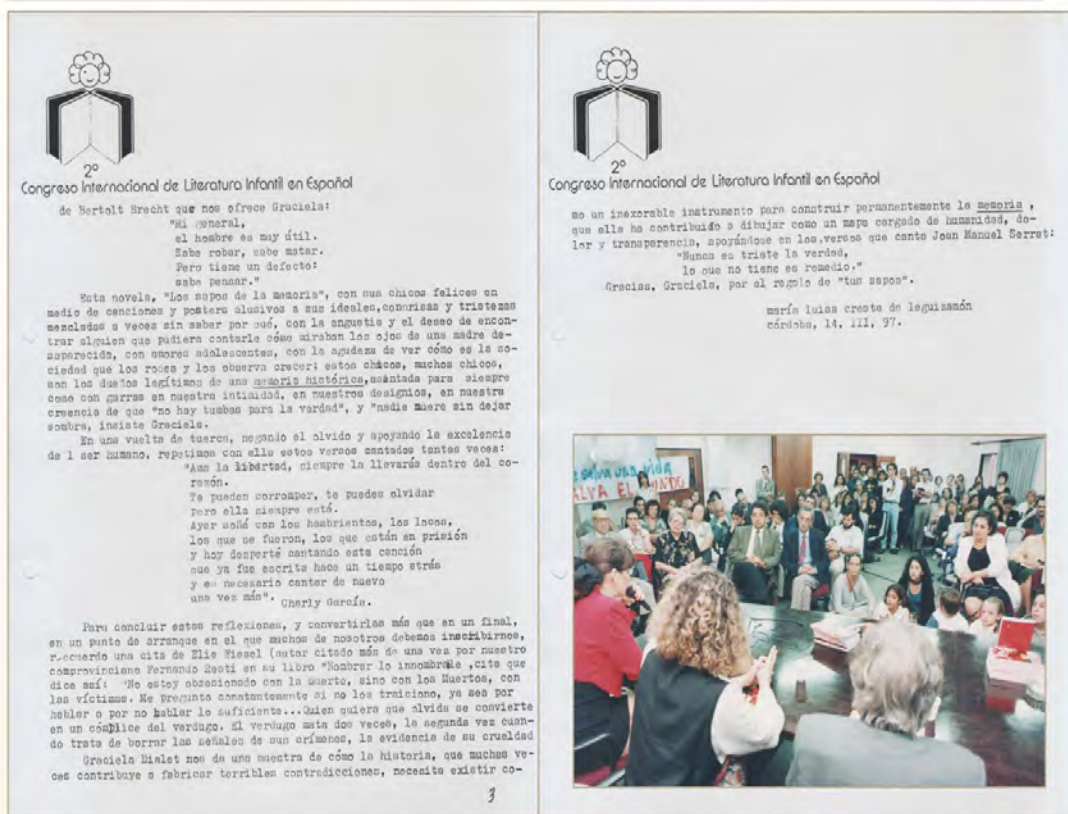
Una cita elegida por Graciela, que pertenece al poeta español Camilo José Cela: *"La historia corre atropellando al tiempo, a veces las cosas pasan fuera de su tiempo por culpa de la historia"* En el capítulo V, "Con la carpeta hasta el cuello", aparece una "monografía", que es un elocuente ejemplo de cómo una obligación "escolar" puede transformarse en una profunda (e irónica) reflexión sobre temas socio-culturales. La docente lo califica con altos elogios a este alumno que firma Camilo Juárez. Y que sea éste C. J un modelo que se ajusta a la cita de Bertolt Brecht que nos ofrece Graciela: *"Mi general, el hombre es útil. Sabe robar, sabe matar. Pero tiene un defecto: sabe pensar."*

Esta novela, *Los sapos de la memoria*, con sus chicos felices en medio de canciones y posters alusivos a sus ideales, con risas y tristezas mezcladas a veces sin saber por qué, con la angustia y el deseo de encontrar alguien que pudiera contarle cómo miraban los ojos de una madre desaparecida, con amores adolescentes, con la agudeza de ver cómo es la sociedad que los rodea y los observa crecer; estos chicos, muchos chicos, son los dueños legítimos de una **memoria histórica** asentada para siempre como con garras en nuestra intimidad, en nuestros designios, en nuestra creencia de que *"no hay tumbas para la verdad"*, y *"nadie muere sin dejar sombra"*, insiste Graciela. En una vuelta de tuerca, negando el olvido y apoyando la excelencia del ser humano, repetimos con ella estos versos cantados tantas veces:

*"Mama la libertad,
siempre la llevarás dentro del corazón.
Te pueden corromper, te pueden olvidar,
pero ella siempre está.
Ayer soñé con los hambrientos, los locos.
Los que se fueron, los que están en prisión
y hoy desperté cantando esta canción
que ya fue escrita hace un tiempo atrás
y es necesario cantar de nuevo una vez más"*
Charly García

Para concluir estas reflexiones, y convertirlas más que en un final, en un punto de arranque en el que muchos de nosotros debemos inscribirnos, recuerdo una cita de Elie Wiesel (autor citado más de una vez por nuestro comprovinciano Fernando Reati en su libro *"Nombrar lo innombrable"*, cita que dice así:

"No estoy obsesionado con la muerte, sino con los Muertos, con las víctimas. Me pregunto constantemente si no los traiciono, ya sea por hablar o por no hablar lo suficiente... quien quiera que olvida se convierte en un cómplice del verdugo. El verdugo mata dos veces, la segunda vez cuando trata de borrar las señales de sus crímenes, la evidencia de su crueldad".



Graciela Bialet nos da una muestra de cómo la historia, que muchas veces contribuye a fabricar terribles contradicciones, necesita existir como un inexorable instrumento para construir permanentemente la memoria, que ella ha contribuido a dibujar como un mapa cargado de humanidad, dolor y transparencia, apoyándose en los versos que canta Joan Manuel Serrat:

"Nunca es triste la verdad,
lo que no tiene es remedio."

Gracias, Graciela, por el regalo de "tus sapos".

María Luisa Cresta de Leguizamón.

Córdoba, 14 de marzo de 1997.



Las caras de las dedicatorias del libro... que repito una y mil veces, esta novela es ficción realista, no biográfica. Solo la liberación de mi amiga **Elita**, del campo de concentración La Perla, está contada en tres párrafos (Capítulo XV), a pedido de ella, quien por terror no denunció sus torturas.



Cada 24 de marzo marchamos por los 30.000, y yo porto con amor, siempre, a mi querido **Hugo Kogan**.

Mario Biale, mi compañero de vida durante 37 años. Luchador incansable por la justicia y los derechos humanos.



Mirella Canu y los **Cinman Pedernera** (Efraín, Esther, Étele y Líbele) amigos que elegí como familia, ¡imprescindibles!. En la foto, también mi bella amiga Raquel Sosa, quien aún busca a su esposo, "el Negro Trigo".

Daniel y **Mariana Caffaratti**, el día en que se leyó la sentencia del Jucio de Lesa Humanidad conocido como Megacausa La Perla, 2016, donde se condenó a los genocidas de miles de desaparecidos, entre ellos, su padre Alberto.



En 2012 es editado en México, por la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional de Artes (CONACULTA), llevado de las manos talentosas de Rebeca Cerda y de Laura Emilia Pacheco.

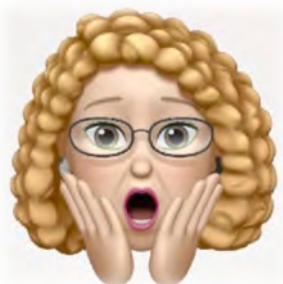
Ilustraciones de tapa y portadas:
Gabriel Martínez Meave



De cómo la novela llevó a su autora a ser testigo en Juicio de la MEGACAUSA de La Perla, en 2014:

Testigo 209, Graciela D’Lucca de Bialet

12 / 02 / 2014. Córdoba, Argentina.



Citada por la defensa (o sea, por los abogados de los genocidas!!!), para atestiguar por la declaración de víctimas que expusieron tramos de “Los sapos de la memoria” como testimonio.

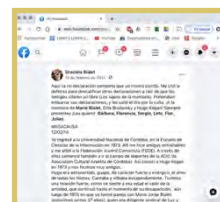
Realidad y ficción fueron desdibujando fronteras. Tres testigos, parientes de tres desaparecidos, refirieron en sus declaraciones, en aquel mega juicio, que el secuestro de sus familiares por quienes reclamaban justicia, estarían narrado en la novela. Así fue que mi obra de ficción, *Los sapos de la memoria*, me involucró en el juicio como testigo. Los abogados de los genocidas fueron quienes requirieron mi participación. ¡Sí!, mi libro era requerido como testimonio y yo como testigo de parte de los asesinos. La estrategia de los abogados defensores de los genocidas consistió en poder desacreditar a esos tres testigos familiares de víctimas, diciendo que sus declaraciones se referenciaban en un relato ficcional, o sea “inventado”, “falto de realidad”. Ese fue siempre su único y “endeble” argumento de prueba.



No creí procedente justificar la ficción y la literatura realista en su relación con la memoria histórica, por ello solo declararé como testigo de la violación a los derechos humanos.



Para leer la declaración, se puede tildar sobre la foto, o en FB.



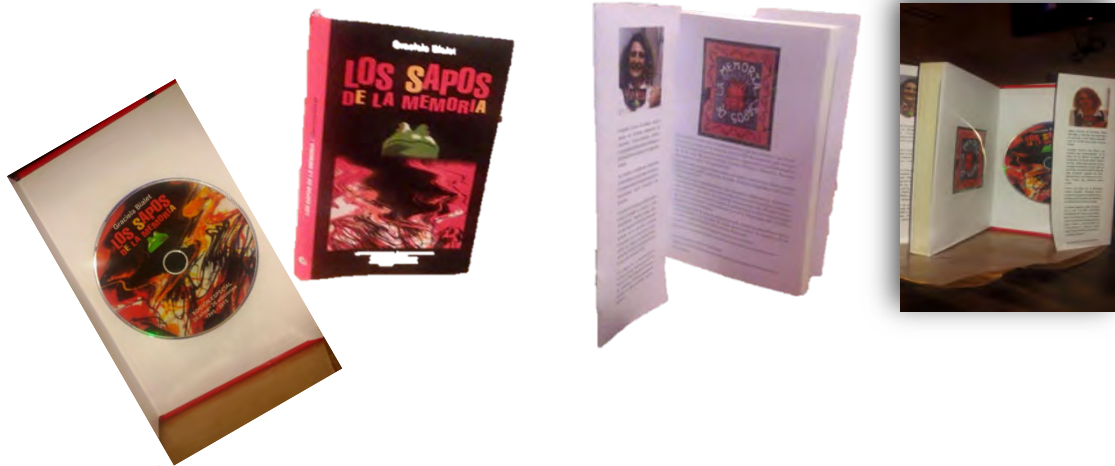
Libros infanto-juveniles, libertad y resistencia. El caso de *Los sapos de la memoria* como prueba en un Juicio de Lesa Humanidad.

Conferencia presentada en el Congreso internacional Libertad de expresión: diálogos y reflexiones desde el derecho y la literatura. Quito, Ecuador **2018**.



Foto: Dámazo Rabanal

En 2015 se realiza una EDICIÓN ESPECIAL conmemorativa por los 20 años y las 20 ediciones de **LOS SAPOS DE LA MEMORIA**, con formato libro de tapas duras, anexo a color y con un DVD documental.



Fue editado con el apoyo creativo, organizativo y administrativo de Nené Saal, Ricardo Fischtel, Liliana Herrera y Mauricio Kravetz, autodenominados **"Amiguetes.cba"**. La edición del DVD estuvo a cargo de Magdalena Saal.

40 de los 100 ejemplares editados, fueron donados a Bibliotecas, Universidades, Archivos y Espacios de Memoria, para que tanto su contenido literario y comentarios, como sus trayectos de difusión, discusión, producción, censuras y hasta su presencia en los Juicios por causas de Lesa Humanidad (puntualmente en el la Megacausa de La Perla), queden como testimonios.

A 20 años, otra presentación emotiva e inolvidable.

CROACCCC... Se concretó el 7 de setiembre de 2015 en la Feria del Libro de Córdoba, en la Sala 2 del Cabildo Histórico. Fue una encuentro entre amigos. Quien quiso tomó el micrófono y habló. Croamos. Cantó Garba. Emociones de todos los colores.



La maravillosa

Emi Villares.

Madre incansable.

Siempre acompañando.



Una reunión tan llena de amor, la edad y la distancia mandan. Pero valió la pena, no, ¡la alegría!, ayer las penas eran de otros, por suerte. Todo eran emociones, varias veces tuve que hacer fuerza para no llorar. Te agradezco tanto Gra haber estado en un lugar tan cálido (y no por la temperatura) tan lleno de las cosas más lindas que tiene la vida !!!!!!! gracias gracias!!!!!!

Palabras de Mauricio Kratetz: Como compartió Emi anoche, estamos todos plenamente agradecidos. Los Sapos de la Memoria constituyen mucho más que una obra literaria. Ayer en el Cabildo, hemos vivido con emoción, y rescato lo que me decía a la salida Jorge Chudnobsky: Ya hemos ganado!, si podemos hacer un homenaje a Alberto Caffa, al Hugo, y todos los compañeros desaparecidos, con la presencia de Emi, mamá de Nona, amigo querido, allí, en el mismo edificio que las bandas fascistas utilizaban para torturar, matar y desaparecer compañeros, es que finalmente, hemos ganado y tenemos que continuar la lucha, proteger la memoria para que nuestros Sapos sigan croando.



Palabras de Mirella Canu: Hay en la vida minutos de big bang al revés. Instantes en que todo el sentido se concentra en una cabeza de alfiler, cierto y alumbrador. Por qué vivir, por qué amar, por qué luchar, por qué reír. Y en en ese infinitesimal puntito cabemos muchos, eso es lo más llamativo. El minuto pasa y no queremos desperezarnos de los acunares del canto, la memoria y el abrazo. Y nos vamos cada uno con una soledad para siempre conjurada, con un mundo en cabeza de alfiler que nos alumbra. Eso pasó anoche. Un milagro de 20 años compartido. Cuando, como decías Gra, la palabra gracias se nos hace angosta me reverberan todas las consignas, esas que te dijeron que era posible, esas que se reinventan en los jóvenes descubridores de sapos, en una lectura alucinada de big bang al revés. Todavía me estoy acunando.

2016: La literatura convulsiona ideas y entonces, algunos intolerantes amenazan.

En 2016, el gobierno argentino (de derecha), comenzó a poner en cuestión el número de desaparecidos, la supuesta inconstitucionalidad de los juicios a los represores, etc. Entonces, los asesinos y sus secuaces comenzaron a re-empoderarse. Tal vez por eso, comencé a recibir en mi página web y por privado en Facebook, intimidaciones en torno al libro. Algunos mensajes decían cosas como “Ladrona. Andá a vender tu libro a Kristina en Tecnópolis...”; o extensos alegatos renovando la teoría de los dos demonios, donde luego se me intimidaba.

Después del aberrante fallo de la Corte Suprema de Justicia de Argentina, conocido como “del 2X1” que pretendía reducir a la mitad las condenas a los genocidas, –del cual se volvió atrás por las masivas protestas populares en todo el país– en Facebook, un reservista de las fuerzas especiales del ejército me amenazó explícitamente con el siguiente texto en mayúsculas sostenidas, como si me estuviera gritando: Y DESPUES [sic], TE ESCRACHAMOS EN TU CASA GRACIELA. POR TERRORISTA Y ATENTAR CONTRA EL GOBIERNO DE MACRI. TE TENEMOS EN LA LISTA DE LOS QUE TIRAN BOMBAS.

Esta amenaza está en proceso de investigación judicial, a partir de la denuncia realizada con organismos y abogados de derechos humanos.



El apoyo solidario de colegas escritorxs, editorxs, lectorxs, mi sindicato docente (UEPC) fue inmediato y reparador.



Y llegamos a 2020 con 30 reimpresiones y/o ediciones del libro, en Argentina y en México. **CROAC...**

1995 y 1997, circuló en fotocopias anilladas.

1997 a 1999, fue publicado por Op Oloop Ediciones.

2000 a 2020, por CB ediciones, Córdoba, Argentina.

2012 a 2020, CONACULTA lo publica en México.

A partir de diciembre 2020, tiene dos modalidades: *impreso en papel*, publicado por **Yammal Contenidos**, y en la presente *edición web* como libro digital interactivo de descarga gratuita.

Su historia la seguirán escribiendo, como siempre, l@s lector@s.

ENCUENTROS CON LECTOR@S Y ESTUDIANTES

¡¡¡DURANTE UN CUARTO DE SIGLO!!!

En 25 años de circulación de LOS SAPOS DE LA MEMORIA hubo más de un centenar de encuentros [en escuelas](#), por [internet](#), en [ferias](#) de libros, en centros culturales, en cafés literarios, en plazas y en Espacios de Memoria como el Archivo Provincial de la Memoria, el Campo de Ribera y en [La Perla](#) (Córdoba, Argentina). También en otras ciudades argentinas, mexicanas, ecuatorianas y chilenas.



Cada encuentro tiene su dinámica y su producción. Y un gesto en común: **la libre interpretación y expresión de ideas devenidas en enriquecedores y agitados debates.**

Visitar los Espacios de Memoria contribuye a discernir entre realidad histórica y ficción, tanto en texto literario como en la vida.

Pero por sobre todo, para conocer y comprender cómo la dictadura planeó la represión como un dispositivo del terror. Y no solo en Argentina, sino en Latinoamérica, a través de un operativo llamado Operación Cóndor.



En esos lugares, donde hubo tormentos y muerte, hoy hay memoria y futuro viviente.

El arte y la literatura son capaces de contar la historia de la humanidad, mejor que cualquier manual o enciclopedia. ¿Por qué? Porque lo hacen apelando a la sensibilidad, la empatía con los personajes, las diversas miradas de l@s lector@s.



Algunos encuentros despertaban controversias.

Cuando el libro comenzó a circular por las aulas y entre lectores, sucedieron interesantes experiencias.

En un encuentro en **Carlos Paz**, vinieron varios alferes (militares de aviación), hermanos de unos lectores de la escuela invitante y se produjo una rica discusión sobre la Teoría de los dos demonios.



En otro, en **Alta Gracia**, padres de un grupo religioso irrumpieron para argumentar fuertemente en pro de olvido y perdón. Fueron los propios estudiantes quienes comenzaron un rico debate argumentando no solo sobre el tema en cuestión, si no también sus derechos a la libre expresión, la autonomía de pensamiento y las divergencias.



Pero tal vez uno de los que más me impactó fue en la **Ciudad de Córdoba**, un colegio católico donde la profesora había dado a leer la novela y me invitó, sin tener en cuenta la opinión o autorización del cura regente, quien, en vez de pedirme directamente que me retirara por las razones que fuesen, permitió de mala gana mi ingreso mostrándose "tolerante". En el aula nadie hablaba y se veía tras las ventanas la sombra del cura. Los estudiantes estaban mudos. La profesora atormentada por el mal rato. Les dije que ninguno de los que estábamos allí nos merecíamos eso, que me retiraba y podíamos intercambiar ideas por las redes. Y mientras me iba, una chica, desafiando al miedo, se paró a lado de su silla y me dijo que sentía vergüenza ajena porque les habían prohibido hablar conmigo. Otros dos se pararon también y yo me sentí como en la película de "La sociedad de los poetas muertos".



**Lo bueno es que en democracia, podemos disentir pero ya no nos "desaparecerán" por expresar nuestras ideas.
¡Nunca más!**

Compartimos arte de otros autores, y a veces, surgieron historias reveladoras de búsquedas.

Textos y música. [Mucha emoción.](#)



¡Profesora de Malagueño, sospecha haber nacido en el centro clandestino La Perla!

El profesor y poeta [Daniel Castrillo](#), lleva cada año a sus estudiantes a espacios de memoria.

En una ocasión, un alumno suyo reconoció a su abuelo entre las fotos de los desaparecidos expuestas en el Espacio de Memoria La Perla, y por primera vez pudo hablar de eso.



En los espacios de MEMORIA, en Argentina, hay educadores y guías especializados en ayudar a pensar lo sucedido en ese lugar.



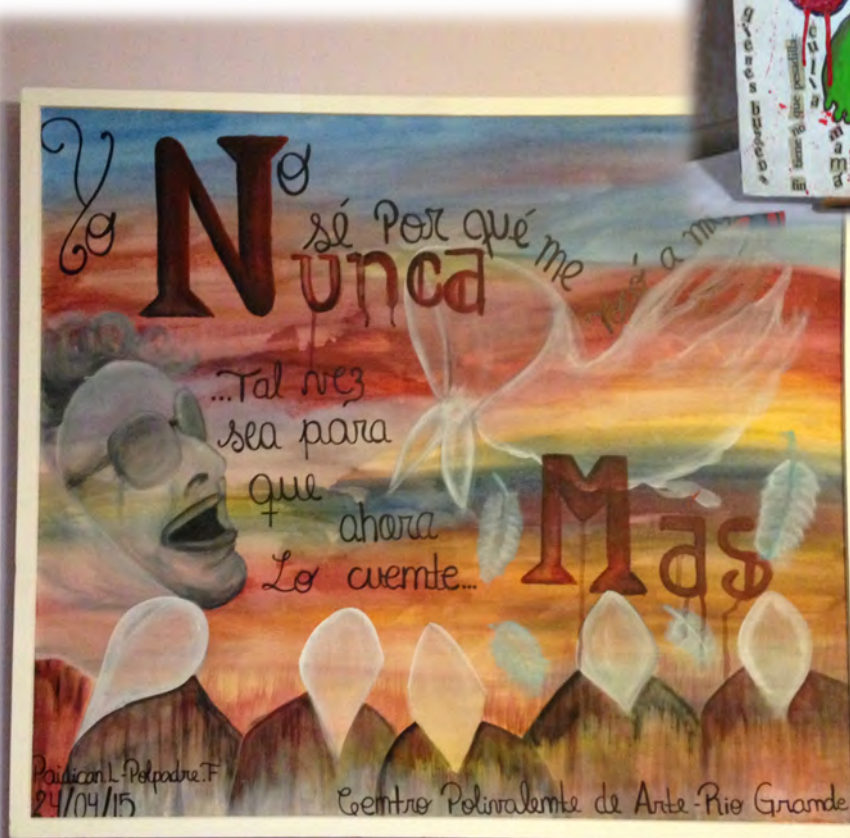


A veces la vida...
Matías Capra es
educador en DDHH
en el EM La Perla
¡y fue mi alumno en
primer grado de
primaria!



Maravillosas relecturas y producciones artísticas de LECTOR@S. Como cada lector/a hace suya

artísticas de LECTOR@S. Como cada lector/a hace suya la interpretación, algunos correlatos luego se expresan en nuevas ideas, en producciones teatrales, en cortometrajes, videos, en cuadros, esculturas, artesanías, blogs, diseños escenográficos, canciones, libros objetos, libro tubers, mini libros, telenovelas, fotonovelas, trabajos en red.



Trabajos sorprendentes... muchos de ellos **enlazados** en los hipervínculos y fotos **a lo largo de este libro**. Aquí, algunos más:





2009- Encuentro en la ciudad de Arroyito, Córdoba, Argentina.
Estas son algunas de las producciones de los chicos



exvi



Dos historias de amistades que la lectura y los sapos acercaron.



**SAPOS ATRAEN SAPOS:
búsquedas infinitas con
Omar Basabe**

Omar es un argentino radicado en Canadá. Un día halló *LOS SAPOS DE LA MEMORIA* en una librería de Buenos Aires, le atrajo su tapa, su título y lo llevó.

En **2006**, me contactó vía correo electrónico. Se presentaba como: Dr. Omar Basabe, Profesor de Literatura del Department of Romance Languages, Saint Thomas University, Fredericton (NB), Canadá. Me comentó su experiencia de lectura y su interés por conocerme.

Coordinamos para encontrarnos en Buenos Aires, pues él se hallaba en el país y yo, por esos días, trabajando en la metrópolis. Medio paranoica, lo cité en un bar muy cercano a la casa de mi hermana, donde yo estaba parando. (¿Y si era un loco? ¿Un maniático?) Él amablemente me proporcionó sus datos y me mencionó haber sido víctima de la represión. Busqué su testimonio:



Nos hicimos amigos. Lo invité a Córdoba. Omar se llevó varios ejemplares del libro para sus alumnos canadienses.



Cada año, Omar retornaba a Argentina para ver a su familia, y pasaba por Córdoba, donde compartimos nuestra amistad con los muchachos de HIJ@S.

Leer su libro "La significación omitida" fue muy revelador para mí. Poder poner en palabras el por qué se llevaron a los militantes de los 70, cuáles eran sus idearios, sus errores y sus aciertos; dejar de hablar de ellos como carentes de ideologías, fue valiente y necesario.



Presentamos "La significación omitida. Militancia y lucha armada en la Argentina reciente" en el Archivo Provincial de la Memoria en **2009**.

A este libro de Omar y Marisa Sadi, le siguió una reveladora investigación acerca de los vínculos civiles, eclesiásticos y partidarios con la represión y la dictadura.

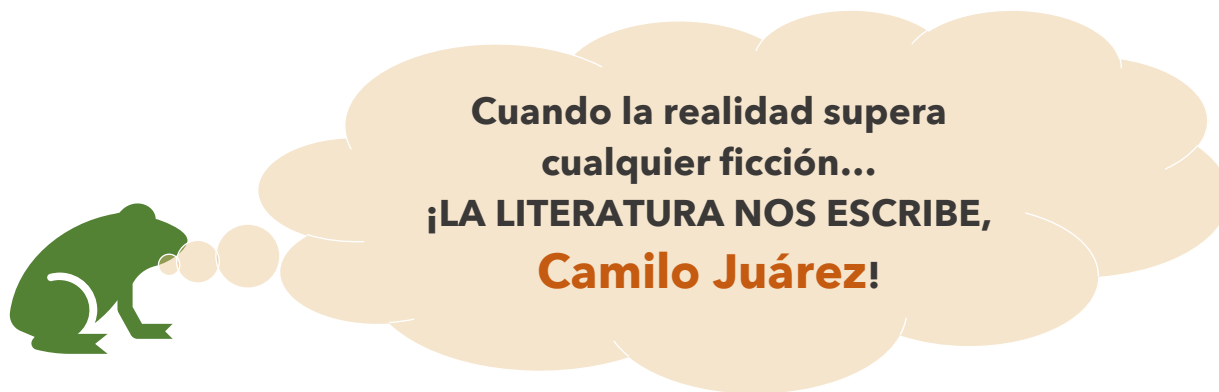


En **2011**, en Córdoba, otra vez, lo acompañé a la Biblioteca Municipal Arturo Capdevila, a buscar diarios de época que daban cuenta de la complicidad cívico militar en el genocidio de la dictadura. Un nuevo libro presentaba en Córdoba: "De Pie. Estrategias Discursivas y paradigmas narrativos de la otra historia de la Argentina reciente"



Así, croando, un sapo croa a otro... y un libro lleva a otro, y mil voces al fin pueden tramar la reconstrucción de memoria y justicia.





Camilo Juárez es el nombre que inventé para el personaje principal de **Los sapos de la memoria**.

¿Por qué le puse así? A veces las respuestas son más sencillas de lo que cualquiera puede suponer: Mi perro se llamaba Camilo y ya no estaba con nosotros.

Siempre me había gustado ese nombre, desde que lo oí por primera vez en Camilo Cienfuegos; me "enamoré" de la historia de ese héroe de la revolución cubana, por eso nuestra mascota se llamó así, claro.

¿Y Juárez? Porque quería que su apellido sonara familiar a cualquier oído, como un pariente, o un vecino. Que remitiera a la idea de que esta tragedia (de personas "desaparecidas") nos pasó a todos. Entonces listé los apellidos que más se repetían en la guía telefónica y haciendo "ta-te-ti", quedó Juárez.

Pero a veces, ya se sabe, LA REALIDAD SUPERA A LA FICCIÓN, y un día me enteré que otro Camilo Juárez existía de verdad.

Y desde el 22 de setiembre de **2013**, Camilo Juarez ya no es solo un personaje de la novela.

Es un tipazo de carne y hueso. Un joven de HIJ@S comprometido con su destino de memoria y justicia. Trabaja en el Espacio de Memoria y Derechos Humanos, ex ESMA, de Buenos Aires.

Camilo, el de verdad, me contactó por FB porque vio su nombre y datos de la novela en "El rincón del vago". Yo al principio creía que era una broma de mal gusto, pero un amigo en común, Agustín Di Toffino, me confirmó que era un "compañerazo".

Lo más increíble fue que ambos Camilo tuvieran vidas tan similares, sin saberlo...

El Camilo de ficción en *los sapos*, perdió a su padre en la cárcel, enfermo por torturas, y su madre fue "desaparecida".

El Camilo de verdad, a la inversa, su mamá murió en prisión y su papá Enrique "Quique" Juárez (cineasta) trabajaba en el Sindicato de Luz y Fuerza de Buenos Aires. Fue secuestrado en diciembre de 1976 y aún está desaparecido.

Su mamá, Alicia País, falleció en 1977 por falta de atención médica en la cárcel de Villa Devoto.

Cosas increíbles de la ficción... Y también de la realidad que se resiste a ser negada.



¡Gracias Camilo por tu calidez! Seguiremos escribiendo historia.

SAPOS ABRAZAN A MADRES, ABUELAS e HIJ@S. ¡POR SIEMPRE!



¡Estela Carlotto!,
ABUELA de la humanidad



Emi Villares de D'Ambra MADRE
incansable. ¡Amiga admirada!

Con Hebe y Juana, 2014.
MADRES valientes.





En La Perla con María Eleonora Cristina, directora del Archivo Provincial de la Memoria, y Matias Capra, educador en ese espacio de Memoria, ambos fueron alumnit@s míos en su 1er. grado de escolaridad primaria, ¡orgullosa de ell@s!. También están en esta foto mis amigos queridos: Toto López (Actor), Emiliano Fessia. Hij@s

Sonia Torres y Sara Waitman, incansables amigas de búsqueda de memoria, verdad y justicia.



Equipos de trabajo de ABUELAS DE PLAZA DE MAYO Córdoba, Plan de lectura, junto a Sonia Torres y Liliana Bodoc. 2017.



Foto: Daniela Yechúa

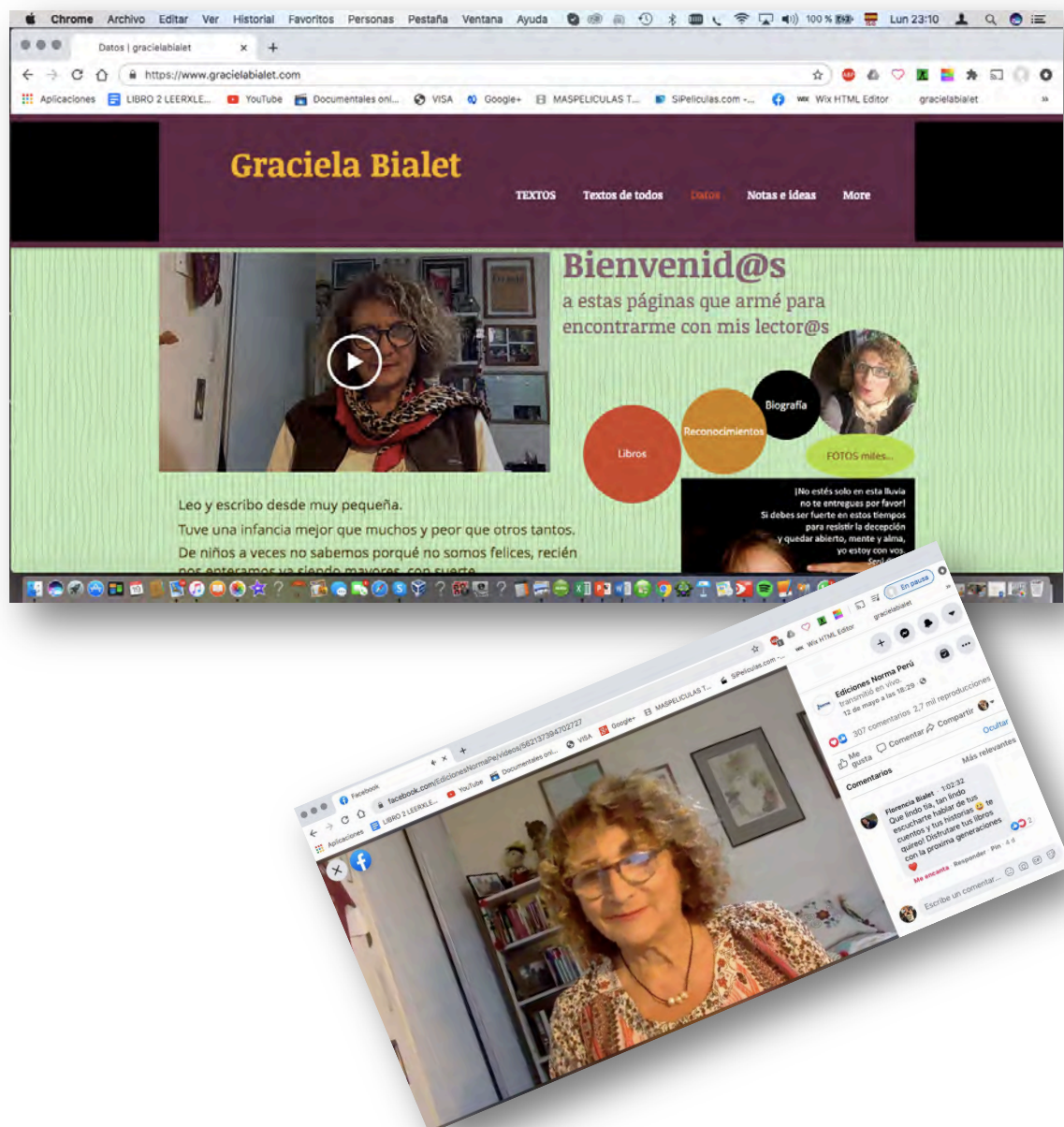


**Así, enraizada al tronco de tu historia,
así nos miraríamos.
Así.
Cuatro décadas en un suspiro. Ojos lupa
buscándote en cada brisa de pañuelos.
Así.
En cuanta marcha. En cada abrazo.
Mi hermana, tu tío, nuestras abuelas.
Así te espero.
Así.**

Texto: Graciela Bialet

Insta X la identidad
Abuelas de Plaza de Mayo

Más info...



DICCIONARIO MÍNIMO DE LA JERGA GENOCIDA

O de cómo las palabras cambiaron sus significados para ocultar la masacre

(Se hace adrede uso indistinto y alternado de género)

Apretar - apriete: Ejercer manipulación abusiva y con torturas físicas y emocionales a una persona para obligarla a declarar. o delatar hasta lograr que diga o haga algo contra su voluntad.

Asadito: Procedimiento de quema de los cadáveres.

Atender: Alusión de pertenencia del desaparecido, según la fuerza armada que se ocupaba de su cautiverio, tortura y exterminio.

Avenida de la felicidad: Pasillo o recorrido a la sala de torturas desde el lugar donde se hallaban "tirados" los desaparecidos en el centro clandestino de detención.

Bailar: Torturar para que un/a preso/a delate.

Boleta/ boletear: Muerto/ asesinar.

Blanquear: Pasar de la ilegalidad de estar "secuestrado", a la legalidad de estar preso en una cárcel oficial.

Botonear: Delatar.

Buscar petróleo: "Juego" de tortura que consistía en hacer que el preso apoyara un dedo en el piso y girara en su órbita cada vez más rápido. Era golpeado para acelerar su ritmo.

Cantar: Hacer hablar bajo tormentos a una detenida.

Caso 1000: Listado de artistas y personalidades políticas, sindicales, religiosas consideradas enemigas o peligrosas.

Centros de detención (clandestinos): Espacios físicos de detención, tortura y exterminio donde eran recluidas las personas secuestradas, "desaparecidas", atormentadas. Se las inmovilizaba durante su cautiverio con capuchas y ataduras de manos y pies. Permanecían hacinadas, tiradas sobre el piso, mal alimentadas e impedidas de higiene. Llegó a haber más de 500 de estos centros del horror, en Argentina.

Chupadero: Lugar clandestino “de tránsito” donde se mantenía a los secuestrados hasta ser llevados a su destino de detención, según a quien correspondiese “atenderlo”. Por lo general eran dependencias policiales y militares.

Chupar: Secuestrar. Los secuestros se realizaban secreta o públicamente. Según la Comisión de DD HH de la ONU, el 66% de los secuestros se realizaron por las noches y el 70% en las propias viviendas de las víctimas.

CLA: Curso de Lucha Antisubversiva (realizado en la ESMA) donde represores de Uruguay, Paraguay, Bolivia, Nicaragua, Brasil y Guatemala compartieron experiencias y métodos de tortura, sus diferentes etapas, torturas físicas (los puntos más vulnerables), tortura psicológica, aislamiento, herramientas específicas, etc.

Desaparecidos: Personas ilegalmente secuestradas por las fuerzas de seguridad. Hubo 30.000, según los organismos de derechos humanos. Cerca de 500 niños fueron desaparecidos al momento del secuestro de sus padres o nacieron en cautiverio. Al año 2020, 130 niñ@s (ya adult@s) han sido recuperados.

Destabizadas: Secuestradas a quienes, por diferentes razones, se les quitaba la capucha y las ataduras. Ya porque las hacían trabajar en los mismos centros de detención o porque eran usadas para hacer publicidad o desmentidas de la existencia de los campos de concentración ante organismos internacionales. Las publicaciones “Informe Cero” y “EPA” (Esto pasa aquí), fueron producidas por desaparecidos destabizados, bajo instrucciones del genocida Massera.

Enfrentamientos: Simulaciones de embestidas con guerrilleros, montadas para la prensa, para encubrir el fusilamiento de desaparecidos en lugares públicos y también, para amedrentar a la población.

Esma: Escuela de Mecánica de la Armada, en Buenos Aires. Fue el principal centro de detención, tortura y exterminio de Argentina. Por ahí pasaron casi cinco mil detenidos - desaparecidos, tan solo algo más de un centenar logró salir y denunciar los horrores. Contaba con una “maternidad”, sala mínima de parto, donde nacieron alrededor de 34 niños, la mayoría de ellos fueron “apropiados”, o sea robados.

Fiambrero: Camión que trasladaba “desaparecidos”.

Guerrillero: Persona que participa de grupos políticos que optan por la lucha armada, cuya estrategia militar es “la guerra de guerrillas”. Su objetivo es combatir un modelo político opresor y dominante. La cantidad de guerrilleros desaparecidos en Argentina fue del 5 al 10 % del total de los 30.000 desaparecidos, según estimaciones de Emilio Mignone, ex presidente del Cels (Centro de Estudios Legales y Sociales).

Grupos de tareas: Eran los encargados de concretar las operaciones de represión. En general fueron oficiales y suboficiales de la policía y militares del Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea Argentina. Según investigó en 1983/84 la Conadep (Comisión Nacional de Desaparición de Personas) estuvieron involucrados 1.500 militares y policías en "grupos de tareas".

Hacer playa chilena: Orden de los oficiales de inteligencia de la Esma para falsificar dinero chileno.

Infiltrado: agente introducido subrepticamente en un grupo político, con la finalidad de delatar actividades, miembros y datos del mismo.

Inmobiliaria: Oficina ilegal creada para enajenar los inmuebles y propiedades robados a l@s secuestrad@s. Estuvo a cargo de un suboficial retirado de apellido Radizzi, denunciado por el cabo 2do. que revistó en la ESMA: Jorge Carlos Torres (Legajo N° 7115)

L: Inicial de liberación que se asignaba en los registros, al desaparecido a quien se le perdonaba la vida.

La Perla: Fue un destacamento militar del 3er. Cuerpo de Ejército utilizado como Centro Clandestino de Detención, Tortura y Exterminio (CCDTyE), uno de los más grandes del país, situado a pocos km. de la ciudad de Córdoba. Comenzó a funcionar con el Golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 hasta fines de 1978. Se estima que en ese período permanecieron en cautiverio entre 2200 y 2500 personas. La gran mayoría continúan desaparecidas.

Legalizar: Pasar a una desaparecida a un régimen de prisión oficial.

Levantar: Apresar, capturar.

Mandar para arriba: Matar.

Manicuría: Método de tortura consistente en arrancar uñas de los manos, con herramientas como pinzas y tenazas.

Máquina: "Si no te quedás quieta te mando a la máquina" (Conadep. Legajo 1808), o sea a la sala de tortura.

Parrilla: Elástico metálico de camas donde ataban a los desaparecidos para torturarlos. También, para la quema de cuerpos.

Pecera: Despachos de trabajos administrativos para algunos desaparecidos "destabizados".

Pedicuría: Método de tortura consistente en arrancar uñas de los pies.

Pentonaval: Barbitúrico (por lo general usaban Pentotal) con el que drogaban a los desaparecidos antes de arrojarlos desde los aviones al Río de la Plata, en los llamados "Vuelos de la muerte".

Pequebúes: Término devenido de la yuxtaposición "pequeños burgueses", atribuido a militantes de izquierda procedentes de las clases altas de la sociedad.

Picana: Instrumento de tortura que aplica descargas eléctricas sobre el cuerpo.

Proceso de Reorganización Nacional: Autodenominación que los militares dieron al su gobierno dictatorial de facto, tras un golpe de Estado (1976-83).

Psicobolche: Persona que tiene ideas de izquierda, socialistas, y que a su vez pondera la teoría psicoanalítica.

Quebrado: Detenido que a fuerza de tortura es doblegado y termina colaborando los represores.

RAF: Detenidas no registradas por las fuerzas represivas, sin asiento en ningún libro, estaban "en el aire".

Sacar a la superficie: Persona desaparecida que era blanqueada, que pasaba a un penal oficial.

Ser boleta: Estar muerto.

Submarino: Método de tortura consistente en sumergir hasta la asfixia al desaparecido en un tambor lleno de agua sucia e inmundicias.

Subversivo: Término acuñado por los represores e instalado en la prensa para definir a las personas que estaban en contra del sistema político hegemónico.

SWAT: "Grupo de tareas" civil (patota contratada especialmente para la represión). Eran personal del Ministerio de Bienestar Social y de la Secretaría de Salud Pública. Actuaron sobre todo en el Hospital Posadas, de Bs.As.

T: Inicial de traslado en la Esma que precedía a los nombres próximos a matar.

Tabicar: Encapuchar y maniatar.

Traslados: Sacar al desaparecido de su lugar de cautiverio para asesinarlo. Era el camino a la muerte.

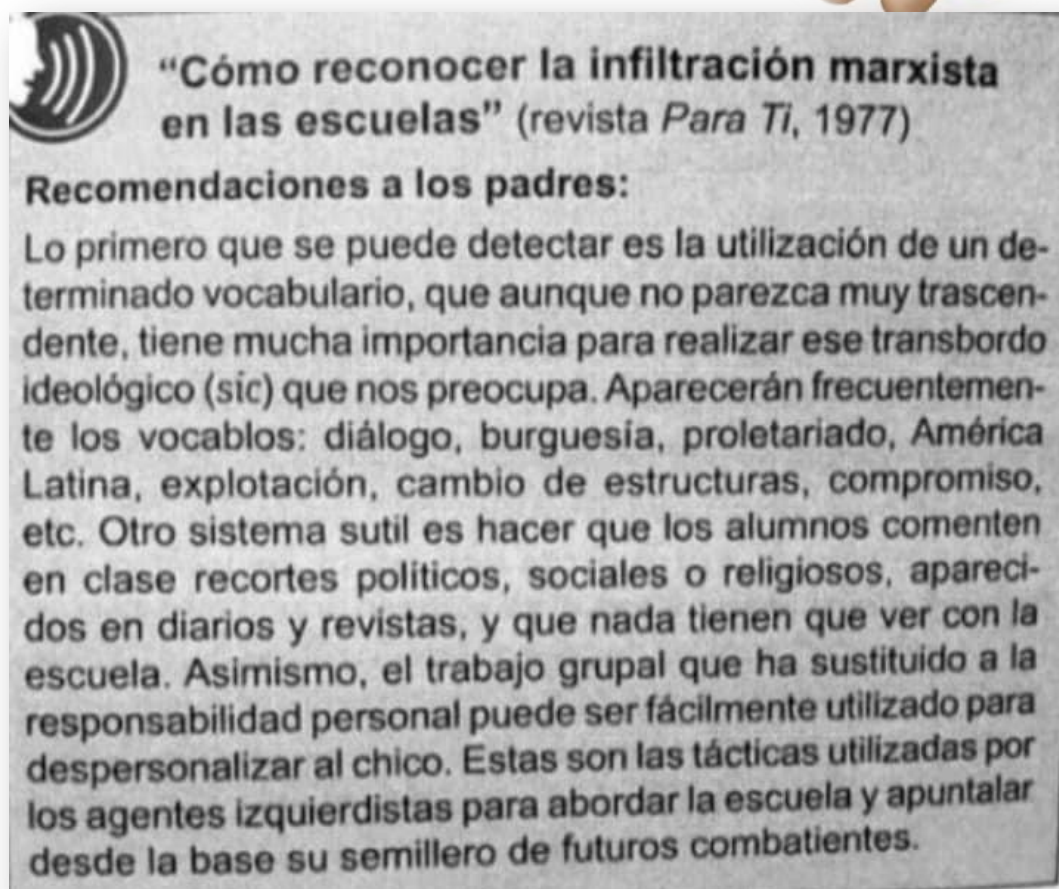


Libro cedido por Mariana Masera

Vuelos de la muerte: Método de exterminio para hacer desaparecer los cuerpos de los detenid@s. Las víctimas eran engañadas diciéndoles que iban a “una granja de recuperación”, pero eran arrojad@s desde aviones al mar o al Río de la Plata aún con vida, drogad@s. Así mataron entre 1.500 y 2.000 personas. “Se los desvestía desmayados y, cuando el comandante del avión daba la orden, en función de donde estaba el avión se abría la portezuela y se los arrojaba desnudos uno a uno”, confesó el ex marino Adolfo Scilingo.

Yuta: Policía, despectivamente.

Otras palabras del diccionario común, ¿molestaban?!



La vida es ir...

Ojalá estos SAPOS, que circulaban por allá, en los años 80,
por capítulos y en fotocopias,
esos que en los años 90 nadie quería editar
(ni siquiera oírlos croar),
sigan torciendo el brazo a los demonios.

Ojalá la ficción sea por fin quien supere a la realidad.
Ojalá muchos sapos sigan croando, en este libro
y en muchos más.

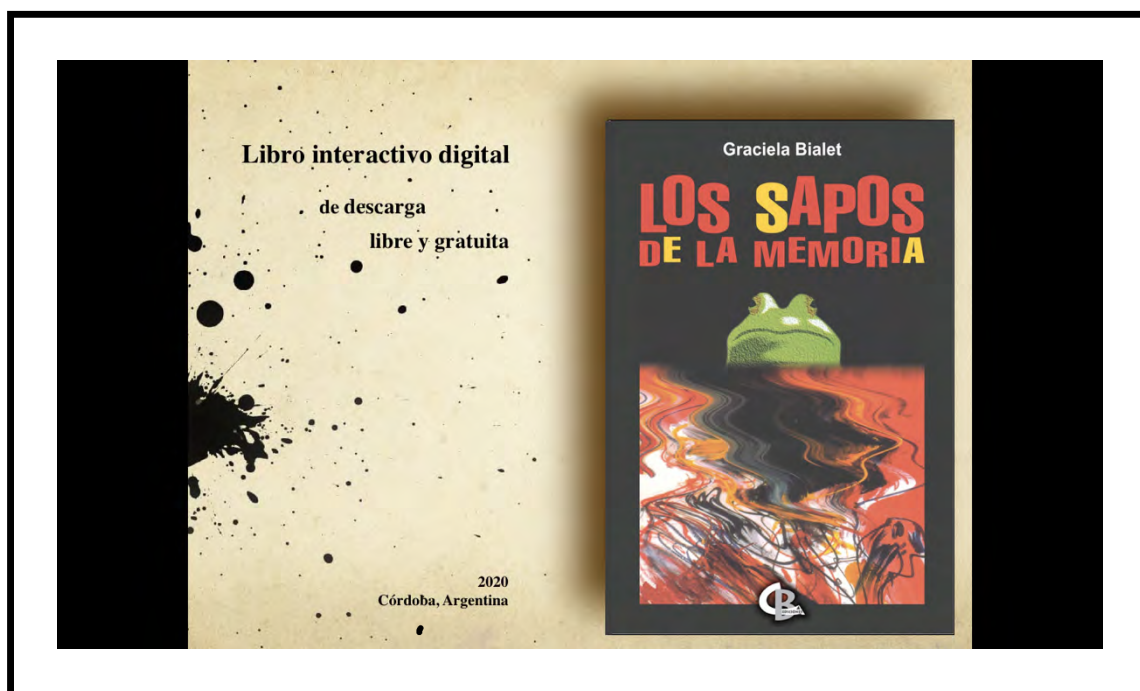
Parafraseando a Silvio Rodríguez:

Ojalá, NUNCA MÁS,
la aurora dé gritos que
caigan en mi espalda...
ni en la tuya...



Este libro digital, gratuito e interactivo

fue diseñado por Graciela y José Agustín Bialek



Colaboraron

Para concretar el proyecto editorial y el digital:

**Raquel Sosa, Mirella Canu, Sebastián Chausten,
Julián Bialek, Sebastián Cantoni, Mauricio Kravetz.**

¡30.000 veces gracias!

*Para alojar en su portal y multiplicar este proyecto
con más proyectos:*

Mi sindicato "la UEPC" (Unión de Educadores de la Provincia de Córdoba), a través de su Secretaría de DDHH y Género.

Córdoba- Argentina

10 de diciembre de 2020 - Día internacional de los Derechos Humanos.

Se agradece su difusión y cita, en caso de compartir textos del libro.



Nos vemos en la lectura,
¡Siempre!

Graciela Biallet